

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodríguez

J. RODOLFO WILCOCK

EL TEMPLO ETRUSCO

Traducción de
ERNESTO MONTEQUIN

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Witloock, J. Rodolfo.

El templo etrusco. - 1ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2004.
224 p. : 23x16 cm. (Biblioteca Witloock)

Traducción de Ernesto Montequín

ISBN 950-07-2195-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito
de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2004, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto 1531, Buenos Aires.

www.edsudamericana.com.ar

ISBN 950-07-2195-3

Título del original en italiano:
Il tempio etrusco

Proprietà letteraria riservata.
© 1973 Rizzoli Editore, Milano.

I

EL CONCEJO MUNICIPAL DECIDE LA CONSTRUCCIÓN
DE UN TEMPLO ETRUSCO.
EL PROYECTO DA LUGAR A POLÉMICAS.
PAKITAR SE EQUIVOCA DE MONUMENTO.
EFECTOS DEL CALOR: LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO
ES CONFIADA A LOS ETRUSCOS.
PONIETZKI ES MORDIDO.

Como la plaza era redonda, el Concejo Municipal había decidido construirle en el medio un pequeño templo etrusco. La construcción estaría destinada a encauzar de manera científica y moderna el tráfico de la rotonda, presumiblemente en aumento, y además favorecería el desarrollo turístico del barrio, en beneficio de los comerciantes de la plaza y sus alrededores. De hecho, los pocos turistas de paso por la ciudad se limitaban a visitar la cárcel antigua y, si el tiempo lo permitía, el contiguo "Pozo de las Ánimas", también llamado "Pozo Milagroso de Lucrecia Borgia". Pero este pozo venerable se hallaba en el jardín interno de una propiedad privada —aunque se lo podía contemplar desde lejos mediante el pago de una propina variable—, y desde el punto de vista estrictamente histórico ni siquiera era un pozo sino un gran agujero abierto muchos años atrás por la explosión de un negocio clandestino de venta de fuegos artificiales, un boquete rodeado por la más despojada de las barandas.

En cuanto a la cárcel antigua, en realidad no tenía más de una treintena de años y había sido enteramente construida bajo tierra, a diez metros de profundidad, y para colmo en medio del campo, expuesta a las frecuentes incursiones de las tribus bárbaras del interior. Lo único que había para ver era una renombrada colección de jarras de cobre en exhibición permanente en la cocina medieval; por lo demás, el edificio nunca había sido utilizado como cárcel en el verdadero sentido de la palabra, y desde hacía aproximadamente un decenio funcionaba como criadero de hongos para la firma propietaria del te-

reno, que entre muchos otros suministros proveía al ejército de hongos en conserva.

Además de los susodichos monumentos de origen dudoso y de ningún valor paisajístico, la única cosa digna de mención en la ciudad era el río que la cortaba en dos. Ahora bien, este río era por cierto muy antiguo, como por otra parte lo son la mayoría de los ríos de la Tierra; pero, desde hacía algunos años, lamentablemente había adquirido la costumbre de torcer su curso para abrirse un cauce más agradable en otra parte, y si alguna vez volvía a la ciudad, volvía casi siempre seco, sobre todo en verano. Hasta se daba el caso, a veces, de que se sumergiera completamente en uno de sus varios lechos subterráneos. Era natural, por lo tanto, que el sector Turismo se sintiera abandonado.

El proyecto de decreto ya había sido aprobado por la Comisión Urbanística. Hacia mediados de julio los concejales fueron convocados a sesión extraordinaria a pedido de la misma Comisión, para decidir antes de las vacaciones los detalles —y el consiguiente llamado a licitación— del nuevo templo. Pero ninguno de los miembros del Consejo tenía la más mínima idea de cómo era, o debía ser, o podía haber sido, un templo etrusco; ni cuáles eran los aspectos, detalles o características que distinguían tales templos de los que no eran etruscos. Menos aún podía deducirse, por sus desordenados y perezosos discursos, que a un tema tan lábil alguno de los presentes hubiese dedicado hasta entonces siquiera el más lábil de los pensamientos.

Nadie, salvo Ponetzki, el concejal a quien todos llamaban, jocosamente, “vocero de prensa”, por su probada costumbre de hablar sin ton ni son, y durante un buen rato, sobre cualquier tema. De hecho parecía que también esta vez el vocero de prensa tenía mucho que decir acerca

de la propuesta imprevistamente elevada en el orden del día: “Construcción de un templo con el fin de guiar el tráfico en la Plaza de los Caracoles”, y lo mucho que tenía para decir estuvo exuberantemente mechado, como siempre, de referencias poéticas de naturaleza diversa, tomadas en préstamo para la ocasión de aquel vástago vehementemente de la literatura local, el cual, por ocuparse casi exclusivamente de huertos y jardines, había sido apodado “hermetismo”, debido a ciertas estatuas ruinosas del dios Hermes que adornaban los jardines y los huertos de los antiguos, en especial de los griegos; y esto porque evidentemente el vocero de prensa suponía que etruscos y griegos eran el mismo pueblo, como por otra parte podía deducirse de una apresurada lectura de la voz “Etruscos” en la *Breve Enciclopedia del Periodista*, que Ponetzki llevaba siempre en el bolsillo para no ser tomado por sorpresa en debates como aquel en curso sobre temas por completo desconocidos.

Ignorante como sólo puede serlo un ser humano, el concejal Ponetzki era además licenciado en filosofía. A pesar de ello, de su discurso magistralmente incoherente podía deducirse que el templo a construir, como él mismo prefería llamarlo, iba tomando o ya había tomado en su imaginación el aspecto de una suerte de pabellón, quiosco o glorieta, por supuesto circular, cubierto por fuera con rosas entrelazadas en guirnaldas a modo de espiral que rodeaba los muros —o más bien paneles en espaldera— del pabellón o quiosco sagrado; estas guirnaldas de rosas se derramarían literalmente en un punto determinado sobre el techo chino rebosante de glicinas violeta-azules para caer finalmente en una opulenta cascada de hojas y de flores sobre el jardincito circundante cuya entrada estaría terminantemente prohibida a los perros.

Pero las glicinas no cayeron más que en el jardín del

vacío, ni encontraron otra aprobación que la del silencio. Por regla general, cada vez que Ponetzki tomaba la palabra los demás concejales se iban al bar a tomar un café o una naranjada, aunque sólo fuese para suavizarse la garganta o ingerir un tranquilizante, y si el discurso era largo se hacían preparar un pollo a la parrilla. Por otra parte, cabía preguntarse qué habría sido de aquel florido pabellón durante los largos meses de invierno, cuando las tormentas de nieve barrían la ciudad de un extremo al otro como una despiadada escoba de hielo. ¿Un refugio para vagabundos? Y seguramente para los más andrajosos y miserables, porque en pleno invierno ¿quién si no el más pobre de los pobres se habría visto obligado a refugiarse en una glorieta con espalderas o rejas, y por lo tanto expuesta a los veinticuatro vientos?

Más aún, observaban los más maliciosos, reunidos para la ocasión en el bar del Concejo: apenas inaugurado, el viento mismo barrería con el famoso templo-quiosco. Y además, agregaba pérfidamente el concejal Stram, sorbiendo su jugo de hinojo, ¿dónde se ha visto, dónde está escrito o registrado que los etruscos hayan alimentado o alimenten todavía esa predilección típicamente persa por las rosas? O, si es por eso, por las glicinas violeta-azules.

A pesar de que el etrusco haya sido, como afirmaba Ponetzki, un pueblo no menos alegre y sensual que el hoy llamado, sarcásticamente, turinés —su rival desde siempre—, los concejales no podían ni querían compartir la idea demasiado romántica, casi hegeliana, que el concejal vocero de prensa se había hecho o parecía haberse hecho de una garita para dirigir el tráfico; por ello sucedió que su proyecto, sin siquiera haber pasado a votación, fue groseramente abandonado. Serían las mismas empresas licitantes las que propondrían los diversos modelos de templos posibles; luego de lo cual la correspondiente Co-

misión Urbanística elegiría el proyecto más adecuado al lugar y a la función.

Pero ninguna empresa quiso presentarse a la licitación, porque se trataba de un trabajo de poca importancia, según se comentaba, no más tentador que un quiosco de diarios. A esto se sumaba que ninguno de los numerosos ingenieros y arquitectos interrogados recordaba haber visto jamás, aunque fuese *en passant* y desde lejos, una fotografía, un plano, un dibujo de un templo etrusco, cuya tradición estilística no sólo se había perdido sino que quizá nunca había existido, al menos dentro de los límites de la provincia.

Por otra parte, la idea de hacer venir un técnico o un arqueólogo extranjero para dirigir los trabajos o tal vez a darles a los autores del proyecto algún que otro valioso consejo aquí y allá, con el agregado de los gastos de viaje, comida y alojamiento, las diversas indemnizaciones y cargas sociales, además del impuesto a la mano de obra importada, parecía quedar absolutamente excluida por el momento. ¡Un templo etrusco construido por holandeses!, protestaba el concejal Slan. De todas maneras, los profesores de Historia del Arte podrían haber opinado al respecto, a no ser por el hecho de que los profesores de Historia del Arte siempre son los primeros en salir de vacaciones.

Así estaban las cosas cuando el Concejo Municipal tuvo que reunirse una vez más, para tratar este último asunto que quedaba pendiente, y que amenazaba con demorar quién sabe hasta cuándo el anhelado receso estival. Hacía un calor majestuoso. El gato de la Municipalidad, en busca de sombra, se había echado a dormir sobre el borde redondo de la pileta de cemento de la fuente azteca del patio, con toda la cola negra metida dentro del agua, negligencia insólita en un gato. En el recinto de las

sesiones extraordinarias, los concejales dormitaban pegados al cuero falso de los sillones de cuero, hasta que las propias oleadas de calor los levantaban en los suaves brazos del sudor y los dejaban suspendidos en el aire, jadeantes y ondulantes, como un trémulo espejismo o un coro de ángeles sobre una desértica Tebaida de lámina plastificada.

En medio de ese tufo irrespirable nadie tuvo esta vez el coraje de hacer reparos al inspirado Ponetzki —ni siquiera el tático y acostumbrado de levantarse e irse— cuando el vocero de prensa, firme siempre en su tesis de la exuberante glorieta de rosas que en su fantasía se iba transformando poco a poco en una fresca gruta-refugio para el caminante sediento, propuso el agregado de una fuentecita con su correspondiente surtidor, ubicada, de ser posible, en el interior de la garita sagrada. En un día semejante el mero nombre del agua recobraba a los ojos de los concejales sus antiguas prerrogativas de divinidad clara y alegre, escurridiza, acariciante, tónica, digna, en suma, de ser venerada tanto por los humildes como por los poderosos en el antro de un templo; y con un tremolar unánime de dedos agonizantes, como en un sueño, la moción fue aprobada.

Envanecido por el éxito inesperado, Ponetzki se apresuró entonces a presentar una enmienda, referida al agregado o colocación de una letrina entre las flores, con cuatro estatuas góticas en los ángulos, ubicada detrás del ábside o eventual sancta sanctorum; pero esta segunda propuesta del vocero de prensa ni siquiera fue sometida a votación. En efecto, mucho antes de que Ponetzki terminara de proclamar las ventajas de su mingitorio, el concejal Pakitar, inoportuno de nacimiento, se levantó y pidió la palabra para expresar la desaprobación, la suya y la de los demás, en relación con el monumento a los tripulan-

tes de los submarinos denominados, equivocadamente, "Caídos en la última guerra", dado que hubiera sido más apropiado llamarlos "Hundidos".

Obviamente se trataba de otro proyecto, ya discutido y aprobado algunos años antes. El monumento en cuestión, que iba a erigirse frente a la desembocadura del río, debía haber consistido en una figura simbólica bastante enigmática, que podía describirse esquemáticamente como una roca puntiaguda con dos grandes alas unidas a la base. Por desgracia, el río desembocaba cada año en un lugar distinto, y con el comienzo de cada verano los constructores del monumento se veían obligados a abandonar los trabajos para retomarlos en otoño en algún otro lugar. Pero ésta no era la principal objeción de Pakitar, sino la sostenida también por gran parte de la opinión pública acerca de la forma misma del obelisco, fuente continua de espanto para parientes y colegas de los "Hundidos", los cuales se declaraban incapaces de asociarla, aunque fuese idealmente, con el sacrificio de sus ilustres desaparecidos.

Efectivamente, por un azar ajeno —según decían— a las intenciones del escultor, la roca elegida por la competente repartición de la Municipalidad, en cuya base iban pegadas las dos alas colosales, presentaba, cuando se la contemplaba no desde la variable desembocadura del río sino desde la estable ruta panorámica que bordeaba la costa, la silueta fácilmente identificable de un órgano viril en erección; tampoco las dos alas redondas que se agregarían debajo habrían contribuido demasiado a disipar la penosa sugerición. Por ello, el concejal Pakitar había pensado tener un gesto cordial al proponer a la calurosa aprobación de la asamblea un proyecto, no sólo más adecuado sino mucho menos embarazoso, de monumento ideado por él: una torreta de submarino, aunque con su estructu-

ra modificada por motivos artísticos, con un robusto marino encima vistiendo el característico uniforme de a bordo, vuelto hacia el mar ilimitado en actitud del vigía que escruta el horizonte en busca del enemigo.

En caso de que esta solución, por razones del todo impredecibles, se demostrara también irrealizable o bien excesivamente onerosa, los ilustres colegas de los "Hundidos" se conformarían con una proa rasgada u otras alusiones evidentes a aspectos igualmente dramáticos y gloriosos. Cortésmente, Pakitar fue informado por el concejal Hab-Vehem, que se había parado para recoger su lapicera birrome debajo de la Vicepresidencia, que en sede correspondiente ya se había decidido el corte de la punta de la roca imputada, de manera que la ilusión resultara anulada. Pero Pakitar la quería más corta aún. Sea como fuere, ya estaba claro que otra vez se había equivocado de momento o de monumento.

En ese instante pidió la palabra el concejal Detic, un viejito que tiritaba de frío como una hoja todos los meses del año, pero que renacía apenas la línea del termómetro superaba los 35 grados centígrados. Con inesperada energía, Detic se levantó y expuso su propia orden del día dividida en tres puntos, para que se aprobase acto seguido. Los tres puntos estaban articulados de la siguiente manera:

1) Presentación de un boceto del proyecto, plano y alzado, para la eventual construcción de un templo etrusco.

2) Adjudicación del contrato a alguna empresa local.

3) Fecha de inicio de los trabajos.

Mientras Detic hablaba, algunos de sus colegas con cejales se abanicaban o intentaban abanicarse con sus cartelitos de plástico, otros se ponían a espantar las moscas ebrias hasta que volvían a languidecer y quedaban

inmóviles en sus sillones, rígidos, con los ojos entrecebrados, fijos en el vacío; pero de cuando en cuando, como si se sintiesen obligados a dar periódicamente algún signo de vida, se metían una mano dentro de la camisa y con aire ausente se frotaban el pecho, hasta extraer dos o tres rollitos de piel vieja o simplemente de suciedad que luego, como en un sueño, infinitamente exhaustos, dejaban caer en el vacío o sobre la cabeza de sus compañeros sentados más abajo. Una erupción de actividad tan fuera de lugar, desde el punto de vista térmico, como la de Detic, no alcanzaba por cierto para sacarlos del sopor. En cuanto a Ponetzki, aprobada su fuente y rechazado su mingitorio, también él se había quedado dormido en su sillón, con la mano derecha colgando distraídamente, como la cola del gato, dentro de la peera que adornaba su escritorio de prensa, y en cuyo interior nadaban dos pintorescas pirañas, perpetuamente ocupadas en morderse y pelearse una con otra.

En la penumbra de la sala, el anciano Detic golpeó furiosamente con el puño sobre el escritorio, nada más que para ver si alguno se despertaba, y con voz de pajartito dijo:

"¡Entonces estamos de acuerdo! Dado que ninguno de ustedes parece saber cómo se construye un templo etrusco, para poner fin a esta situación en verdad tediosa propongo dejar este asunto directamente en manos de los mismos etruscos. Después de todo, ellos son los principales interesados."

Así fue que en un momento de calor excesivo y de casi total distracción, el Concejo Municipal promulgó un decreto mediante el cual se concedía a la Comisión Urbánística la facultad de convocar a los tres o cuatro etruscos más competentes de la ciudad y encomendarles la tarea de construir o hacer construir el templo.

Terminada la votación, el concejal Ponetzki despertó de repente, mordido por la piraña que había logrado por fin matar a su compañera pocos minutos antes y por lo tanto empezaba a sentirse sola. Apenas se hubo leído el nuevo decreto, el vocero de prensa se puso de pie e hizo notar a los presentes que sería extremadamente difícil encontrar un solo etrusco con vida en toda la provincia, ya que un etnólogo amigo suyo le había explicado que, por una serie de circunstancias que resultaría demasiado largo enumerar, más aún luego de la votación realizada, la raza etrusca había desaparecido por completo de la región y tal vez del mundo. Pero sus sudorosos colegas ya se encaminaban hacia la salida, dando saltitos de alegría y comentando sardónicamente:

"¡Lo único que nos falta ahora es seguir postergando las vacaciones para quedarnos a escuchar a un tipo que se deja morder por sus propios peces!".

Frente al hecho consumado, Ponetzki tuvo que resignarse a abandonar también él la sala, no sin antes haber anunciado a sus compañeros toda clase de desastres, como tiene por costumbre hacer la prensa.

II

IMPACIENCIA DE LAS MUJERES.
EN BUSCA DE COMERCIANTES TURCOS.
EL VERANO ARREGIA. ATANASSIM ENCUENTRA UNA
SOLUCIÓN: CONFIAR LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO
A LOS NEGROS.

Como una inmensa bestia luminosa con el vientre de lana, el verano se había abatido sobre la ciudad. Todos los concejales ya habían partido hacia el mar o la montaña, exceptuando a los miembros de la Comisión Urbanística, obligados a permanecer en la sede hasta que hubiesen comenzado o encauzado de algún modo los trabajos del templo. Pero los etruscos no aparecían. La mujer de uno de estos concejales demorados, de nombre Ruxtix, se sentía particularmente afectada por la alevosa medida precautoria, y se inquietaba y protestaba más que las otras mujeres, porque obviamente no podía salir de vacaciones sola como un camello, y además no pensaba quedarse un día más en la ciudad. Por lo tanto no se resignaba; llamaba por teléfono a las mujeres de los demás miembros de la comisión, o bien a los miembros mismos, y organizaba reuniones de trabajo en su casa, en el curso de las cuales jamás dejaba de proponer alguna solución nueva y original, aunque impracticable.

Había leído en una enciclopedia que, según algunos autores, los etruscos provenían de Lidia; este territorio era en su origen una provincia de lo que hoy llamamos Turquía. De inmediato la señora se puso en contacto con un colega de su marido y le dijo que había descubierto que los verdaderos descendientes y herederos, además de antepasados, de los etruscos eran los turcos, los cuales por cierto no podían considerarse desaparecidos de la faz de la Tierra. Bastaría entonces con conseguir tres o cuatro turcos; por otra parte, el nombre era bastante parecido: a decir verdad, ella misma había notado que la señora

Ornemo, aun siendo sobremanera instruida, tendía a llamarlos indistintamente truscos, trucos o turcos. El problema entonces podía considerarse resuelto: solamente había que encontrar un grupito de turcos serios, encarregarles la construcción del templo y listo, ¡podían irse!

Cuando se lo proponía, Viscontea Ruxtix sabía ser persuasiva; habló de extraños ruidos subterráneos, del hecho de que los terremotos más fuertes siempre se desatan durante el mes de agosto y otros argumentos similares, hasta que los miembros de la Comisión se dieron por vencidos. El veterinario Zeboll, hombre rebosante de buena voluntad, se puso de inmediato a la busca de turcos, y luego de no pocas peripecias variadamente desagradables consiguió encontrar alguno. Pero entonces debieron enfrentar una dificultad imprevista: la cuestión de la vestimenta. En efecto, el decreto final del Concejo establecía claramente que el templo sería construido por "etruscos ataviados con sus trajes típicos", por motivos de carácter esencialmente turístico-histórico. La cláusula había sido agregada a pedido del concejal Apro, para evitar que el público se hiciese la idea equivocada de que el templo había sido construido por albañiles comunes y corrientes, lo que podía resultar contraproducente desde el punto de vista folklórico.

Ahora bien, la propia señora Ruxtix había averiguado, siempre en la misma enciclopedia, que el traje típico de los etruscos era el más sucinto imaginable, o sea nada; de hecho ni una sola estatua masculina etrusca, entre las muchas que aún podían verse en todo el mundo, por ejemplo en la entrada de los cines, llevaba la más escueta prenda de vestir encima, dejando de lado el infaltable casco de bronce en la cabeza. Pero los turcos traídos por Zeboll eran respetables empleados de nuestras empresas de importación y exportación, a lo sumo representantes o ven-

dedores de alfombras, y si por un lado no mostraban ninguna intención de ponerse a trabajar de albañiles, por el otro se rehusaban decididamente a aparecer desnudos en la plaza, aunque fuese con un gran casco de cartón pintado de verde en la cabeza.

La señora Ruxtix no se dio por vencida ante este obstáculo: con esa fuerza de convicción que brota por sí sola de un fuerte anhelo, explicó a los colegas de su marido que si bien los etruscos solían desnudarse cuando poseban para un escultor, en cambio era archiconocido que para realizar sus tareas cotidianas —escuela, trabajo, gobierno, y cría de aves de corral— éstos usaban pantalones o de animalitos; y esto no debía sorprender a nadie, ya que también hoy en día hacen lo mismo hasta los más altos funcionarios del Estado, quienes posan desnudos pero revelación bastante más arrolladora para convencer a los decorosos vendedores de alfombras turcos. Por tradición y por convicción éstos preferían una vestimenta convencional, moderna, por lo común excesiva: algunos usaban camiseta de lana, gorra de tweed, bufanda de lana merino y medias de vicuña aun en verano. Tampoco habrían andado jamás sin corbata por la calle.

Ahora el calor era como una gruesa frazada tendida día y noche sobre las calles desiertas; las hojas de los árboles se secaban por la falta de agua bajo una capa de tierra rosada que un viento sin oxígeno traía de los cerros circundantes, en especial durante las horas nocturnas, que se vertían sobre el cuenco abrasado de la ciudad como un aceite de disínto color pero no menos caliente que el diario. Los cuatro miembros de la Comisión reunidos en casa de los Ruxtix ya no sabían qué camino tomar y dejaban pasar los reproches y las exhortaciones de la dueña de

casa como un arroyo de agua tibia en el que no estaban dispuestos a sumergir ni siquiera la punta de los dedos, conformándose simplemente con esa modesta victoria sobre la asfixia que significaba el hecho mismo de seguir respirando. Actividad que por otra parte era tan ardua que consumía ese mínimo, no consumido aún, de su capacidad, de por sí exigua, de atención.

En eso estaban cuando el concejal Okito, para vencer cuanto menos la inercia de la asamblea, desempolvó la vieja teoría, hoy repudiada por todos o por casi todos, según la cual los etruscos serían originarios de la India. La señora Ruxtix fingió sin demasiado éxito un ataque de risa; Onemo observó que todos somos un poco indios, hoy en día; Zeboll dijo que el hombre descendió del mono probablemente en China; Ruxtix, que el hombre no desciende, ni descenderá jamás, del mono.

Así estaban, hablando vagamente de una y otra cosa y del teléfono, que estaba descompuesto desde hacía varias horas, cuando llegó el empleado enviado a repararlo. Se llamaba Atanassim y usaba un par de anteojos de lentes tan gruesas que no sólo los ojos sino toda la cara parecía extrañamente empequeñecida y lejana detrás de los cristales; si en cambio se lo miraba de perfil, el verdadero tamaño de su cara resultaba sorprendente, pues parecía expandirse por uno de esos efectos que estudian los psicólogos. Era un joven flaco y macizo, de movimientos algunas veces torpes, otras delicados.

Mientras Atanassim reparaba el aparato enmudecido, la señora Ruxtix seguía enumerando agitadoamente sus problemas, que de ser personales habían pasado a ser públicos, o viceversa: los niños, el mar, la mucama, los turcos; finalmente, con la misma voz sombría con la que se hubiese referido a una inmensa ave rapaz que se arrojara sobre el mundo hasta oscurecerlo con su sombra, lle-

gó al templo. El joven telefonista escuchaba. Intrigado, pidió explicaciones que le fueron dadas, siempre por boca de la señora Ruxtix.

Cualquier cosa que hubiera entrado en la sala, un perro, un pájaro desorientado o hasta una mosca, habría bastado para captar la atención dispersa de los concejales. Los cuatro ancianos se quedaron con la mirada fija en Atanassim, como si hubiera llegado el Ángel de la Ley o un famoso actor de televisión. En esa mirada había un pedido de auxilio; esa mirada quería decir: hasta los más humildes sirvientes a veces pueden darle una mano a un concejal municipal.

Sin embargo no había que excluir la posibilidad de que un mero empleado telefónico, obligado por su propio oficio a entrar en todas las casas, descubriera en el momento menos pensado uno o más etruscos, quizás escondidos en los lugares más inverosímiles, por ejemplo entre dos filas de jaramones en una fiambrería. En suma, razonaban a pesar del sudor, también él era miembro, aunque ínfimo, de la Municipalidad, que poco tiempo antes de hecho había comprado el paquete mayoritario de las acciones de la Compañía Telefónica.

Ante el pedido tácito, con ese entusiasmo idealista, con esa voluntad utópica de fortificar la propia personalidad resolviendo los problemas ajenos, que es uno de los rasgos más molestos de la juventud, Atanassim enseguida hizo suyas las perplejidades de la Comisión, y pidió dos minutos de silencio para reflexionar. Pero antes de transcurrido el primer minuto, el telefonista golpeó la mesa con la palma de la mano y dijo:

“¡Ya está! Tengo la solución.”

Y envuelto en la cálida nube de esperanza y de transpiración que emanaba al mismo tiempo de los cuatro concejales y de la señora, les contó que el día anterior, mien-

tras paseaba en bicicleta por el Bosque Municipal, se había topado con tres negros acampados debajo de un fresno. Les había preguntado qué hacían allí en el bosque y los negros respondieron que en esa época del año no tenían trabajo, motivo por el cual se refugiaban en los bosques, donde vivían de la caza y de la pesca, como por otra parte siempre habían hecho desde niños en su tierra natal. A pesar de ello, declararon estar dispuestos a aceptar el primer trabajo que cayera en sus manos, sin pretensiones de ninguna clase, en primer lugar porque durante el verano no era fácil encontrar en los bosques animales u otros alimentos apetitosos. Después de todo, entre etruscos y negros, concluyó Atanassim, no había tanta diferencia; dado que hasta ese momento no se había presentado ningún etrusco verdadero, ¿por qué no contratar falsos etruscos?

Imantado por la sonrisa codiciosa que poco a poco se abría como una granada madura en la cara de su mujer, el señor Ruxtix, con la lenta, sublime alegría de un alma que por fin se desprende de su cuerpo material, emergió de su obeso sopor y concedió su aprobación episcopal a la propuesta del joven.

Bastaría nombrar a esos negros, dijo, albañiles etruscos de la Municipalidad; munitirlos de una mínima vestimenta simbólica, para que no trabajaran completamente desnudos, como exigía el rigor histórico pero el pudor condenaba, e instalarlos en el centro de la plaza, ahora desierta. Si luego ellos preferían en verdad trabajar desnudos, como acostumbra los negros, el concejal estaba dispuesto a hacer la vista gorda. Dos carpas para dormir de noche, una discreta cantidad de ladrillos para construir el templo, un capataz para dirigir la obra, y asunto terminado: a más tardar en dos semanas la ciudad tendría su templo etrusco.

Los demás miembros de la Comisión suspiraron. El concejal Oremo, decano del grupo, hizo notar que a su entender los etruscos eran blancos. Casi brillantemente, la señora Ruxtix argumentó que después de haber pasado tantos siglos en la oscuridad de la Historia no sería raro que se hubieran vuelto negros; por otra parte la Enciclopedia no decía una sola palabra sobre su color natural, y en las ilustraciones en colores parecían rojos o verdes, nunca blancos.

El concejal Okito agregó entre dientes, no se sabía si para apoyar o rechazar del modo más indirecto posible la propuesta de los Ruxtix, que lo único que se sabe con certeza acerca de los etruscos es que hablaban una lengua incomprensible, como los gitanos, también ellos provenientes de la India; e igualmente cierto es que los primitivos habitantes de este último país, como cualquiera puede comprobarlo aún hoy, oscilaban más bien entre el gris y el marrón.

Zeboll, sin embargo, quiso elevar otra objeción: ¿cómo reaccionarían los verdaderos etruscos? ¿Y si, por ejemplo, organizaban una manifestación popular de protesta, con pancartas y banderas y bombos, y copaban la plaza el día de la inauguración del templo? ¿Si los más exaltados entre ellos, de esos que nunca faltan en una manifestación popular, en nombre de su patriotismo ofendido se abalanzaban sobre el templo apócrifo erigido por los negros y lo destrúan? Tanto mejor, tanto mejor, respondió la dueña de casa; porque entonces la Municipalidad podría obligarlos a salir de sus escondites y reconstruir el templo en ruinas, pagando ellos las costas, y ya nadie tendría motivos para dudar de la autenticidad de la mano de obra, ni de la etrusquez del producto.

Okito, más desorientado que nunca, intervino en un tono de duda irrefutable:

"La verdad es siempre la mejor política. También podemos decir, si es necesario, que pusimos a los negros como cebo para atraer a los verdaderos etruscos."

Y entonces Zeboll llegó al centro del problema:

"Pero ¿quién dirigirá la obra?"

La señora Ruxtix, cuya admiración, cuya gratitud hacia su salvador iban continuamente en aumento, propuso entonces que la Comisión nombrara jefe de obra, en el acto y honoris causa, al joven Atanassim, quien ya había dado pruebas suficientes, justo en el momento más delicado de la breve historia de la Comisión Urbanística, de su viveza de ingenio, de la variedad de sus conocimientos, de la agudeza de su sentido práctico y de tantas otras cualidades morales e intelectuales que parecían multiplicarse como los reflejos de un diamante ante sus ojos de ratón vivaz, lamentablemente reducidos por los anteojos a dos lejanos y simpáticos puntitos azulados.

"Se trata", agregó la mujer, "de una obra provisoria, destinada principalmente a provocar, por decirlo de alguna manera, la reacción etrusca."

A esta última consideración, que cerraba herméticamente la cuestión como un tapón de goma, los concejales no encontraron nada que acotar: estaban exhaustos. Como suele ocurrir en las asambleas, cuando de la confusión de las opiniones una idea empieza a tomar forma y a arrastrar tras de sí las voluntades fluctuantes, así como un rinoceronte lanzado al ataque en una sala de baile arrastra las serpentinatas que cuelgan de los balcones y del techo y entremezcladas con ellas las cintas de los disfraces de carnaval de las damas y hasta fragmentos de sus cándidas carnes colgados en el estandarte irresistible de su cuerno único o a veces doble, ya nada habría podido detener a la resuelta Viscontea Ruxtix.

Media hora después, sumariamente resueltos, o más

bien despachados los normales problemas de procedimiento, honorarios, competencia y suministro de materiales, los tres concejales emprendían el regreso a sus respectivos hogares con la buena nueva, mientras Ruxtix se abandonaba deshecho en los potentes brazos de su mujer y Atanassim, todavía mareado por el vertiginoso sucederse de los acontecimientos, partía en bicicleta hacia el bosque, en busca de los tres negros que desde ese día trabajarían bajo su mando. Antes de salir, reparado el teléfono descompuesto, había llamado primero a la Compañía para notificarle su imprevisto traslado, y luego a una señora amiga de su madre, para hacerle saber que esa noche tal vez no dormiría en casa.

III

APARECEN LOS NEGROS.
ALGUNOS RASGOS DEL CARÁCTER DE ATANASSIM.
ENTREGA DE LOS MATERIALES Y DEL AUTOMÓVIL.
MUERTE DEL PERRO PROPIMANSO. ·
IDÉNTICO FIN DEL CABALLO THERMOS.

Los negros se llamaban Oscar, Astor y Menenio, aun- que la costumbre y la amistad habían reducido este últi- mo a Menio. Eran tres jóvenes alegres y sin complicacio- nes, ruidosos y desenfrenados en sus juegos, y bastante irascibles si alguien pretendía burlarse de ellos o de la raza negra en general; pero en cualquier otra circunstan- cia se mostraban obedientes y respetuosos, amantes de los niños y de los animales, en especial de los más tier- nos, que pueden asarse simplemente ensartándolos en un palo. Altos y robustos, no tenían, por así decirlo, proble- mas; ni se imaginaban que la Humanidad pudiese tener un porvenir, y mucho menos un pasado; dormían a la in- temperie, bebían de las fuentes y comían lo que encontra- ban; como carecían casi enteramente de memoria, no te- nían ofensas que vengar, y cualquiera los hubiese consi- derado buenos.

Atanassim, en cambio, según decían sus conocidos, no era bueno; o mejor dicho, no se preocupaba mucho por parecer bueno, entre otras cosas porque todos sus esfuer- zos en esa dirección tarde o temprano lo llevaban inexpli- cablemente en dirección opuesta. Dado que estaba obli- gado a vivir entre la gente, no le quedaban más que dos posibilidades de elección: actuar como actúan los demás, lo que a menudo resulta cansador y deprimente, o bien actuar como le diera la gana, lo que al fin y al cabo resulta todavía más cansador y deprimente. En consecuencia ha- bía elegido, como tantos otros, una suerte de vía interme- dia: a veces actuaba como actúan los demás, y a veces ac- tuaba como se le daba la gana.

Amante de la verdad, que no es sino el uso correcto del lenguaje de la sociedad en la que le toca vivir a cada uno, y generoso, habitualmente su presencia, que por motivos bien diferentes había resultado tan agradable a la señora Ruxtix, terminaba por provocar incomodidad en las personas que lo rodeaban. Esto es, personas que de esas dos cualidades, la generosidad y la veracidad, no habían hallado hasta entonces demasiados ejemplos, y menos aún la conjunción de ambas cualidades en un mismo individuo. Por lo tanto sus conocidos preferían adoptar en su trato con él una conducta desconfiada; no vacilaban en atribuirle, como por otra parte hacían con todos, intenciones mezquinas, y en el mejor de los casos se limitaban a observar que no lo entenderían, lo que en el lenguaje cotidiano implica un considerable matiz de desaprobación.

Por su parte, acaso como reacción ante esta actitud de sus semejantes, el joven telefonista se mostraba a menudo hurao, agresivo y desconcertante. Pero en las raras ocasiones en que tropezaba con una persona en cierta medida libre de tales prejuicios, al mismo tiempo causa y efecto de la miseria espiritual, de la vergüenza y de la desesperación que a fin de cuentas constituyen la dote inevitable de la mayoría de los seres humanos, Atanassim se mostraba entonces tal como probablemente era: un hombre inteligente y abierto, y en mejores condiciones que los otros de suscitar afectos perdurables.

Y esto justamente fue lo que sucedió como consecuencia de su encuentro con los tres negros: nacidos en tierras más libres —o para ser más exactos en tierras donde los prejuicios sociales son tan diversos que al entrar en contacto con los nuestros, tanto unos como otros se disuelven en lo que en definitiva es su verdadera naturaleza, puro humo—, Oscar, Astor y Menio comprendieron ins-

tintivamente las muchas ventajas de la propuesta de su ocasional amigo, y de inmediato aceptaron seguirlo. En fila india, cantando a grito pelado las atroces melodías de sus selvas natales, se encaminaron detrás de él hacia la plaza desierta.

Después de haber admirado los estilos arquitectónicos de los últimos decenios (cuya máxima jactancia parecía ser la de haber reunido al fin todos los estilos precedentes, del románico-egipcio al magdalenense-industrial) variadamente representados en los austeros edificios que dominaban la arcada perimetral, los nuevos etruscos se dispusieron a ordenar de la mejor manera posible, bajo la sombra de los arcos, las cuatro latas herrumbradas y las tres bolsas deshilachadas que constituían todo su equipaje. Luego se acostaron en la vereda, a la espera de los materiales de construcción y de las herramientas de trabajo prometidas. Nadie en la ciudad había advertido su presencia; de un ático cerrado bajaba como un lento acierte el canto pantanoso de uno de esos pájaros llamados cardenales, que tornaba más vasta la soledad estival de la plaza.

La Comisión Urbanística había munito a Atanassim de abundantes permisos, documentos y órdenes de entrega, destinados a abrirle las puertas y las bolsas de los exuberantes aunque polvorientos almacenes municipales. Con la llegada del capataz, en bicicleta, uno tras otro los guardianes despertaron del sopor estival y no sin largos gruñidos, a menudo acompañados de miradas pérfidas, abrieron candados y cerrojos. Después de lo cual se abandonaron, según la inspiración y el grado de fastidio, a la consabida comida de gemidos, amenazas y bostezos, algunas veces alternados y otras veces simultáneos, pero entregando mientras tanto la mercadería solicitada en la cantidad solicitada: una avalancha de palas, azadas, pi-

cos, martillos, bolsas de cemento, de cal y de arena, fierros, tablas, postes, cucharas de albañil, clavos de toda forma y tamaño, serruchos, ladrillos, canto rodado, mezcladora, teodolitos, niveles, aspiradora, tubos para andamiaje, cañerías y juntas de todo tipo, hoces y guadañas, pisones, cocinitas y hornos, carbón, mazas, hachas, piquetes, sogas y cordeles, poleas y roldanas, carpas con accesorios, pantaloncitos de trabajo, cates de campaña, un carro con caballo, la promesa de una excavadora, y cientos de otras cosas que habrían hecho las delicias del constructor más exigente.

Sin embargo, Atanassim no estaba del todo satisfecho: transportar todo ese material en el carro llevaría varios días. Los negros estaban contentos de conducir el carro y habían aprendido enseñuida a dirigir el caballo a derecha e izquierda con la fusta y las riendas. Pero precisamente por eso discutían entre ellos todo el tiempo: los tres querían hacer de cocheros, en cambio ninguno quería cargar la mercadería y de este modo el trabajo corría peligro de prolongarse hasta el infinito.

Por lo tanto el capataz había decidido procurarse, en lugar del carro, un camión. La empresa no se presentaba fácil, ya que la construcción del templo no preveía la utilización de automotores propiamente dichos. Además los camiones no se encontraban en los depósitos, sino en la cochera municipal, herméticamente cerrada por vacacione; después de una serie de intentos que cayeron en el vacío, Atanassim tuvo que conformarse con un viejo automóvil abierto que quién sabe cómo había sido abandonado en el patio de un depósito de carbón. Contrariamente a toda previsión, el guardián del depósito se mostró muy contento de poder deshacerse de aquel estorbo. En efecto, así como a veces se extraviaban los expedientes y los trámites municipales, podía suceder que se extraviase

un automóvil, y lo mejor en esos casos, para liberarse de la responsabilidad, era liberarse del objeto mismo, en lugar de retenerlo celosamente como hubiera hecho un guardián estúpido o inexperto.

Así fue como Atanassim, casi sin pedirlo ni quererlo, se encontró en posesión del auto decrepito, el cual justamente porque era abierto o, como decía el guardián, descapotable, parecía particularmente idóneo para transportar herramientas en la estación estival. Hacia la noche, cargada la bicicleta en el automóvil, el capataz emprendió por fin el regreso a la obra del templo, donde lo esperaba un espectáculo singular: sus etruscos no sólo habían arrancado el gran cartel, pintado con letras de púrpura fluorescente, de la FÁBRICA DE MUEBLES FINOS EL LECHONUPCIAL, sino que lo habían hecho pedazos, con los pedazos habían encendido una fogata, y sobre la fogata habían colocado una de esas rejillas que tapan las bocas de los desagües, este destrozo también sin permiso.

Con un olor nauseabundo a dulce quemado, encima de este asador improvisado se cocían ahora los cuartos y las vísceras de un animal cuyo pellejo gris-sucio colgaba hecho una bola de un teodolito que también se quemaba junto al fuego; mientras tanto los negros, montados los tres sobre el caballo Thermos, se habían puesto a galopar alrededor, aullando y blandiendo picos y palas, con las caras embadurnadas de cal o harina, a tal punto que en vez de albañiles etruscos parecían tres indios dementes.

Quando estuvo más cerca del pellejo o restos mortales del animal asado, Atanassim vio que no se trataba de una oveja que por casualidad hubiera aparecido en la plaza, como creyó al principio, sino del pobre Propimanso, un viejo perro ovejero que durante años había sido el fiel lazarillo de un mendigo ciego de la zona, muy estúpido y por eso querido por todos. Este ciego había muerto hacía

algunos meses, por obra o más precisamente por una apuesta de unos chicos del barrio que le habían dado a beber un vaso de vino mezclado con algún éster fosfórico de uso doméstico, y desde aquel día el noble Propimanso, solo como un perro abandonado, vagaba por los alrededores, mimado y torturado por grandes y chicos. "Fiel como un cristiano", era el comentario de rigor, cada vez que alguien lo mencionaba.

Frente al triste pellejo roñoso y ensangrentado, Atanassim se sintió por un instante impulsado a reflexionar acerca del misterio de la vida, tanto del animal como del hombre. Todos son puntos de un tapiz que nadie puede ver. Propimanso había muerto. ¿Quién habría podido juzgar su vida? ¿Quién, por otra parte, habría sentido la tentación de hacerlo? Los habitantes del barrio, acostumbrados a su figura escéptica y noble de perro vagabundo, tal vez se indignaran ante la noticia de su desaparición no sólo espiritual. Por más apetecibles que fuesen sus chinchulines, por más conmovedor y suave que fuese su pellejo vacío, Atanassim intuyó que lo mejor era esconderlo cuanto antes. Por eso ordenó a los negros que cavaran un pozo para inhumar allí el seso inteligente, los músculos activos, el corazón devoto y las restantes entrañas del perro fallecido. Sin embargo, les aconsejó que no lo sepultasen demasiado cerca del templo en construcción, porque de lo contrario algún que otro trozo del cadáver saldría a la luz apenas se iniciaran las excavaciones.

Como los apasionaban ritos y ceremonias mágicas de toda clase, para la ocasión los etruscos quisieron ponerse sus pantaloncitos nuevos de albañil. Cavaron una trinchera como para enterrar diez perros muertos, arrojaron desordenadamente en ella las sobras de su almuerzo interrumpido —hasta la cola, que Astor se había atado a la cintura—, luego también ellos se metieron dentro y con

los pies desnudos pisotearon a fondo los despojos todavía sucios de sangre, mientras improvisaban piruetas y gritos obscenos. Para terminar, llenaron el pozo y bailaron alrededor una agitada danza funeraria también de invención reciente.

Una vez borrados los rastros de este primer gesto impulsivo de los etruscos, presagio de quién sabe qué otras manifestaciones de imprevisible osadía, Atanassim quiso darles una breve lección acerca de la vida al aire libre, mostrándoles cómo se armaban las carpas, cómo se abrían los catres y cómo debían acostarse sobre ellos y no debajo como pretendía Menio. Los etruscos recibieron con manso interés la lección, y apenas estuvieron acostados en sus cánticas parecieron dormirse, con tanta naturalidad que el joven capataz, mucho más cansado que sus compañeros, tras un largo suspiro de satisfacción también se dejó ganar blandamente por el sueño.

Sin embargo su sueño se vio interrumpido, a eso de las tres de la mañana, por un fuerte ruido de masticación. Atanassim se levantó y asomó la cabeza fuera de la carpa. Justo en el centro de la plaza, en el mismo lugar donde pocos minutos antes había visto alzarse en sueños, espi-gada y blanca, una altísima columna afganistana —que como suele ocurrir en los sueños tal vez representara por sí sola el templo entero— el capataz vio a los tres negros sentados, a la luz de la luna, ocupados en devorar algo que no pudo distinguir. Luego comprendió de qué se trataba: sobre las brasas de la fogata que nadie se había tomado el trabajo de apagar, ahora brillaba, con los ojos levemente entrecerrados, la cabeza parcialmente chamuscada del caballo Thermos.

Ya no podía hacer nada para salvar a esta segunda víctima del despótico hambre etrusco. De nada hubiese servido, pensó Atanassim, intentar cruzar nuevamente,

menos aún a una hora tan avanzada, la muralla de ingenuidad que protegía a sus albañiles. Después de todo, no habían hecho más que obedecer al instinto; la culpa en cierta medida era suya, porque había olvidado traerles algo de comer. En los almacenes municipales tenía que haber forzosamente alguna bolsa de papas o de papótos secos, algunas latas de carne en conserva. No es posible construir un templo si no se alimenta a los trabajadores. Sólo de la carne y de las papas puede nacer esa fuerza que da una forma duradera a las aéreas fantasías de la mente. Con estos razonamientos, entre adormecido y resignado, el capataz volvió a la cama.

IV

LOS ETRUSCOS EN AUTOMÓVIL.
FIN DEL AUTOMÓVIL.
MENIO TUERCE LOS PEDALES DE LA BICICLETA
Y ATANASSIM PRONUNCIÓ UN DISCURSO CONTRA LA
ESCLAVITUD.
LLEGAN LOS GATOS.

A la mañana siguiente Atanassim fue despertado por los primeros rayos de sol que calentaban la carpa hasta volver irrespirable el aire. El capataz se levantó y salió de su guarida; lo primero que vio fueron los pedazos sobrantes del caballo Thermos, salados y adobados para que no se echasen a perder enseguida, colgados a la sombra de los arcos. Buscó con la mirada a los malhechores y finalmente descubrió a dos de ellos bajo la Puerta de los Caracoles, ocupados en manipular el automóvil.

Astor estaba sentado al volante y simulaba manejar, imitando con la boca el ruido del motor, las diferentes velocidades, la bocina, aun las frenadas bruscas; entre una y otra frenada Oscar lo golpeaba en la cabeza con un palo, para que lo dejase manejar a él. Por suerte no habían encontrado la llave de encendido, que Atanassim tenía en su bolsillo; por lo tanto, por más que intentaran hacerlo arrancar, el auto jamás se hubiese puesto en marcha. El capataz se preguntó dónde estaba Menio.

Finalmente lo vio acostado debajo del automóvil, como suelen hacerlo los mecánicos, con una gran llave inglesa en la mano. Atanassim le dijo que se levantara. Debían ir al almacén a reabastecerse de provisiones y conservar varias; también había que pensar en la excavadora, sin la cual no podían comenzar los trabajos. Alegremente, los tres etruscos se acomodaron dentro del auto, Astor y Menio en el asiento de atrás, Oscar al lado del capataz, pero cuando éste se disponía a partir descubrió con fastidio que sus negros, a fuerza de jugar con las luces y con los cables de la instalación eléctrica, ha-

bían conseguido descargar casi por completo la batería.

Rezongando, los hizo bajar para que empujaran el auto, y los etruscos pusieron tanto empeño en este nuevo juego que, sin atender al hecho de que el motor ya estaba encendido, siguieron empujando por casi cien metros hasta que Atanassim apretó de golpe el acelerador y los tres cayeron en la mitad de la calle, rodando en el polvo y dando grandes risotadas, felices como cachorritos al sol.

Una vez que los negros volvieron a subir al auto, los cuatro constructores se encaminaron —a velocidad reducida, ya que el viejo motor perdía potencia y funcionaba con tres pistones— rumbo al almacén municipal número dieciocho, ubicado en un barrio bastante periférico. El silencio y la soledad respondían por doquier a los gritos de entusiasmo de los etruscos. Pero de pronto Atanassim advirtió que el guardabarras derecho de la parte trasera se había desprendido parcialmente y golpeaba contra el empedrado con un ruido que casi tapaba los gritos de los pasajeros. Poco después empezó a desprenderse el guardabarras izquierdo; finalmente ambos guardabarras cayeron a la calle, donde permanecieron inmóviles e inertes, como los dos pedazos de lata que eran. Atanassim no se detuvo y se limitó a observar:

“Los recogeremos a la vuelta.”

Menio aullaba de alegría, porque en ese momento era el paragolpes trasero el que se arrastraba por la calle. Oscar y Astor se asomaban por las ventanillas para mirar los pedazos que poco a poco iban desprendiéndose del auto: la rueda de auxilio, los dos farolitos rojos, la patente, y para terminar los dos guardabarras delanteros, esparcidos como cadáveres luego de una persecución policial a lo largo de la soleada Avenida de los Plátanos.

El capataz al volante era demasiado miope como para llevar la cuenta exacta de los pedazos que había perdido

hasta ese momento. Pero desde el principio una sospecha le rondaba la cabeza: que Menio, para divertirse, había aflojado todas las tuercas del automóvil. No por nada había salido tan radiante de abajo del auto, con esa llave inglesa en la mano. Justo cuando Atanassim estaba volviéndose para comunicarles esta sospecha suya con el agregado de algún comentario desagradable, como por ejemplo: “¡Podríamos tirarte también a ti a la calle!”, toda la parte posterior de la carrocería, incluidas las dos puertas y el asiento de atrás, por no mencionar a Menio y a Astor que estaban sentados en él, se desprendía por completo y luego de tres o cuatro golpes secos se desplomaba sobre el pavimento.

Irritado, el capataz decidió en el acto dejar los pedazos y los negros en el suelo donde habían caído y seguir su camino como si nada hubiese ocurrido. Pero dos minutos después el auto daba un último salto y dejaba de obedecerlo, porque se había desprendido el tren posterior, con ejes y ruedas. Como un perro que se lame el trasero después de haber hecho sus necesidades, lo poco que quedaba del automóvil tambaleó por algunos metros, ladeándose hacia la izquierda con un gran estruendo de hierros zarandeados contra la calle: finalmente, debajo de un balcón, quedó inmóvil para siempre. Del balcón pendían dos largas medias verdes.

Hubiese sido inútil, ahora, volver atrás a recoger los pedazos de automóvil dispersos a lo largo de la avenida: obviamente el coche había llegado al término de sus días y de sus vueltas por los caminos de este embriagador planeta; quedaba en manos de los barrenderos municipales, quizá, la tarea de recoger los miembros y de recomponer cariñosamente el cadáver del difunto. Mudo y compungido, Menio se escondía detrás de su compañero Oscar, con un imprevisto ataque de furia —debilidad de la que na-

die, ni siquiera el más devoto lector de las vidas de los santos, puede considerarse del todo libre— Atanassim levantó la voz y le ordenó que volviese corriendo a la plaza y le trajera la bicicleta. Pensándolo mejor, agregó:

“Pero no se te ocurra sentarte en ella.”

Mientras esperaba el regreso de Menio, el capataz se dejó caer en el cordón de la vereda, bajo la fresca sombra de un plátano amarillento por la falta de agua, y con la ayuda de su agenda de bolsillo, provista de índice alfabético, se puso a preparar su plan o programa de trabajo, con fechas, plazos y otras anotaciones útiles. No había pasado siquiera un cuarto de hora, cuando reapareció Menio subido a la bicicleta, deslizándose a toda velocidad por la pendiente de la avenida. Como Atanassim le había dicho que no se sentara en ella, el etrusco, siempre asistido por su querida llave inglesa, se había tomado el trabajo de destornillar el asiento. Así fue que lo vieron llegar con el asiento en la boca, las manos en el manubrio y los pies en los pedales, los cuales, al no estar preparados para aguantar por sí solos semejante peso, se habían doblado hacia abajo. Esto ofreció al capataz una nueva ocasión para descargar ese resto de malhumor que le quedaba.

Muerto el caballo, destrizado el automóvil, arruinados los pedales de la bicicleta, Atanassim se habría dejado arrastrar por sus amargas reflexiones acerca de la caducidad de los medios de transporte, no sólo —como recuerda la conocida canción popular— de las esperanzas de los hombres y de los ratones en general; pero más lo urgía el deseo de llegar al almacén número dieciocho antes del mediodía, para que le entregaran los últimos materiales y herramientas que un guardián particularmente somnoliento le había prometido el día anterior. Después se ocuparía de los viveres y de la excavadora.

No era, por cierto, una tarea sencilla, a juzgar por la actual escasez de medios de locomoción, transportar semejante cantidad de objetos grandes y pequeños desde el almacén suburbano hasta la plaza céntrica, pero su versatilidad juvenil acudió una vez más en su ayuda, sugiriéndole que hiciera cargar sacos, bolsas, cajas e instrumentos en una especie de rastra hecha de palos y mimbre que descubrió en el rincón más polvoriento del galpón. Luego tomó una cadena y la ató a la rastra, como había visto hacer en el campo, sólo que en vez de enganchar un caballo a su trineo improvisado, como se hace en el campo, engancho a Oscar y a Menio; Astor, el tercer etrusco, debía cuidar la carga. Atanassim dio la orden de partir: él los acompañaría en bicicleta, porque no era un joven que se asustara por un par de pedales torcidos.

Mediando acerca del ingenio, la fuerza y la paciencia del hombre, que durante tantos siglos anteriores a la invención de la rueda sin embargo le permitieron arrastrar sobre la áspera faz de la Tierra los grandes bloques de piedra con que construyeron sus monumentos más durables, como lo prueban al menos las olvidadas ruinas todavía ocultas en las selvas antiguas, por ejemplo en Perú y en México, que un día fueron imperios y que hoy apenas son repúblicas, el capataz municipal, ocupado como estaba en indiciar el camino en su bicicleta, poco a poco había ido alejándose de los negros. El infiel Astor, improvisado cochero de sus camaradas, supo aprovechar enseguida esta circunstancia para subirse a la rastra y hacerse remolcar también él.

No satisfecho por el pueril atropello, el cochero etrusco, sentado despóticamente encima de la pila de cajas y sacos, se había apoderado de un largo trozo de sogas y con esta fusta se había puesto a azotar a quienes lo transportaban, mientras los azuzaba con los nombres de caba-

Los más ofensivos que recordaba, como: "Referéndum", "Armatoeste", "Inmóvil", "Frambuesa", "Trasto", "Stop", "Consumista", "Telenoche", "DDT", "Lamedor" y otros apodos semejantes. Finalmente sucedió lo que debía suceder: Oscar y Menio, más exasperados por las burlas que por los latigazos, se rebelaron y le saltaron encima, despararramando al mismo tiempo todos los clavos y otras piezas pequeñas de metal; Astor repelió el ataque volcándoles una bolsa de cal en la cabeza, con el resultado de que los dos negros quedaron, paradójicamente, blancos.

Atanassim advirtió que los etruscos se habían detenido y debió volver atrás. Cuando por fin logró imponer una apariencia de orden en la rastra bamboleante, y luego de que Oscar le contara lo sucedido, exclamó con voz iracunda:

"¡Entonces tú, Astor, querías volver a introducir en el mundo civilizado la peor plaga que este mundo ha sufrido durante milenios, y de la que todavía no puede declararse completamente curado! ¡Hablo de la esclavitud, cruel invención de los antiguos que, como tú, gustaban subirse a sus carros tirados por prisioneros, previamente cegados y atados por la cintura con largas cadenas! ¡La misma amarga y triste condición en la que poetas y demagogos fingen encontrarse aún, tal vez porque jamás han conocido ni látigos ni cadenas, al punto de añorar su ausencia!"

Los negros lo escuchaban hablar; aunque no entendían casi nada de lo que decía, no por ello disminuía su admiración, frente a la elevada retórica y a la elegancia con que la vertía en sus orejas sucias. Una admiración instintiva, destinada a traducirse, como sucede a menudo, ya no en obediencia sino en un creciente deseo de servir y ayudar por la mera fuerza del amor a quien se mostraba portador de tan noble mensaje. Así fue como, una vez que

el discurso resultó ser más eficaz por su elocuencia que por su oportunidad, los tres etruscos, uno negro como el cacao y los otros dos blancos como la sal, se encaminaron a toda prisa y sin nuevos obstáculos hacia el depósito, arrastrando con ímpetu su carga revolcada, mezclada y despararramada.

En la plaza los esperaba un espectáculo inesperado. Por efecto del calor, los trozos de caballo colgados bajo los arcos, a pesar de estar salados y ubicados al reparo del sol, comenzaban a despedir su hedor natural, lo que había bastado para atraer a la plaza a la comunidad entera de gatos del barrio. Los gatos estaban famélicos, en especial porque todas o casi todas las viudas o ancianas que, movidas más por la soledad que por la solidaridad entre animales, solían dejar en los rincones oscuros alimentos variadamente adecuados a los gustos más o menos refinados de los felinos, en el ínterin habían partido hacia regiones más ventiladas en busca de otras formas de soledad.

Pero los pedazos de caballo estaban colgados demasiado alto, y por más que los gatos saltasen y estirasen las patas ni siquiera lograban rozarlos. Los más robustos se paraban sobre las patas de atrás y así saltaban bajo esas tripas chorreantes, extendían los bigotes como abanicos y olisqueaban embriagados la carroña anhelada. Otros, más jóvenes, intentaban caminar por las paredes verticales hasta alcanzar un metro o más de altura, pero luego volvían a caer al suelo suavemente, describiendo con elegancia su breve parábola descendente.

Toda esta gimnasia no hacía más que acrecentar su apetito. Las gatas preñadas, conscientes de su peso estacional, permanecían sentadas con la mirada ansiosa hacia lo alto, mientras los más pequeños, sin prestar ya atención al olor que los había atraído, jugaban a apoderarse

de ese misterio móvil que para los jóvenes es siempre la cola de un adulto; hasta que un rápido zarpazo, brutal y aterciopelado, los alejaba. Entonces también ellos se arrucaban bajo los cuartos sanguinolentos y, con los ojos en alto, maullaban puerilmente. Atanassim los miró sonriendo y después dijo a los etruscos:

“Ahora comprendo, ahora comprendo que sólo el hambre mueve a los pueblos, y que toda gracia del espíritu requiere, en primer lugar, un estómago lleno. Los gatos suelen hacer mil piruetas, pero sólo después de haber comido; porque primero está la satisfacción del cuerpo y luego la del alma, si es que los gatos también la tienen. Y yo diría que la tienen; porque, ¿qué es el alma, sino el conjunto de nuestros actos manifiestos? Y sin embargo hay quien considera más importante el alma que el cuerpo; lo que sería como afirmar que la faz de la luna es más importante que la luna.”

V

LOS ETRUSCOS
CONSTRUYEN UN TEMPLO PROVISORIO.
LLEGADA DE LA EXCAVADORA. LLEGADA DE NITRU.
HISTORIA DE VIRGEN.
DEBER DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA.

Mientras Atanassim estaba ocupado descargando la rastra, los etruscos, que no ignoraban el hecho de que la carne de gato es sumamente sabrosa tanto asada como en guiso, se habían lanzado a la caza de los invasores. Éstos, sin embargo, no se dejaban atrapar fácilmente: eran gatos callejeros, conocedores del cambiante humor de los hombres, y ni siquiera con el ofrecimiento de un salmón vivo hubiesen dejado que se les acercaran. Para poner fin a la guerrilla, que amenazaba con prolongarse hasta la noche, el capataz tomó una gran olla de cobre y golpeándola con un fierro, a manera de tambor, hizo tanto alboroto que los gatos terminaron escapándose, asustados. Luego dijo a los negros:

“Ahora traten de poner al menos un poco de orden en esta obra. Yo debo hacer un viaje más al almacén número cuatro, para buscar la excavadora. Cuando vuelva me ocuparé de los viveres.”

Una vez dicho esto, el capataz se alejó montado en su bicicleta de pedales torcidos. Apenas estuvieron solos, los tres etruscos, en lugar de hacer lo que se les había ordenado, se pusieron a discutir acaloradamente. En efecto, Oscar había tenido la idea de preparar para el regreso de su jefe, como señal de gratitud y también como prueba de arrepentimiento por las fechorías cometidas, una linda sorpresa. La idea había sido recibida con júbilo por sus compañeros; era necesario demostrarle a su capataz que, por más inexpertos y bromistas que fuesen los albañiles que él había elegido con tanta generosidad, aun así estaban en condiciones de colaborar en la empresa con una

eficacia cien veces mayor que la de cualquier albanil de larga y comprobable experiencia, con su cédula laboral al día en el bolsillo, su motocicleta entre las piernas, su familia tipo en la espalda, y su digna choza de madera o de cartón en la cabeza.

Tras un largo debate habían llegado a la conclusión de que la mejor manera de demostrar su capacidad sería aprovechar la ausencia del jefe de la obra para dar inicio sin más demora a la construcción de este templo o edificio todavía no identificado, tarea para la cual, por otra parte, habían sido contratados y a la que con tanta frecuencia había aludido el propio Atanassim.

Si bien los negros no conocían exactamente el significado de la palabra "templo", y menos aún el de la expresión "templo etrusco", en cambio sabían bastante bien qué quería decir construir. Tantos veces, por ejemplo, habían visto a los niños construir en la playa un castillo de arena, y ellos mismos, algunas veces durante la primavera, cuando las playas están todavía desiertas, se habían animado a salir de sus frescas guardias en el pinar o entre los arbustos detrás de las dunas para erigir, bajo la tibia luz del atardecer de abril, frente al loco hormiguno de la espuma del mar, su precioso castillo con una banderita en el pináculo y rodeado por una segura y profunda fosa llena de hirviente agua salobre.

Transportaron entonces al centro de la plaza toda la arena que el día anterior habían cargado con tanto esmero en el carro desvencijado de la Municipalidad, cuando el pobre Thermos estaba aún con vida. Luego le volcaron encima algunos baldes de agua que sacaron de la fuentecita, para que la arena se volviese más dócil a la impronta de los dedos. Después se abocaron a darle forma definitiva al castillo etrusco, como habían decidido bautizarlo oficialmente, sin planos ni idea alguna que

guiara sus negras manos. Así sucedió que mientras Menio levantaba una torre, Oscar en cambio se empecinaba en cavar debajo una galería, y entretanto Astor, muniendo de un palo de escoba, quería abrir puertas y ventanas tanto en la torre como en la galería. El resultado era que su castillo se derrumbaba una y otra vez ante sus fraternales altercados, para volver a ser lo que después de todo siempre había sido: un montículo más o menos cónico de arena mojada con una extensión irregular de arena pisoteada que la rodeaba.

Arrastrados por el ardor de la triple disputa, los constructores, que ya habían olvidado castillos y templos, estaban ocupados en echarse amigablemente puñados de arena a los ojos, cuando oyeron a lo lejos el estruendo de la excavadora. Al volante, serio y míope, estaba Atanassim; de la cuchara en que terminaba el largo brazo de la máquina, erguido en el aire como el cuello de un camello o el miembro viril de un mono joven, colgaba la bicicleta. Sin pensarlo dos veces, los negros abandonaron su castillo y corrieron hacia el capataz, que regresaba sentado allí arriba como San Miguel sobre el dragón.

Una vez que estuvieron junto a la máquina, con fuertes gritos de triunfo los tres etruscos treparon a las llantas articuladas, donde Oscar tuvo la desgracia de engancharse el dedo gordo de un pie, de modo que el recibimiento festivo fue reemplazado por gritos de dolor y carreras desenfrenadas en busca del botiquín de primeros auxilios. Sea como fuere, la excavadora había llegado; eso quería decir que finalmente podrían empezar el trabajo.

Atanassim ordenó a los negros que volvieran a transportar toda la arena al lugar donde la habían encontrado, para despejar el terreno y proceder así a la excavación. Mientras los etruscos acataban la orden, bajo los arcos apareció un joven de aspecto desaliñado, un muchacho

de catorce o quince años, vestido con pantalones cortos y una camisa de verano negra con estrellas blancas. Estas estrellas reflejaban los rayos del sol como múltiples espejitos; cada vez que el chico se movía, era casi imposible mirarlo, tan deslumbrante era su camisa.

Apenas lo vieron aproximarse, los etruscos interrumpieron el trabajo para salir a su encuentro, fascinados por ese relampagueo inusitado. Querían tocar las estrellas, ver de qué estaban hechas, exactamente como los salvajes cuando encuentran un objeto desconocido en la selva. Pero una vez que le pusieron las manos encima, prevaleció como siempre su carácter bromista, y como verdaderos bufones empezaron a molestar al muchacho metiéndole los dedos en las orejas, en la boca y en los ojos, e incluso haciéndole cosquillas en el ombligo debajo de la camisa abierta.

El capataz advirtió que el adolescente, incómodo, estaba a punto de ponerse a llorar; entonces también él se acercó, echó a los molestos etruscos y preguntó al joven estrellado cómo se llamaba y qué había venido a hacer en su obra. El muchacho respondió que su nombre era Nitru; un baterista ambulante le había dicho que estaban por construir un monumento en esa plaza, y como él estaba sin trabajo se había presentado para ofrecer sus servicios. Atanassim le preguntó qué sabía hacer, y Nitru contestó que había trabajado antes, aunque de tanto en tanto, en un taller mecánico, a lo que el capataz observó que en ese caso podría serle útil, por ejemplo manejando la excavadora, y lo tomó enseguida para el puesto con el título de excavador del templo.

De etrusco no tenía nada, a pesar de su nombre, pero no estaba dicho, ni mucho menos escrito, que todos sus empleados tuviesen que ser forzosamente etruscos. En consecuencia, mientras los negros continuaban despejan-

do el sector central de la plaza, el capataz dio a Nitru las primeras lecciones de conducción sobre el pesado aparato, y no tuvo oportunidad, al menos durante el transcurso de esas pocas horas, de lamentar su decisión, a primera vista apresurada, porque el joven parecía entender todo lo que se le explicaba y era voluntarioso y de buen carácter. Los etruscos mientras tanto se retorcián de celos y de envidia, que a fin de cuentas son lo mismo, y a duras penas disimulaban sus miradas curiosas.

También intrigado por el hecho de que el muchacho anduviera en busca de trabajo en pleno verano —cuando la mayoría de los trabajos estaban suspendidos y las familias, aun las más pobres, se trasladaban en bloque con perro incluido a las colinas circundantes o bien a orillas del mar—, Atanassim aprovechó la pausa de la tarde, mientras los etruscos descansaban en sus carpas, con todo su vigor concentrado en el estómago dedicado a digerir los grandes trozos de caballo podrido a la parrilla que habían comido abundantemente un rato antes, para preguntarle a Nitru por qué había permanecido en la ciudad, en busca de trabajo donde no lo había.

Entonces el pequeño mecánico le contó su historia, que sin embargo no llamaremos triste porque ningún hombre es materialmente más desdichado o afortunado que otro, y la tristeza y la felicidad sólo dependen de la disposición natural con que el alma recibe, acepta o rechaza los acontecimientos de la vida. A pesar de ello, para Nitru la suya no era una historia alegre, y en cierto momento, mientras la contaba, hasta se le escaparon algunas lágrimas.

El muchacho explicó ante todo que su madre era una puta, afectuosa y devota, pero sin instrucción y pobre como una laucha. Él había nacido por una de esas casualidades que a veces dispone la naturaleza, que es como un hervor o una erupción continua de la tierra, que de lo con-

trario sería inerte, y a la que aun siendo tenaz y omnipresente en su actividad, poco le importan los efectos de cada una de sus manifestaciones.

Sucedió entonces que la madre de Nitru, llamada Virgen, en el ejercicio de su profesión había conocido a un joven simpático y cortés, al que todavía no le gustaban las putas, al menos desde el punto de vista de la carne, que es tal vez el punto de vista más evidente. Virgen había sentido mucha lástima por esta deficiencia del joven y se había propuesto regresarlo al camino común, en primer lugar para acallar los comentarios desagradables de algunos parientes del muchacho, pero todo esto sin resultados, a pesar de los repetidos intentos y de la buena voluntad de ambas partes. Sin embargo, una tarde muy callurosa había sucedido lo que ya nadie esperaba, y como el hecho había tomado por sorpresa a los dos, la bondadosa Virgen no había hecho a tiempo de tomar las debidas precauciones; así fue como su vientre acogedor recibió la reluctante semilla de la que, nueve meses más tarde, nacería el pequeño Nitru.

Cuando lo supo, el amigo de Virgen se asustó tanto con la idea de convertirse en padre de un niño, que se marchó sin siquiera saludar a su generosa compañera, y jamás regresó; pero Virgen aceptó su embarazo como una nueva confirmación de la inescrutable voluntad del cielo, como en su época había hecho la mujer de Abraham, y en lugar de abortar o de abandonar al recién nacido en el baño de un tren, decidió tenerlo. Destinaba la parte más conspicua de los magros ingresos provenientes de su oficio a cuidar de él, ingresos que sin embargo eran cada vez más magros a medida que Virgen engordaba. Ya parecía dos o tres mujeres en vez de una, y además había adquirido la costumbre de beber toda clase de bebidas alcohólicas, y de llevarse a casa hombres de mala calaña que la

golpeaban y maltrataban, cuando directamente no le robaban —como suele ocurrir en tales ambientes— sus escasas ganancias.

Sin embargo Nitru quería tanto a su madre que le perdonaba cualquier displición, y en especial por la mañana, que era el momento en que se mostraba más lúcida, madre e hijo daban rienda suelta a su mutua ternura, conversando y jugando, o bien haciendo planes para el futuro, cuando él hubiese ganado lo suficiente para sacarla de ese barrio de mala fama y llevarla a otro verdaderamente elegante, donde las putas no son golpeadas sino respetadas y todas tienen teléfono y cuando llueve no tienen que cubrir la cama con una tela impermeable.

Pero una mañana, mientras Virgen y su hijo se entretenían frente a su casilla jugando a una suerte de tenis improvisado con una piedra redonda y dos tablitas, sucedió que la pelota fue a parar en la cabeza de un viejo paralítico, en su época un experto en el manejo de la ganúa, que tomaba sol asomado a una ventanilla del ómnibus quemado donde vivía con su familia; entonces Virgen había sido detenida y ahora se encontraba en la cárcel, y el dueño del departamento de cañas y chapas oxidadas donde vivían había echado al muchachito, que se había quedado solo, porque ya no podía pagar el alquiler.

Por eso, con su camisa estrellada como única posesión, Nitru vagaba sin rumbo por las calles desiertas, como un gato famélico en un cine cerrado por refacciones. Pero no quería abandonar la ciudad, para no alejarse de su madre, que cumplía su condena en la cárcel de los Desobedientes, donde le permitían visitarla cada sábado. Terminada su historia, el muchacho sacó de un bolsillo de sus pantaloncitos una fotografía de Virgen y la besó llorando. Entonces el capataz le dijo:

“¡Ojalá mi madre se le pareciera!”

Estas palabras le habían venido a la mente, y de la mente habían pasado a los labios, en parte por un movimiento espontáneo y en parte para ofrecer algún consuelo al muchacho. En la fotografía Virgen estaba casi desnuda, recostada en un diván; con la mano derecha sostenía un largo racimo de uvas encima de sus labios entreabiertos, mientras el pie izquierdo, suspendido en el aire, jugueteaba, como una invitación a los espectadores, con una pantufla recamada. Pero en realidad la exclamación no se debía a la pose sugestiva de Virgen, sino al hecho de que la madre del telefonista era una mujer muy severa, hija de campesinos, que jamás aprobaba nada de lo que él hacía o pretendía hacer, y en cambio llenaba cada una de sus horas libres con consejos molestos, aunque sensatos, acerca de su trabajo, sus novias eventuales, las ventajas del ahorro riguroso e incondicional y las diferentes maneras de aplacar la opinión pública, hidra omnívora que la anciana señora parecía respetar más que cualquier otra cosa en el mundo.

Precisamente esa misma noche el capataz se había vuelto a prometer que visitaría a su madre. Vivían en un barrio alejado, para colmo de difícil acceso desde que una gran crecida del río había destruido el puente que unía esa zona de la ciudad con el centro, y por eso a menudo Atanassim se quedaba a dormir en los galpones de la compañía telefónica; pero esta vez corría peligro de tener que pasar varios días seguidos sin volver a su casa, por lo tanto lo mejor sería informarle esto a su madre en persona. Por eso mismo decidió postergar la visita hasta la mañana siguiente al inicio de los trabajos. Pero antes de dejar la obra, trepó a una pila de bolsas de cemento y dirigió el siguiente discurso a sus subordinados:

“Hasta ahora nadie ha sabido explicar de manera satisfactoria cuál es la misión de los hombres sobre la tierra.

No nacimos para vivir como animales, y además de vivir y de comer, de hacer la guerra y de copular con las hembras, debe de haber algo que justifique nuestro despertar de ese largo sueño mudo que es la vida del animal; por algo hablamos, recordamos, comprendemos e incluso amamos. No es mi tarea ni mi intención decirles por qué somos hombres, sino solamente recordarles que somos hombres y que la inexplicable costumbre de poner piedra sobre piedra se aviene más a nuestra condición que la de echarlas por tierra. La naturaleza entera se encarga de destruir, pero hay algo dentro de nosotros que se opone tercamente a la naturaleza y que antes que dejarse dominar por ella se obstina en dominarla. Oscuras son las fuerzas que nos mueven, oscura es la meta, pero es justamente en esa oscuridad donde debemos trabajar, porque la sabiduría de todos los que nos han precedido hasta ahora a lo largo de los oscuros túneles del tiempo nos enseña que nada salvo ese trabajo puede producir alguna luz y consolar al hombre del más tremendo don que, precisamente para convertirlo en hombre, le fuera concedido: la conciencia de sí, suspendido entre el pasado y el futuro. Por eso, despejen bien el centro de la plaza, saquen todas esas bolsas apiladas allí, y ayuden al joven Nitru a trazar el perímetro del templo porque mañana comenzaremos las excavaciones.”

VI

NITRU TRAZA EL PERÍMETRO DEL TEMPLO.

LOS ETRUSCOS

LO ATAN Y LO TORTURAN.

OSCAR Y LAS HORMIGAS EN EL CULO.

MENIO APRENDE A MANEJAR LA EXCAVADORA.

LAS DOS FOTOGRAFÍAS.

Por sencilla que fuese la tarea confiada al muchacho, o sea trazar el perímetro del templo, Atanassim se había apresurado a explicársela hasta el menor detalle antes de partir. El decreto del Concejo Municipal establecía que la planta del templo etrusco debía ser circular, pero no determinaba el diámetro. Al principio el capataz había decidido darle a esta circunferencia un radio externo de tres metros; pero luego, tal vez impresionado por el discurso que él mismo había pronunciado ante los etruscos, y que tan imprevistamente venía a conferirle un sentido ideal a un trabajo que hasta ese momento se les presentaba solamente bajo su costado material, había pensado en alargar el radio en cuestión a cinco metros. De este modo el templo tendría un diámetro total de diez metros, y también su altura aumentaría de manera proporcional.

Nitru tomó entonces una sogá de unos cinco metros de largo, como le había indicado el capataz, ató una punta a un grueso palo clavado en el centro exacto de la plaza, después aseguró en la otra punta una estaca de madera con la punta afilada y llamó a Astor para que lo ayudara a marcar con esta punta de madera, sobre el asfalto blanco por el calor —pero cuidando de mantener la sogá siempre tirante— el círculo perimetral del templo.

A decir verdad, los tres etruscos no se habían recuperado aún de la sorpresa provocada por la imprevista llegada de Nitru, además del cordial recibimiento que le dio el capataz, seguido de su gloriosa promoción al puesto no sólo de conductor de la excávadora, hecho de por sí bastante fabuloso, sino también de ayudante personal y

directo ejecutor de las más recónditas intenciones del capataz: ¡un muchachito, un muchachito y encima pobre! La ambición, la desconfianza y la mezquindad eran para ellos sentimientos, si no totalmente desconocidos, en todo caso demasiado complicados, y por eso naturalmente extraños; a pesar de ello siempre estaba la incomodidad ante lo desconocido. Para los etruscos, Atanassin era una especie de divinidad, cada uno de sus gestos lo afianzaba, y en particular esa cualidad inhumana de no enojarse nunca, o de no enojarse nunca durante mucho tiempo, hicieron lo que hicieron. Nitru en cambio era todavía un misterio, un misterio por develar.

Cuando vieron que Astor se preparaba a grabar, como se le había ordenado, su curva en el pavimento, Oscar y Menio se acercaron a mirar. Nitru se había quedado junto al palo, para controlar la operación. "Más rápido", dijo de golpe, y Astor se echó a correr, siempre en círculo. Pero al llegar de nuevo al punto de partida, el etrusco, alentado quizá por la presencia de sus compañeros, en vez de detenerse siguió dando vueltas a la carrera alrededor del palo, ya no agachado sobre el asfalto sino sosteniendo la estaca derecha cada vez más alto entre las manos, como si fuese la antorcha de Maratón.

En su primer giro veloz alrededor de Nitru la sogá se enredó en sus pantorrillas, pero a medida que el negro levantaba la madera, también la sogá se levantaba, envolviendo las piernas, el cuerpo y los brazos del muchacho, que en unos segundos se encontró atado al palo como Juana de Arco en la hoguera, oscilando entre la risa y el llanto. En la duda prevaleció el llanto, que en vez de commover a los chistosos albañiles tuvo el efecto de excitarlos definitivamente. El osado Astor, al no saber qué hacer con ese pedazo de madera que le había quedado en la mano, ahora que toda la sogá estaba enroscada alrededor del mu-

chacho, lo metió en la boca de éste. Mientras tanto Oscar se había procurado un tarro de pintura roja recién abierto, muy densa y brillante, y lentamente se lo volcaba en la cabeza. Enseguida Menio quiso imitarlo, con un tarro de pintura similar pero azul. Nitru, enmudecido por la sorpresa, los miraba hacer, mientras Astor se sumaba al juego con su tarro de pintura amarilla.

Así siguieron jugando con los otros tarros de pintura, haña que todos estuvieron vacíos; en ese momento se alejaron algunos metros para apreciar el efecto del conjunto. Quedaron encantados. De hecho Nitru, atado como una salchicha al palo que se alzaba en el centro de la plaza, brillaba al sol de la tarde con los siete colores del arcoiris, además del blanco, del negro, del marrón y de algún otro color menos puro pero no por eso menos brillante y decorativo que los demás. Entretanto gritaba:

"¡Desátlenme, falsos amigos y malos compañeros!"

O algo por el estilo, porque la madera que tenía metida en la boca no le permitía expresarse con claridad, pero los albañiles no lo entendían y reían descaradamente. Mientras tanto Oscar se había acercado a un gran montón de canto rodado o de piedras de diferentes tamaños junto a la hormigonera y exhortaba a sus dos compañeros a iniciar un nuevo juego. Tenía una idea en mente, si puede llamarse mente y no capricho: lapidar a Nitru. Entre borborignos confusos intercalados con explosiones interinas Astor agregó a la propuesta la sugerencia de profanar al lapidado, mutilándolo artísticamente como ya habían hecho otras veces con los infrecuentes cadáveres encontrados en el campo en el curso venturoso de sus *Wanderyähre* por la región.

Sin embargo, en las almas simples y bien nacidas el deseo natural de amar y respetar al prójimo es a veces más fuerte que el anhelo, no menos natural, de ridiculiz-

zarlo y destrozarlo. Agotada la primera exaltación que siempre suscitaba en ellos la presencia de cualquier combinación vivaz de colores, los etruscos se apresuraron a desatar al muchacho, a sacarle la estaca de la boca y a pedirle, aunque todavía se reían como locos, mil disculpas. Pero Nitru estaba furioso: como los carboncitos de un arco voltaico, sus ojos emitían chispas. Por suerte, antes de ponerse a trabajar, se había quitado la camisa con estréllas; pero precisamente por eso ahora tenía el torso sucio de pintura, por no hablar del pelo. A la sombra de sus pestañas, ahora roja la de la derecha y verde la de la izquierda, su mirada no sólo parecía chispeante, sino directamente colérica.

En cuanto a los etruscos, al cambiar el viento de sus caprichos, sólo querían que los perdonase; en especial Astor, que acaso era más consciente que sus compañeros de que se habían portado mal, y por lo tanto empezaba a sentir la diminuta pero punzante mordedura del remordimiento. Luego de haber limpiado sumariamente el cuerpo del muchacho con diarios y trapos, por otra parte bastante sucios, Oscar había ido en busca de la botella de aguarrás para completar el trabajo de limpieza. Mientras tanto Astor le lamía el pelo y Menio quería sacarle los pantalones para lavarlos, pero Nitru se lo impidió.

Llegado el aguarrás, el muchacho se dejó asear; una vez que hubieron terminado, los tres negros, sin dejar de pedirle infinitas disculpas, le hicieron tantas caricias y le dieron tantos besos y le ofrecieron tantas muestras de respeto que en cierto momento Nitru se vio obligado a treparse a una pila de caños para escapar de sus demostraciones de afecto. Enseguida los etruscos treparon detrás de él, con el único resultado de hacerlo respalar y caer entre los caños, que rodaron en todas direcciones. Otra vez los perseguidores estallaron en risas, pero ahora era

una risa amigable, de modo que el muchacho, tendido en el suelo, empapado con aguarrás y veteado de rayas multicolores, entre los caños que aún rodaban a su alrededor tintineando como campanas, tuvo que rendirse a la hilaridad general, y reír también él.

Media hora después, Nitru seguía ocupado en sacarse la pintura del pelo, cuando de pronto vio a Oscar que salía corriendo a toda velocidad como un cerdo poseído por el demonio, arrancándose los pantalones cortos de trabajo para rascarse mejor el trasero. Muertos de risa, Menio y Astor lo miraban correr, mientras el otro gritaba: "¡Me matan! ¡Me asesinan! ¿Dónde está el agua? ¿Dónde está la fuente?"

Apenas hubo encontrado la llave de emergencia de los bomberos, Oscar la abrió y se puso debajo, mojándose las nalgas con grandes gorgoritos de alivio. Nitru le preguntó amablemente qué le había sucedido, pero el etrusco vociferante no estaba aún en condiciones de explicar —ni de explicarse— la desgracia de que había sido víctima. Sus compañeros, en cambio, habían comprendido todo, y poco a poco, no sin esfuerzo, el muchacho consiguió que los dos desafortunados le contaran el insólito accidente.

La historia, en resumidas cuentas, era ésta: el día anterior Menio y Astor habían robado, de un jardín particular cercano a la plaza, un gran cesto de higos. Habían comido la mayoría, el resto lo habían dejado en el cesto; pero como los higos eran muy dulces, maduros y estaban a medio descomponer, la mañana siguiente habían aparecido cubiertos de hormigas coloradas. Por eso Menio los había lavado en una gran palangana, y el agua había quedado en la palangana, llena de hormigas que, como no saben nadar, subían y bajaban y se contorsionaban buscando algo a que aferrarse. Oscar, que no sabía nada, tras la limpieza de Nitru se había alejado de la obra para ha-

cer sus necesidades, y al volver, como era su costumbre, se había lavado el trasero en la palangana. Pero con el apuro no había advertido la presencia de las hormigas sobrevivientes, y así fue como se encontró atacado en las nalgas por todos esos insectos que habían escapado de la muerte y que lo mordían con rabia para vengarse, justo ahí donde el cuerpo humano es más tierno y suele estar protegido de semejantes represalias.

“¡La próxima vez mirarás mejor dónde pones el culo!”, le gritaban Astor y Menio, revolcándose en el suelo de la risa.

Orgullosos de sus nuevos lazos de amistad, los negros se animaron a expresar a Nitru un deseo que desde la partida del capataz incubaban en el fondo de sus cerebros, como un gusano que, por más cómodo y bien alimentado que estuviese en el corazón de su manzana, no espera sino el primer día lindo del otoño para salir y convertirse en mariposa: también ellos querían aprender a manejar la excavadora. El muchacho consentió, pero puso tres condiciones: primero, que no se lo dijeran a Atanassim; segundo, que no provocaran daño alguno a la máquina, a los edificios circundantes ni al piso de la plaza; tercero, que a las lecciones de manejo sería admitido sólo uno de los negros por vez, elegido por sorteo.

Los etruscos aceptaron encantados estas condiciones, porque además éstas implicaban un nuevo juego: elegir el candidato a la primera lección. Luego de largos conciliábulos y de maniobras incomprensibles, salió elegido Menio. Nitru lo hizo sentar a su lado en la cabina, y con paciencia incomparable le enseñó a usar las diversas palancas, a andar hacia adelante y hacia atrás, a girar a un lado y al otro, a subir y bajar el brazo y la cuchara, y otros movimientos no menos útiles y elegantes del repertorio de la compleja máquina. Los otros dos miraban admira-

dos desde abajo, y a cada nuevo movimiento que aprendía Menio, prorrumpián en gritos de entusiasmo:

“¡Hip, hip, hurrah! ¡Viva la excavadora!”

Así hasta que se hizo de noche. Antes de que la oscuridad fuese completa, Oscar bajó a la alcantarilla, que había quedado abierta, y regresó triunfante con cuatro ratas enormes, todavía vivas, atadas por la cola. Gracias a los suculentos roedores y a un muslo del caballo, deliciosamente cocidos a la española con garbanzos, comieron como cuatro emperadores, a la luz humeante de una lámpara de petróleo, que proyectaba sobre los arcos y sobre los balcones de la plaza, inmensa en la oscuridad como el cráter de un volcán, sus sombras móviles, también agigantadas.

Terminada la comida, para entretener a sus nuevos amigos, Nitru mostró dos fotografías: una de su madre —la misma que ya le había mostrado al capataz— y otra en colores pero bastante desvaída en la que se veía una gatita negra, con las patas, el pecho y el hocico blancos, que intentaba tocar el violín.

Los etruscos no prestaron demasiada atención a la fotografía de Virgen, ni se detuvieron a mirarla mucho tiempo, debido a que habían visto muchas de esas fotografías artísticas en sus viajes por el mundo; en cambio quisieron saber quién era la gatita, cómo había hecho para aprender a tocar un instrumento tan difícil, quién le había enseñado. Finalmente Nitru tuvo que contarles toda la historia: una historia conmovedora, como suelen serlo las historias de animales.

VII

HISTORIA DE LA GATTA VIOLINISTA.
LOS ETRUSCOS EXCAVAN EL JARDÍN DE LA IGLESIA.
MUERTE IMPREVISTA DEL GUARDIÁN.
EL HUNDIMIENTO DE LA EXCAVADORA.

La gata se llamaba Polina y había sido criada por un gran violinista llamado Mosenstein. Mosenstein solía viajar de una capital a otra, para tocar en todos los conciertos importantes, luego de los cuales volvía a casa, siempre en avión, con cheques fabulosos y grandes ramos de flores. Los cheques eran para él y las flores para su hija Magika, una niña rubia y estudiosa que Mosenstein no habría cambiado por ningún cheque en el mundo. Pero un día el avión en el que viajaba el violinista, justo cuando estaba llegando al aeropuerto, perdió una rueda del tren de aterrizaje, chocó de punta contra el suelo y todos los pasajeros terminaron más o menos muertos o heridos. En este accidente Mosenstein perdió dos dedos de la mano izquierda y desde ese día ya no estuvo en condiciones de tocar el violín.

Mientras el violinista se volvía cada vez más pobre, su hija se volvía cada vez más alta, e incluso se desarrollaba también en otras direcciones. Su padre la obligaba a estudiar violín durante todo el día; soñaba en convertirla en una gran concertista como él, y ni siquiera se le cruzaba por la mente que tal vez su hija hubiera preferido otra profesión. Pero Magika era una muchachita obediente y estudiaba aun de noche, con el instrumento envuelto en una especie de pulóver de lana, cálido y blando, que ella misma había tejido al crochet, para no molestar a los demás inquilinos del edificio.

Una vez que hubo aprendido a tocar bien la sonata a Kreutzer, Magika fue invitada a las principales capitales del mundo, con un éxito no menor, por cierto, al obtenido

por su padre algunos años antes. Mosenstein se sentía renacer; los triunfos estrepitosos de Magika, que además de la Kreutzer había aprendido a tocar igual de bien un "chá-chá-chá", y también había interpretado un pequeño papel en una película, le inspiraban una nueva confianza en la vida. Al cumplir cincuenta años, Magika le regaló un sobretodo negro con solapas de terciopelo; cuando cumplió cincuenta y uno, un automóvil. Poco después, sin embargo, la joven y prometedor violinista, que ahora también vivía volando de un concierto a otro, y sólo bajaba del avión para tocar algo y volver a partir, siempre de Calcuta a Tokio o de Río a Dakar, cayó junto con la nave cerca de la isla de Cuba, y sus restos fueron devorados por los tiburones.

El desdichado Mosenstein se quedó solo con la gata Polina, que era precisamente la gatita de la fotografía. Tuvo que vender el automóvil, hacer remendar el sobretodo; pero ya nada le interesaba en el mundo, salvo la gata. Por una de esas ilusiones de los sentidos en las que suelen caer los ancianos, especialmente si son solitarios y están descontentos con su propia suerte, se le metió en la cabeza que Polina era su hija Magika, transformada en gatita, y por lo tanto quería seguir obligándola a tocar el violín. Pero si Magika siempre se había mostrado dócil y diligente, la gata, en cambio, no atendía razones. Era una gata buena, aunque de ideas simples: desde pequeña había comprendido que no era distinta de las demás gatas; su vida, en el justo medio entre lo material y lo espiritual, se agotaba en la modesta rutina de comer, dormir sobre un almohadón y, por la tarde, salir a dar un paseito por el jardín. El resto del tiempo libre lo dedicaba a su limpieza personal, ejecutada con su lengua vivaz.

Ahora bien, Mosenstein le había hecho fabricar, por un luthier amigo suyo, un pequeño violín, bastante

estridente, y un arquito con un diminuto lazo en la punta, para atar a la pata. Pero los primeros intentos resultaron decepcionantes. Para empezar, Polina se negaba a permanecer erguida sobre las dos patas traseras; Mosenstein había tenido en cuenta la cola, que en casos similares ayuda mucho al músico a sostenerse; pero para Polina el problema no podía siquiera formularse: ella había nacido para apoyarse sobre sus cuatro patas, la cola tenía sus funciones bien definidas, y además una suerte de ley táctica le impedía arrastrarla por el piso.

Con mucha paciencia, reforzada con numerosos restos de pescado, o bien trocitos de bife o de bazo de caballo, Mosenstein había logrado al fin enseñarle a pararse derecha, como una verdadera violinista. Más tarde Polina aprendió a sostener el arquito y el violincito. Debía estudiar cuatro horas por día, pero nunca seguidas, porque apenas sentía el estómago lleno la gata ya no atendía a la lección, y se iba por ahí, tirando groseramente el violín en un rincón. Pero, por su parte, Mosenstein no tenía otra cosa que hacer, y mientras su joven alumna hacía la digestión sobre la silla, el anciano violinista se sentaba en un sillón y soñaba con el día en que también Polina se subiría al avión y partiría con su violincito rumbo a las grandes capitales, a interpretar alguna sonatina de Schubert ante miles y miles de espectadores.

Pero esto era sólo un sueño. Aunque la gata hubiera aprendido a pararse en dos patas, a sostener el violín, a apoyar el arquito, no lograba leer las notas, ni mucho menos tocar una melodía; y lo que era más vergonzoso aún, sus dedos (admitiendo que se los pudiera llamar dedos) ni siquiera eran capaces de apretar las cuerdas, ni de ajustar las clavijas. Lo máximo que podía hacer Polina, y siempre que tuviera a la vista algún pescadito o pedacito de corazón o de otra entraña que le gustara, era rascar su

violincito, para arriba y para abajo, mientras el pescado prometido se balanceaba de derecha a izquierda, atado por un cordoncillo a la mano del maestro; éste, mientras tanto, cerrando los ojos como extasiado, marcaba con la otra mano el tiempo de un adagio de Beethoven, recuerdo de sus días de gloria. Hasta que la gata dejaba caer arco y violín y de un salto atrapaba la maloliente golosina que se balanceaba ante sus ojos.

El viejo ya estaba reducido a la miseria más extrema y casi no comía, para poder comprar el bote y el pescado para las lecciones; pero finalmente llegó un día en que ni siquiera este gasto le fue permitido. Hacía mucho frío. Mosenstein estaba gravemente enfermo en cama, y Polina se acurrucaba de buena gana a su lado para darle calor; pero sin pescado se rehusaba por completo a tocar el violín. "Toca, mi pequeña, toca algo", rogaba el viejo maestro moribundo, pero ella lo miraba sin entender, entrecerraba los ojos y se dejaba ganar por el sueño.

"Así murió Mosenstein", dijo Nitru para terminar su relato, "lo que demuestra que nunca hay que pedirles ni a los hijos ni a los animales más de lo que pueden dar."

Luego volvió a guardar la fotografía de Polina en el bolsillo y observó, muy atinadamente, que era hora de irse a dormir. Los otros asintieron y con renovado afecto, enjugándose todavía alguna lágrima, que atribuyeron al humo de la lámpara pero que más probablemente era un último homenaje al lastimoso fin del viejo violinista, dieron las buenas noches al muchacho y se encerraron en su carpeta.

Apenas Nitru se hubo dormido, o más bien hundido en ese dulce lago subterráneo que es el sueño de un adolescente, los tres etruscos volvieron a salir de su carpeta y sin hacer ruido se encaminaron a la excavadora. La luna había aparecido hacía poco, sobre el letrero del hotel "Las

Rocas", y semejante a una cara enojada parecía prevenir a los negros de que no hicieran nada que pudiese disgustar al capataz. Por desgracia los tres eran presa de una incontenible ansia de excavar. Pero ¿dónde?, se preguntaban; ¿y cómo encender la máquina sin despertar al muchacho?

Miraron a su alrededor. Aparte de la Puerta pseudo barroca, el pórtico que circundaba la plaza estaba interrumpido en un solo punto, frente a la iglesia; una moderna iglesia de estilo arábico-gótico, que todos los años, con la llegada del verano, cerraba sus puertas, secularizada y confiada a un guardián laico que, entre otras cosas, cuidaba del jardín. En efecto, frente a la iglesia, en lugar de la habitual explanada se abría un jardincito rodeado de una verja, con una gran cancela que en ese momento estaba abierta. Ése era el lugar más adecuado, decidieron los etruscos, para practicar: su primera práctica de excavación.

Tratando de hacer el menor ruido posible, Menio puso en marcha el motor y condujo lentamente la excavadora hacia la cancela. Para evitar que las llantas articuladas hiciesen demasiado estruendo, mientras cruzaban la plaza desierta y resonante, Oscar y Astor iban delante volcando sobre el asfalto una capa blanda de cemento en polvo, que atenuaba el golpe de las placas de hierro. Pero eran todas precauciones vanas, porque Nitru dormía el sueño de la juventud, no turbado ni corrompido aún por un largo pasado; un sueño vuelto hacia el porvenir, y el porvenir está siempre vacío.

Una vez que hubieron entrado en el jardín de la iglesia con la excavadora, Menio enseguida puso en movimiento el brazo mecánico y empezó a remover la tierra arrojándola febrilmente del otro lado de la verja. Oscar y Astor dirigían a su manera la excavación,

gritándole "¡Allá!" y "¡Acá!", y él, orgulloso de su habilidad, obedecía alegremente, arrancando arbolitos, bancos, canteros, además de una pequeña gruta sagrada y de una pintoresca fuente con su ángel de hornigón que terminó hecho pedazos entre los escombros de la pajarera frente a la cancela.

La enorme luna blanqueaba la grava de los caminitos, dibujaba con mayor nitidez las hojas de la magnolia, esparciendo un nuevo encanto sobre esas formas grises e inmóviles, tibias aún por la larga jornada estival; pero todo iba a terminar en un negro montón depositado en la vereda. Mientras tanto, el pozo se agrandaba: ahora ocupaba todo el cuadrilátero del jardín, y también la verja, privada de sostén, empezaba a inclinarse hacia el interior. Las llantas articuladas de la excavadora se apoyaban al menos dos metros bajo el nivel de la calle; Oscar y Astor, no sabiendo ya dónde poner los pies, se habían trepado al brazo mismo de la máquina, y desde allí seguían la furiosa actividad con entusiasmo casi salvaje.

El guardián de la iglesia secularizada ocupaba una habitación encima de una escalera que desembocaba en un largo y complicado corredor, cuya puerta de ingreso se abría al rincón más oscuro del jardín. Despertado por el ruido intermitente y sordo de la excavadora, el hombre se levantó, se puso a toda prisa una ligera bata encima del pijama, bajó la escalera y se encaminó a la salida.

Al llegar a la puerta se detuvo un instante a escuchar, luego resolvió abrir. Pero todavía encandilado por la luz eléctrica que iluminaba el corredor, no advirtió que en lugar del jardín frente al umbral se extendía ahora un foso de dos a dos metros y medio de profundidad; dio un paso adelante y cayó. Justo en ese momento Menio estaba puliendo el fondo del pozo bajo la misma puerta del guardián, cuyo cuerpo fue en parte levantado por los

grandes dientes azules de la cuchara, de acero al carbono y manganeso, e inmediatamente después arrojado fuera del pozo; pero solamente la mitad superior, porque las partes inferiores quedaron mezcladas a la tierra suelta en el foso.

Los etruscos no tenían la culpa, porque cuando alguien decide salir al jardín a medianoche debe mirar dónde pone los pies. Oscar y Astor se apresuraron a subir al imponente montón de desechos acumulados frente a los restos colgantes de la verja, para socorrer al pobre guardián tan bruscamente caído y vuelto a expulsar; pero no se podía hacer demasiado, a lo sumo recoger algún miembro y colgarlo junto a los restos del caballo para que no se lo llevaran los perros callejeros o eventualmente los gatos.

A pesar de todo, Menio hubiera querido continuar, hasta terminar la excavación del jardín; pero ahora la excavadora se encontraba demasiado por debajo del nivel de la plaza y el brazo ya no podía extraer la tierra removida fuera del pozo. Y excavar a la derecha para volcar la tierra suelta a la izquierda, parecía verdaderamente una tarea sin sentido. Quedaba la posibilidad, sin duda interesante, de excavar debajo de la iglesia; pero ya se había hecho tarde, Oscar y Astor tenían sueño, y puesto que ninguno de los tres conseguía imaginar mínimamente cómo harían para sacar la excavadora del foso donde se había metido, de común acuerdo los tres se fueron a dormir, cansados pero felices.

VIII

ATANASSIM DESCUBRE LOS RESTOS DEL GUARDIÁN.
COMIENZAN LOS TRABAJOS DE RESCATE DE LA
EXCAVADORA.
EL TEMPLO ETRUSCO EMPIEZA A TOMAR SU FORMA
DEFINITIVA EN LA MENTE DE SU CONSTRUCTOR.
APOTEOSIS DE LA FUENTE.

Todos los negocios estaban cerrados; un silencio no recalentado aún por el día aleteaba sobre los balcones desiertos. Cuando el capataz llegó a la obra, Nitru y los etruscos dormían todavía. Los primeros rayos de sol se asomaban detrás de las buhardillas; frente a la iglesia muda se abría una suerte de abismo, o en todo caso una zanja capaz de hospedar los cimientos de una casa de varios pisos. En el fondo de la zanja yacía inmóvil la excavadora, con su pintura roja y negra aún intacta, sus mandibulas abiertas y sus dientes de acero sucios de tierra, como la boca de un dragón abierta a la brisa de la mañana. En la fresca penumbra de los arcos, junto a los trozos del caballo, ahora colgaban los tres o cuatro pedazos del guardián, también envueltos en una nube de moscas.

Atanassim despertó primero al joven mecánico, el cual no sabía nada de lo que había sucedido durante la noche y se mostró bastante disgustado. Mientras los dos hablaban, se despertaron también los negros, quienes apenas advirtieron la llegada del capataz simulonaron perseguir un enorme ratón, por completo inexistente e improvisado, y corrieron a esconderse en la alcantarilla abierta.

“Lo hecho, hecho está; no se puede modificar el pasado”, comentó Atanassim.

Ante todo era necesario sacar la excavadora de ese pozo; luego de lo cual los mismos negros deberían volver a rellenar el jardín demolido. El capataz y Nitru, una vez en la escena del desastre, treparon a la pila de tierra y escombros que cubría la vereda, junto a la verja arrancada.

Era evidente que no hubiera bastado su pequeña grúa para sacar del apuro a la excavadora atrapada en el fondo de la excavación: por lo tanto la máquina debía encontrar por sí sola la manera de salir, acaso abriéndose paso a través de la tierra, sobre una rampa o plano inclinado, para que el pesado vehículo pudiese volver a emerger poco a poco a la luz del sol. Pero la rampa no debía ser demasiado escarpada, de lo contrario la excavadora correría peligro de deslizarse hacia atrás. La única solución era entonces ésta: cavar una vía de salida hacia arriba, recta y larga, a través de la plaza, pero cuidando de que no pasara por el centro, sitio reservado para el templo.

Pero antes de seguir adelante era necesario borrar las huellas más vistosas del destrozo perpetrado en la oscuridad, o sea, en otras palabras, hacer desaparecer los melancólicos miembros del guardián, suspendidos junto a los alegres restos del caballo y envueltos, como ya se dijo, en una turbulenta colonia de moscas. Atanassim ordenó entonces a los etruscos que en primer lugar salieran de esa estrecha alcantarilla y en segundo lugar juntaran el nuevo cadáver o medio cadáver para luego proceder a enterrarlo junto al llorado Propimanso.

Mientras los negros rompían la dura capa asfáltica de la plaza, cavando con las palas la breve fosa destinada al incauto guardián, Nitru iniciaba los trabajos de rescate de la excavadora. Una vez hubo bajado al pozo y puesto en marcha la máquina, el joven se dispuso a despedazar, como le habían ordenado, primero la vereda y luego el asfalto frente a la iglesia.

Apenas hubieron terminado de enterrar los restos crudos del guardián junto a los restos más o menos cocidos del perro, Atanassim puso a los etruscos a romper el pavimento dentro del perímetro ya señalado por Astor en el centro de la plaza, para proceder enseguida —con la

única ayuda del pico y de la pala, puesto que la excavadora no estaba disponible por el momento— a la excavación propiamente dicha del templo. Tenían que darse prisa, si querían terminar antes de que el Concejo Municipal regresara de las vacaciones.

Brillantes de sudor, los cuerpos negros de los etruscos se movían rítmicamente, musculosos bajo el sol implacable, dentro del perímetro del templo. Cómo, evidentemente recostado, en cambio, bajo los arcos, en el delicioso zaguán revestido de mármol de la fiambrería "Durans", Atanassim reflexionaba. Hasta ahora sus obreros no le habían procurado más que disgustos. En otras circunstancias se hubiese apresurado a reemplazarlos, tal vez por verdaderos albañiles, hombres duchos, expertos y solícitos, sobre todo en condiciones de entender sus órdenes; más aún, de preverlas y volverlas superfluas. No caníbales —porque en realidad ningún razonamiento habría logrado inculcarles la diferencia, por lo común fundamental, entre la carne humana y la carne de carnicería, de caza o la de roedores tiernos— sino hombres capaces de agarrar la cuchara y en menos que canta un gallo levantar cuatro paredes, colocar una puerta y dos ventanas, cubrir todo con un techo, y con la misma rapidez revocar interiores y exteriores, agregar una somera vereda alrededor, un rudimento de pináculo encima del techo, y finalmente, como si fuese la cosa más natural del mundo, darle el último toque a su obra pegando, digamos en la entrada, una cabeza de Medusa de yeso.

Así se hacía un templo, razonaba Atanassim, y no rompiendo bicicletas, azotando a los compañeros, inventando mentiras, despedazando caballos, automóviles, hombres y perros, arrasando jardines. Pero quizá la peor cualidad de sus etruscos era su pueril pasión por el juego,

ese deseo desenfrenado de transformar toda obligación en entretenimiento, con el riesgo de echar a perder no sólo el templo, sino objetos mucho más valiosos, empezando por la excavadora. ¿Quién si no ellos habría pensado en construir un templo etrusco de arena? Y ni siquiera con media tonelada.

Por otra parte eran tan obedientes, tan impetuosamente inocentes, tan necesitados de afecto, de comprensión, de protección, que bien mirados no parecían tres obreros sino tres hijos varones, bastante negros, es verdad, que el destino le había asignado imprévisamente para ayudarlo a llevar a cabo su tarea más comprometida; es decir, la de dar finalmente una forma precisa a la imprecisa voluntad de creación que vegeta adormecida en el fondo de todo hombre, hasta que de pronto despierta y busca expresarse de las maneras más inesperadas, algunas veces abyectas, otras eternas, mientras dure la eternidad. Con el único requisito, en este caso específico, única norma, exigencia o límite, de la redondez.

Pero ese impulso genuinamente humano de levantar, piedra sobre piedra y ladrillo sobre ladrillo, una construcción cualquiera —dolmen, mastaba, montículo, pirámide o fuente, obelisco o cúpula— para dejar huella de nuestro efímero paso por esta tierra permanente, ¿qué aspecto concreto y material había asumido ya en la mente del constructor?

No por cierto el de un peristilio clásico de ocho o diez columnas corintias, cubierto por su techo de tejas cónico, tal vez con su cúpula renacentista; pues sería una pretensión en verdad vana la de encontrar en los almacenes municipales, ya hermosas y listas para usar, las columnas adecuadas para una obra semejante, de mármol toscano o bien eólico, y ni hablar de materiales más valiosos aún, como ónix, alabastro o malaquita. Por

otra parte, ni Menio ni Astor ni Oscar parecían estar en condiciones de esculpir el capitel más elemental, ni de cuadrar con habilidad y esmero las complejas teselas de una cúpula, ni tampoco, si es por eso, de esculpir o cuadrar algo.

“Inútil soñar con pagodas de porcelana o exquisitas mezcuitas de filigrana, cuando faltan los materiales y escasea la mano de obra calificada.”

Así se consolaba Atanassin; pero este razonamiento, por más que fuese acertado, no era quizá más que un pretexto para esconder —incluso a sí mismo— un deseo agobiante aunque inconsciente aún. El deseo de que su templo fuese distinto de todos los demás templos, etruscos o de cualquier otra nacionalidad, contruidos hasta ahora sobre la cálida, dócil, perpetuamente embriagadora y renovada faz de la Tierra.

Sin embargo, no se podía pretender que este edificio no tuviese una o más características en común con el resto de los edificios humanos, ya que el único modo concebible de alcanzar semejante ideal de absoluta originalidad hubiera sido construir el templo en cuestión completamente invertido, es decir, con el techo como piso y la fuente suspendida del techo; y también en este caso extremo tal vez no hubieran faltado precedentes.

Por eso, si después de todo la futura construcción debía parecerse a algo ya existente, reflexionaba Atanassin, entre todas las formas conocidas, ninguna sin duda más apropiada a la burda devoción y al vigor elemental de sus albañiles etruscos que el contorno vagamente conjetural de la famosa y legendaria torre babilónica o de Babel: monumento imaginado por los arqueólogos como un simple cono truncado, elegantemente rodeado de una rampa o escalinata en espiral y coronado en la cima por cuatro gigantescos toros alados.

En el rostro humano de las estatuas, el capataz-arquitecto ya veía incluso la cuádruple representación de su propio rostro de joven telefonista, dentro de un sólido marco formado por una cascada de rizos y de barba, bajo una tiara también en forma de cono trunco, con o sin anteojos, pues este último detalle era poco decisivo.

De hecho, lo había dibujado así sobre un trozo de papel: una línea horizontal para indicar la superficie del terreno, y encima de la línea un trapecio, más alto que ancho; pero sin los toros alados, ya que los arquitectos suelen agregar éstos y otros adornos semejantes en una segunda fase.

Era un proyecto decididamente aleatorio; no se parecía en nada a esas perspectivas minuciosas provistas de sombras, árboles, nubes y grupos de transeúntes, espectadores o comerciantes; ni siquiera recordaba esos bocetos concisos y al mismo tiempo definitivos que los proyectistas de otros siglos lograban esbozar en un par de segundos. No, su dibujo tenía algo de infantil, pues en suma no era sino un cono truncado con una espiral alrededor; en el fondo habría podido representar un pan de manteca o una torta de bodas barata, y hubiera bastado un penacho de humo en la cima para convertirlo en un Vesubio de juguete, o una banderita para transformarlo en un torreón que el enemigo ni siquiera se molesta en conquistar, porque todas las escaleras tanto internas como externas ya se han derrumbado por acción del tiempo y el centinela no está en condiciones de llegar a su garita si no es con la ayuda de una sogá igualmente raída y peligrosa; para colmo el papel estaba sucio y el lápiz resbalaba sobre la mancha de grasa, y, para hacerla corta, el dibujo era comprensible sólo para quien lo había dibujado, por lo tanto habría sido inútil mostrarlo a sus subordinados, que no lo hubieran comprendido, o lo hubieran comprendido

a su manera, con esa imprevisible frivolidad que a veces había en las mentes impermeables a la lógica.

Atanassim miró durante largo rato su dibujo; luego dirigió la mirada hacia la excavadora, que iba abriéndose trabajosamente su duro camino a través de la plaza, como un submarino que intenta volver a la superficie. Obviamente no podía dejar en ese estado el acceso a la iglesia, aunque estuviere secularizada: un precipicio frente a la puerta ya sería molesto en el campo, mucho más en la ciudad. Por no hablar de la estética: esa vereda invadida por feos montículos irregulares de tierra, ese jardincito convertido en una profunda trinchera, esa verja arrancada, no podían sino dañar la perspectiva general del templo, pues buena parte de sus posibilidades de encanto visual dependía precisamente de la regularidad del paisaje arquitectónico en cuyo centro había sido concebido, casi a modo de eje, ápice o sublimación del concepto de circularidad que regía la plaza entera. Pero nada más que en el plano puramente material, ¿qué conflictos surgirían más tarde entre las autoridades civiles y las religiosas? ¿Qué diría el obispo, el día solemne de la inauguración, colmada de bendiciones, del templo etrusco?

Por la Puerta de los Caracoles, decorada con banderas y guirnaldas para la gran fiesta, llegaría el alto prelado con su pompa de estandartes de seda y de militares en uniforme de gala, a la cabeza de la devota procesión de habitantes del barrio que el otoño incipiente restituía a sus valiosas actividades tanto comerciales como burocráticas; luego de lo cual daría una vuelta alrededor del nuevo templo, terminado la noche anterior, alzando la mirada al mismo tiempo humilde y altiva de sus ojos serenamente celestes hacia la mole destinada a consagrar la fama eterna de Atanassim como arquitecto; ¿y qué descubriría, justo enfrente de la mole? Montones de tierra

informe, y detrás de estos montones un anticuado abismo, en cuyo fondo yacía tumbada y ya herrumbrosa por las lluvias de octubre la verja del jardín, abandonada a su suerte como el esqueleto de un animal prehistórico del que se han encontrado demasiados ejemplares.

Atanassim llegó entonces a la conclusión de que, si quería hacer las cosas como manda el orden natural, antes de continuar con la excavación de los cimientos del templo etrusco debía llenar la excavación del templo cristiano. En consecuencia ordenó a los negros que se trasladaran del pozo que estaban cavando honestamente, por así decirlo, al que habían cavado, por así decirlo, deshonestamente. Sólo que Menio rehusaba obedecerlo. En efecto, había sucedido que en el curso de las tareas de excavación los albañiles se habían topado con una gran roca de granito, que ahora asomaba, redonda y terrosa, en medio del pozo, en el punto exacto donde, según los cálculos, debería erigirse en cambio la fuente del templo; y Menio, con obstinación etrusca, se había empeñado en romperla o en todo caso extirparla a golpes de pico, antes de cambiar de pozo.

No sin esfuerzo, sin embargo, el capataz logró hacerle entender que ante semejante obstáculo muy poco podía esperarse del pico: para partir una roca de esas dimensiones se necesitaba más bien una fuerte carga de dinamita o de tritol. Menio no conocía la existencia de la dinamita, y menos aún la del tritol; enfurecido por la irreductible dureza no se sabe si del destino o del granito, de pronto se puso a patear a ambos, o para ser más exactos se puso a patear la piedra, hasta que Atanassim se decidió a arrastrarlo de un brazo.

Pero cuando estuvo en el fondo del ex jardín de la iglesia, donde a diferencia del pozo anterior reinaba una singular frescura, como por otra parte corresponde a los

jardines, el etrusco enseguida olvidó la roca que lo obsesionaba y se puso a trabajar activamente con sus compañeros. Oscar y Astor le tiraban la tierra desde lo alto, mientras él aplanaba el fondo de la excavación con el pisón; porque de lo contrario, como sucede en las tumbas recién tapadas, el volumen de la tierra primero removida y luego vuelta a colocar se elevaría bastante sobre el nivel del terreno, y al final en lugar de un jardín se encontrarían otra vez con un montículo, que probablemente obstaculizaría no menos que antes el ingreso a la iglesia; además, con las primeras lluvias de otoño el barro invadiría la augusta nave, volviéndola más resbaladiza y peligrosa de lo habitual, por no hablar de la molestia de tener que rezar arrodillados en el fango, peor aún durante las lentas procesiones.

Pero Oscar, alegre por naturaleza, se divertiría arrojando tierra, y con más gusto piedras y cascotes, no junto a su colega en el fondo del pozo, como se le había explicado, sino sobre su cabeza, lo que demoraba excesivamente tanto las tareas de compactación como las de llenado. Hasta que Astor bajó con otro pisón, a pedido de Menio. En ese momento los negros jugaban una carrera y cada uno quería pisar la tierra con más fuerza que el otro: bajo la violencia elefantina de sus golpes, se desmoronaban las paredes de la excavación, se desprendía tierra suelta, y debajo de la tierra asomaban atónitos los cimientos de la iglesia, como Brunilda finalmente resurgida, después de muchos años de oscuridad, a la luz del día. Ahora la fachada entera de la iglesia estaba en peligro y el capataz debió intervenir a toda prisa para frenar la carrera, que se había convertido en sismo.

Mientras tanto Nitru había conseguido sacar la excavadora casi al nivel del terreno, dejando a su paso una larga y angosta zanja o canalón en declive en torno a

la plaza. Pero sucedió que, tal vez por la satisfacción de haber llevado a tan feliz término su trabajo, el muchacho no advirtió que había dado una vuelta completa alrededor del templo en construcción, y por ende se vio obligado a pasar de nuevo por el mismo carril de salida, en el punto en que éste se cruzaba a sí mismo. Dado que en ese punto, como era previsible aunque no estuviese previsto, existía una diferencia de nivel de aproximadamente un metro y medio, al llegar al cruce las llantas articuladas se doblaron hacia abajo y el vehículo cayó hacia adelante; y allí quedó, con el largo brazo inmóvil extendido en el piso y los afilados dientes de acero clavados en el asfalto.

De la cabina, ahora inclinada, salió el joven mecánico secándose las lágrimas con el borde de la camisa de estrellas. Puesto al corriente de lo sucedido, el capataz se apresuró sin embargo a consolar al muchacho: no era cuestión, le dijo, de desanimarse por una desgracia más o menos, pues en definitiva él hizo lo que pudo, teniendo en cuenta su corta edad, y por otra parte esa excavadora desde el principio había resultado una fuente, más aún, un río de disgustos. Por eso, por el momento lo mejor era dejar a la máquina donde se había metido sola, como un manantial que deriva sobre su témpano flotante, y olvidarse del asunto. De lo contrario no terminarían nada.

Entretanto, la plaza se había vuelto intransitable; donde no se abría una trinchera se alzaba una carpa o un montón de materiales, o simplemente un montón de tierra y de escombros. El jardín de la iglesia todavía no había sido tapado, ante todo porque los etruscos, con la excusa de una observación que el capataz había deslizado por casualidad —en el sentido de que una vez colocada la tierra de nuevo en su lugar también había que dejar el jardín exactamente como estaba antes, con todas sus plantas, fuentes, bancos, ángeles y demás administrículos—

habían organizado por propia iniciativa, al vuelo, un saqueo de plantas y macetas en los departamentos de los alrededores, trepándose a los balcones y alféizares para bajar con los restos de algún geranio o begonia, alguna planta de hortensias, dado que preferían perder el tiempo en semejantes frivolidades. El sol empezaba a ponerse, había transcurrido otra jornada y no se había hecho nada; y sin embargo, cuanto más numerosos y arduos resultaban los obstáculos, más grandiosas proporciones iba asumiendo el templo en la mirada profética de Atanassim.

Ahora ya no se trataba de una simple mole o mausoleo babilónico redondo, como el que varias horas atrás, acaso un poco apresuradamente, el capataz había esbozado sobre una hoja de papel arrancada de un cuaderno, con un mero atrio o pasaje en cuyo centro se levantaba, en el mejor de los casos, una tosca fuentecilla de cemento o de plástico negro, sólo para cumplir los magros requisitos de la Comisión Urbanística; sino de un monumento más alto que cualquier otra construcción de la zona, con un vasto salón o una galería con techo abovedado en la planta baja, y en el centro de la galería la fuente más hermosa de la ciudad, una complicada, fantástica fuente bárbaro-vieneses que, visible desde todas partes a la distancia, en especial de noche, iluminada lujosamente por reflectores giratorios de colores chillones y cambiantes, aparecería ante los ojos de los rezagados que de tanto en tanto apuraban el paso bajo un cielo inhóspito y frío, en el inmenso silencio trémulo de ruidos de la ciudad dormida, como el corazón palpitante de esa masa negra, pesada y tétrica, casi terrorífica, que la dominaba.

IX

ATANASSIM ACUDE A SU HERMANA.
EL REY DE TURSC LE CONSTRUIRÁ EL TEMPLO
CON CORNALINA Y LAPISLÁZULI DE LAS MONTAÑAS.
NITRU TIENE EL MEJOR DE LOS COMPORIAMIENTOS.
EL SEÑOR DE TELF INVENTA LA ESCRITURA
OSCAR, ASTOR Y MENIO AMONTONAN EL ORO Y LOS
MÁRMOLES.

Aquel día, el señor elegido en el corazón de la diosa Inanna,
el señor de Telf, elegido en el corazón de la diosa Inanna,
Atanassim hijo del dios Ud,
elevó una plegaria a su hermana,
a la Pura, a la diosa Inanna, Señora de la Luz Buena:
"Oh, hermana mía, oh diosa Inanna, para Telfug
déjame trabajar el oro y la plata con arte,
el lapislázuli de la roca sin manchas;
quiero construir en Telfug tu templo,
tu puro gibar, tu morada estable:
quiero que Tursc la adorne por dentro con arte.
Desde su interior yo elevaré plegarias.
¡Que Tursc se someta a Telfugi!
Que el pueblo de Turse, Oscar, Astor y Menio,
con piedras de gursag transformen para mí su kur;
que construyan para mí un gran santuario, con una gran
sala para mí,
una gran sala, la habitación de los dioses, que brille para mí.
Que mis órdenes sean obedecidas en Tursc;
que construyan para mí el abzu puro como el kur,
como el gursag que el eridug no tenga defectos,
que el santuario sagrado del abzu brille para mí como el
interior de una vasija.
Yo saldré del abzu, cantando el himno zagsal,
saldré del eridug llevando los decretos,
cuando florezca la superioridad de mi corona,
cuando Telfug y Telf ciñan en mi cabeza la pura corona,
que el tarub del gran santuario sea llevado al gibar,
que el zabu del gibar sea llevado al gran santuario.

¡Que el pueblo pueda hablar de él con admiración,
que el dios Ud pueda mirarme con ojos dichosos!"
La dicha del cielo puro, la Señora del kur, dueña de la gran
ciencia,

Imnin de quien la diosa Amausumgalanna es el santo
perfume,

la diosa Inanna, Señora de las regiones,
dice a Atanassim: "Voy a darte un consejo, síguelo!"

¡Quiero decirte una palabra, escúchala!
Elige un mensajero capaz, elige a Nitru.

Haz que lleve a Tursc la gran palabra de la diosa Inanna
experta en palabras,

que Nitru salga hacia las montañas del norte,
que Nitru salga de las montañas del sur,

rumbo a Tursc en la región de Ansaan;
como un pequeño cantor, que se arrodille ante el rey;

con arcilla de la altísima Montaña, con mi arcilla,
que dibuje sobre la tierra un círculo alrededor de él,

y Tursc se someterá a Telfug.

El pueblo de Tursc, Ɔşcar, Astor y Menio,
con piedras de gursag transformarán su kur;

que construyan un gran santuario, con una gran sala para ti,
una gran sala, la habitación de los dioses, que brillará para
ti.

Que en Telf obedezcan tus órdenes.

Que construyan para ti el abzu puro como el kur,
píde el eridug como el gursag sin defectos,
que el santuario sagrado del abzu brille para ti como el

interior de una vasija.

Tú saldrás del abzu cantando el himno zagsal,
saldrás del eridug llevando los decretos,

cuando florezca la superioridad de tu corona,
cuando Telfug y Telf ciñan en tu cabeza la corona pura,
que el tarub del gran santuario sea llevado al gibar,

que el zabu del gibar sea llevado al gran santuario.
Que el pueblo pueda hablar de él con admiración,
que el dios Ud pueda mirarte con ojos dichosos.

El pueblo de Tursc cada día traerá ovejas, caballos, semillas,
a la morada del dios Dumuzid.

El agua potente, el agua fruto del dios Dumuzid,
como un carnero de la montaña cederá frente a ti.

¡Oh Atanassim, hijo del dios Ud, alabado seas!"
Atanassim escuchó las palabras de la Pura, de la diosa

Inanna;
eligió un mensajero capaz, eligió a Nitru:

"Lleva la gran palabra de la diosa Inanna, que todo lo sabe,
a Tursc;

parte hacia las montañas del norte,
parte de las montañas del sur,

hacia Tursc en la región de Ansaan;
como un pequeño cantor, arrodíllate ante el rey,

con arcilla de la altísima Montaña, con arcilla de la diosa,
dibuja en la tierra un círculo alrededor de él,

¡Oh mensajero!, y al señor de Tursc díselo y repíteselo:
Ahuyentaré esa ciudad como un pájaro del árbol,

como un pájaro la ahuyentaré también del segundo rido,
como un esclavo vendido la humillaré,

como una ciudad indefensa, la aplastaré en el polvo.
¡Tursc, el dios Enki ha condenado a tus habitantes!

¡Como un lugar donde se siembra la destrucción, en verdad
quiero destruirla!

La diosa Inanna le ha quitado el porvenir,
y hace descender y retroceder su pasado.

Como quien aumenta el polvo, quiero en verdad aumentar
el polvo.

Que hagan nacer oro del fuego,
que cuiden la plata purificada en la pulverización,

la plata que en esa región se labra.

En los caballos pondrán las bolsas.
 El templo del dios Enlilbanda de la región de Telf,
 el templo que el dios Nudimmud ha elegido en su corazón
 puro,
 que ellos lo construyan sobre mi kur puro;
 ¡como un boj, que haga mis delicias!
 ¡Como el dios Ud cuando sale del gannur, que su cúspide
 se eleve con esplendor!
 ¡Que hagan brillar las piedras de su entrada!
 En su gannu, en su lugar de los hechizos,
 cuéntales el hechizo del dios Nudimmud.”
 En aquellos tiempos no había serpientes, ni escorpiones,
 ni hienas, ni leones,
 ni linceas, ni lobos,
 ni tampoco temor o agitación.
 El hombre no tenía rival entonces.
 En aquellos tiempos la región de Subur, la tierra de Hamazi,
 eran parte de Telf, el gran kur del decreto de soberanía;
 la tierra de Telfug, que es una montaña joya,
 la región de Amurro, en paz estaban;
 el universo entero, los pueblos leales
 al dios Enlil, con voz unánime, rendían verdadero tributo.
 Entonces el Padre señor, el Padre príncipe, el Padre rey,
 dijo al mensajero que iba hacia las tierras altas,
 hacia Tursc, dijo estas palabras:
 “¡Oh mensajero, de noche, como una tormenta que arrecia,
 holla la tierra,
 de día, como una tormenta que estalla, salta hacia adelante!”
 El mensajero escuchó las palabras de su rey;
 de noche, resplandecían las estrellas, caminaba;
 de día, con el sol del cielo, caminaba;
 llevó la gran palabra de la diosa Inanna, que todo lo sabe, a
 Tursc.
 Nitru salió hacia las montañas del norte,

Nitru salió de las montañas del sur,
 hacia Tursc, en la región de Ansaan.
 Como un pequeño cantor se arrodilló ante el rey,
 con arcilla de la altísima Montaña, con arcilla de la diosa,
 dibujó sobre la tierra un círculo alrededor de él;
 cinco montañas, seis montañas, siete montañas cruzó Nitru.
 Alzó los ojos, estaba cerca de Tursc.
 En el pórtico de Tursc puso un pie dichoso,
 anunció la soberanía de su rey,
 proclamó el contenido de su mensaje.
 El mensajero dijo al señor de Tursc:
 “Tu padre, mi rey, me ha enviado a verte,
 el señor de Telfug y de Telf me ha enviado a verte.”
 “¿Cuál es la palabra de tu rey? ¿Puedes repetirla?”
 “Ésta es la palabra de mi rey, voy a repetirla:
 mi rey, desde su nacimiento consagrado a la corona,
 el señor de Telfug, el poderoso Amo Serpiente de Telf,
 el Chivo salvaje de la alta montaña, que posee el poder real,
 el pastor del redil de la diosa Inannu,
 concebido en el corazón del kur de la Vaca santa,
 Atanassim hijo del dios Ud,
 esto es lo que ha dicho mi rey:
 Ahuyentaré tu ciudad como un pájaro del árbol,
 como un pájaro la ahuyentaré también del segundo nido,
 como un esclavo vendido la humillaré,
 como una ciudad indefensa, la aplastaré en el polvo.
 ¡Tursc, el dios Enki ha condenado a tus habitantes!
 ¡Como un lugar donde se siembra la destrucción, en verdad
 quiero destruir!a!
 La diosa Inanna le ha quitado el porvenir,
 y hace descender y retroceder su pasado.
 Como quien aumenta el polvo, quiero en verdad aumentar
 el polvo.
 Que hagan nacer oro del fuego,

que cuiden la plata purificada en la pulverización,
la plata que en esa región se labra.

En los caballos pondrán las bolsas.

El templo del dios Enlilbanda de la región de Telf,
el templo que el dios Nudimmud ha elegido en su corazón
puro,

que ellos lo construyan sobre mi kur puro;
¡como un boj, que haga mis delicias!

¡Como el dios Ud cuando sale del gannun, que su cúspide
se eleve con esplendor!

¡Que hagan brillar las piedras de su entrada!

En su gannun, en su lugar de los hechizos,
cuéntales el hechizo del dios Nudimmud.

Lo que debas decirle, díselo,

mostrando al consagrado una barba de lapislázuli,

a él que en el kur del me puro ha roto una alianza,

a él que en la tierra de Telfug ha levantado el cuerno,

a él que en el redil de la Vacca santa ha consumido la leche,

a él que sobre Telf ha recibido el kur del gran me en señorío,

a Atanassim, hijo del dios Ud,

en el santuario de la Eanna esta palabra como buena palabra

quiero decirle,

en su gibar como un tarub nuevo cargado de frutas,

a mi rey, al señor de Telf, quiero llevarla."

Cuando Nitru terminó de hablar:

"¡Oh mensajero, a tu rey, señor de Telf, dile y repítele:

La Señora del cielo y de la tierra

ha puesto en mi mano el cetro de rey del cielo,

el Innin de todos los decretos, la Pura, la diosa Inanna,

a Tursc, el kur del me puro, juro que me ha enviado.

¡Someterse Tursc a Telfug!

¡De someterse Tursc a Telfug no se habla! Díselo."

Cuando terminó de hablar,

el mensajero respondió al señor de Tursc:

"La gran Señora del cielo, que domina los decretos terribles,
que reside en la montaña de la región de Zamus,

que adorna la capilla en la región de Zamus,

con el señor, mi rey, el servidor

de la diosa Señora del Eanna han entrado,

y la Señora pura ha dicho:

el señor de Tursc se someterá.

Ante los muros de Telf él vendrá a anunciarlo."

Entonces el señor sintió un golpe en el corazón, su alma

turbada,

no tenía una respuesta, una respuesta buscaba,

por fin con un esfuerzo puso a trabajar la inteligencia

estimulada y halló una respuesta.

Encontró una respuesta, emitió una palabra;

al mensajero la respuesta a la palabra

proclamó como un toro con voz poderosa:

"¡Oh mensajero, a tu rey, señor de Telf, dile y repítele:

Sobre Tursc ha caído la garra del águila,

lágrimas han sido derramadas, el agua ha sido derramada,

la harina esparcida

sobre el kur de las plegarias y de las súplicas, de las

genuflexiones,

ni siquiera hay diez hombres, no hay cinco hombres;

ni Astor ni Oscar ni Menio;

pero si Telfug se alzase contra el gursag, ¿cómo, semejante

a la ola, saltaría?

Tu rey ha propuesto el arma que destruye.

Yo he decidido entonces cruzar la puerta.

Si no conoce la puerta el perro no come,

el toro no conoce la existencia del toro;

pero si conoce la puerta el perro come,

el toro conoce la existencia del toro.

Por eso, mensajero, una palabra te digo:

¡Te hablo con astucia, para que puedas aprovechar mis

palabras!

En la Eanna donde reposa el león,
en cuyo seno muge el toro;

en su gíbar como el tarub nuévo cargado de frutas,
a tu rey, al señor de Telf, lleva la respuesta:

el gursag, el héroe lleno de destreza
cuando debamos ir a su templo de noche,

cuando todos los ojos puedan contemplarlo a la distancia,
cuando en los cuernos del dios Nanna sea alabado,

cuando su frente vuelva a morar en la gloria,
como un árbol sobre los reinos inaccesibles,

la égida de la diosa Inanna en Tursc,
el buen lama en la Montaña de los decretos puros,

ese día, en Tursc, como la diadema del cielo puro ubicada
en su justo lugar,

¡ese día yo mostraré mi sublimidad!

Deberá llenar las bolsas con cereales, deberá cargarlas en
los carros,

esos cereales serán transportados a través de las regiones,
deberá talar cedros, y ponerlos en su lugar.

Si hace llenar las bolsas de cereal,
si carga los asnos de carga,

si además pide asnos de tiro,
si en el pórtico de Tursc lo reparte entre los alrnacenes,

esta abundancia será la dicha de los alrnacenes.
La llama de las regiones, el ornamento de los habitantes,
adornarán las siete murallas.

La Señora heroína, la primera en la batalla,
la diosa Inanna, la heroína que en el polvo de la batalla

conduce la danza,
ha quitado la abundancia de Tursc como un cántaro de mis

manos.

Entonces yo me inclinaré ante él,
reconoceré su sublimidad,

como Tursc, me postaré en humildad. Díselo.”
Cuando terminó de hablar

al mensajero el señor de Tursc,
el mensajero se puso alegremente la palabra en la boca.

Como una vaca salvaje, corrió sobre sus piernas,
como una mosca del polvo se marchó en la oscuridad de la

tercera vigilia.

Sobre los muros de Telf puso un pie dichoso,
en el atrio sublime, en el atrio de la asamblea, el mensajero

se explaya,

ante su rey, el señor de Telf,
repite alegremente el mensaje,

como un toro alza la voz,
como un toro tonante se hace oír.

El rey lo hace pasar a su diestra,
lo aleja de la siniestra.

“La abundancia de Tursc ha sido interrumpida”, explicó,
proclamó.

El día se alzó ante el dios Ud que aparecía;
ante el dios Ud de la región, que aún no había levantado la

cabeza.

El rey hizo gemelos al Bosro y al Aranaxahas,
al Aranaxahas y al Bosro hizo gemelos,

hizo elevar al cielo grandes vasijas,
y junto a ellas, como corderos entre la hierba, otras más
pequeñas,

y junto a ellas también grandes arcaas de metal.
El rey las llenó de oro,

Atanassim, hijo del dios Ud, reparte cosas buenas.
Ese día, en el Sannur de la asamblea,

una estatua de oro fue esculpida en un día fausto,
la elevada, la diosa Nidaba, la Verde, la pura,

la diosa Nidaba, la Señora de la vasta inteligencia.
La puerta del templo santo de la inteligencia de la diosa

Nidaba fue abierta,
y una vez adentro del templo de An el rey aplicó su
intelecto;
el señor abrió la puerta de su gannun
y se dirigió hacia su almacén imponente;
el rey, de su cereal hizo separar el cereal más viejo,
la malta llegaba hasta el horizonte,
y allí mismo inspeccionó las bolsas.
Hizo amontonar el cereal de los almacenes,
hizo cargar en los asnos de carga
y a su lado hizo poner asnos de tiro.
El rey, señor del intelecto vasto,
el señor de Telfug, el señor de Telf,
los envió por el camino de Tursc.
Los hombres, como hormigas de un agujero,
en bandadas se dirigieron hacia Tursc.
Al mensajero que iba hacia las altas tierras,
hacia Tursc, el señor le dijo una palabra:
"Oh mensajero, al señor de Tursc, dile y repítelo:
Los muros de mi templo son un decreto de grandeza,
a Telf este cetro como égida le ha sido otorgado.
Este cetro deslumbrante, el santuario de Eanna,
la Pura, la diosa Inanna, lo honran;
el cetro está libre, en verdad lo está.
¡Con una lluvia de cornalina, con lapislázuli como caído
del cielo, que llene mis manos! ¡Que el señor de Tursc traiga
ante mí todo eso! Diselo."
Cuando terminó de hablar,
el mensajero, en su carrera hacia Tursc,
cubrió sus pies con el polvo del camino,
hizo volar profusamente los guijarros de la montaña.
Como un dragón que caza sobre la llanura, no tuvo igual.
Cuando el mensajero llegó a Tursc,
el pueblo de Tursc, Oscar, Astor y Menio,

quedaron admirados ante los asnos de carga.
En el atrio de Tursc el mensajero
hizo aplar el cereal de los almacenes.
Como una nube que llueve en la tormenta,
Nirtu trajo abundancia a Tursc;
como si hubiera vuelto a las moradas celestes,
Tursc sació su apetito.
Pero el señor de Tursc mandó decir al señor de Telf:
"Nosotros, por esta escasez imaginaria,
daremos al señor de Telf piedras preciosas imaginarias."
Pero Nirtu sabía que Inanna la pura había pedido
a su señor que construyera este templo.
Humildemente, hablando con el corazón, Nirtu dijo:
"Tu padre, mi rey, me ha enviado a verte;
Atanassim, hijo del dios Uđ, me ha enviado a verte."
"¿Cuál es la palabra de tu rey? ¿Puedes repetirla?"
"Esto es lo que dice mi rey, voy a repetirlo:
Los muros de mi templo son un decreto de grandeza,
este cetro a Telf como égida le ha sido otorgado.
Este cetro deslumbrante, el santuario de Eanna,
la Pura, la diosa Inanna, lo honran:
el cetro está libre, en verdad lo está.
¡Con una lluvia de cornalina, con lapislázuli como caído
del cielo, que llene mis manos!
¡Que el señor de Tursc traiga ante mí todo eso! Esto fue lo
que dijo."
Cuando el mensajero terminó de hablar,
el señor de Tursc se arrodilló en el suelo, pero puso su
corazón en la doble boca.
Caía la tarde; su palabra se volvía dulce, dulce, dulce;
la boca en discordia con el pensamiento, habló así,
con mentiras, como se atrapa a un asno con cereal, lo
engañó.
¿Qué le dijo entonces un hombre al otro?

¿Qué repitió un hombre al otro?
Lo que un hombre le dijo al otro es en verdad esto:
"Oh mensajero, a tu rey, señor de Telf, dile y reptele:
Ya que mi cetro no es de madera, no se llama madera,
Inanna lo ha puesto en su mano,
la diosa Innin lo ha puesto en su mano;
no es de madera de limonero, ni de enebro,
ni de ciprés, ni de boj,
ni de arce, ni de cedro,
ni de morera, ni de terebinto;
no es de oro, ni de cobre,
ni de piedra, ni de plata,
ni de cornalina, ni de lapislázuli.
El cetro está libre, en verdad lo está.
¡Que de lluvia de cornalina, de lapislázuli como caído del
cielo pueda llenarse las manos!
¡Que el señor de Telf ante mí lo reciba! Díselo."
Cuando el rey terminó de hablar,
como un potrillo ligero el mensajero partió con la cabeza
gacha,
como un asno de la estepa, un potrillo de carrera, al galope,
holló la tierra con los pies.
Su cara se alargaba, se estiraba y se volvía a estirar;
como un carnero de lana larga, un buen carnero,
Nitrú tuvo el mejor de los comportamientos.
Dentro de los muros de Telf puso un pie dichoso,
frente a su rey, el señor de Telf,
proclamó su mensaje:
"A Atanassim el dios Enki ha dado inteligencia."
El señor tomó entonces la sublime decisión.
Quebró una roca como si fuera una hierba,
convirtió las tinieblas en día;
convirtió las tinieblas en día;
cinco años, diez años así pasaron.

El dios Enlil tomó el tiempo y con el hacha lo partió en
pedazos
mientras el señor lo veía con mirada satisfecha.
Hizo brillar la luna, con ciencia, sobre la montaña de
Zanno, la esparció;
el señor puso el cetro en la mano
del mensajero que iba hacia la región alta.
El mensajero se dirigió a Tursc;
como un pájaro veloz sobre la montaña, como una mosca
que hurga en el polvo,
como un pez que persigue un gusano, se acercó a Tursc.
En el atrio de Tursc puso un pie dichoso.
Fue a su patesi,
ordenó su luku y cumplió la misión.
El señor de Tursc, bajo el influjo del cetro,
sobre la montaña, en la morada pura de Innin,
el señor declaró a su sagtām:
"Tursc está herida como una oveja, sus caminos son en
verdad un demonio hostil,
la sublime, Tursc, ahora que la diosa Inanna
la ha abandonado al señor de Telf."
Al llegar el mensajero,
levantando al sol la pesada palabra, el rey dijo:
"La Vaca pura, la diosa Inanna, la mira sin benevolencia.
¡En Tursc el mentiroso será castigado por decreto divino!
¿Hasta cuándo seguirá el castigo?
Porque nosotros, por esta escasez imaginaria,
solamente hemos dado al señor de Telf riquezas
imaginarias."
El señor de Tursc comunica
al mensajero palabras como las de una tablilla maravillosa:
"Oh mensajero, a tu rey, señor de Telf, dile y reptele:
Un perro que no sea negro, un perro que no sea blanco,
un perro que no sea rojo, un perro que no sea gris,

un perro que no sea amarillo, un perro que no sea multicolor, ¡que te entregue un perro así!

Que mi perro combata con el suyo, que triunfe el más fuerte. Díselo."

Cuando el rey terminó de hablar, el mensajero, a través de hierbas y aguas, en los muros de Telf, repitió la respuesta: como una voz en el pozo del kur hizo levantar los ojos, como si saliese de la gran boca fulminante, manifestó la doble lengua.

Atanassim, hijo del dios Utd, alzó la cabeza, de su morada, con fuerza de torrente habló:

"Oh mensajero, al señor de Turusc dile y repítelo:

Un vestido que no sea negro, un vestido que no sea blanco, un vestido que no sea rojo, un vestido que no sea gris, un vestido que no sea amarillo, un vestido que no sea multicolor,

¡que te entregue un vestido así!

Propimanso, el perro astuto del dios Enlil. ¡Le echaré encima ese perro!

¡Que mi perro combata con el suyo y que triunfe el más fuerte! Díselo.

Por segunda vez dile y repítelo:

¿Hasta cuándo con mentiras persistirá en la desverguenza? En su ciudad, como carneros, deben marchar, y él, que es su pastor, debe seguirlos.

¡Que conduzca a su rebaño a la Montaña de plata y lapislázuli,

que como un junco para escribir se incline, y luego que amontone en el atrio de Turusc oro y piedras preciosas

para la diosa Inanna, señora de Eanna!

Por tercera vez dile y repítelo:

Ahuyentaré tu ciudad como un pájaro del árbol,

como un pájaro la ahuyentaré también del segundo nido, como un esclavo vendido la humillaré,

y como quien hace polvo daré al viento su rebaño; Oscar, Astor y Menio,

que recojan piedras preciosas de la montaña, que me construyan el gran santuario, el eridug, el gannun, y con coralina y lapislázuli lo embellezcan,

¡que su sombra se extienda frente a mí sobre toda la región! Cuando hayas comunicado mis órdenes, dales la señal de iniciar la construcción."

Como la palabra era pesada el mensajero no podía repetirla, como la palabra del mensajero era pesada y no podía repetirla,

el señor de Telf hizo una tablilla y puso allí la palabra.

Hasta entonces, no existía la palabra sobre la arcilla,

¡pero verdadera como la luz del día, así fue!

El señor de Telf hizo una tablilla y puso allí la palabra.

El mensajero, como un pájaro, batió las alas,

como un lobo que persigue un cabrito, hizo correr las piernas;

cinco montañas, seis montañas, siete montañas atravesó; alzó los ojos, estaba cerca de Turusc.

En el atrio de Turusc puso un pie dichoso,

hizo conocer la superioridad de su rey;

humildemente, Níru habló con palabras del corazón.

El mensajero dijo al señor de Turusc:

"Tu padre, mi rey, me ha enviado a verte,

el señor de Telfug, el señor de Telf, me ha enviado a verte."

"¿Cuál es la palabra de tu rey? ¿Puedes repetirla?"

"Esto es lo que dice mi rey, voy a repetirlo:

mi rey, mi padre, hijo del dios Enlil,

resplandeciente de señorío y de grandeza,

Atanassim mismo me ha dado una tablilla de arcilla.

¡Oh señor de Turusc, lee la arcilla, conoce el sentido de la

palabra!

Lo que debes decir, digo:

mostrando al consagrado una barba de lapislázuli,
a él que en el kur del me puro ha roto una alianza,
a él que en la tierra de Telfug ha levantado el cuerno,
a él que en el redil de la Vaca santa ha consumido la leche,
a él que sobre Telf ha recibido el kur del gran me en señorío,
a Atanassim, hijo del dios Ud,
esta palabra en el santuario de la Eanna como buena palabra
quiero decirte,

en su gibar como un tarub nuevo cargado de frutas,
a mi rey, al señor de Telf, quiero llevarla."

Cuando el mensajero terminó de hablar,
el señor de Tursc tomó la tablilla cocida,
el señor de Tursc fijó la mirada en la tablilla de arcilla;
la palabra grabada era una espada afilada,
el señor de Tursc miró la tablilla cocida,
Oscar, Astor y Menio miraron la tablilla.

Entonces el señor a quien conviene la corona de la
superioridad, hijo del dios Enlil,

el dios Mer, entre cielo y tierra con fuerza rugiente,
mandó la tormenta que salta, el gran león, por doquier,
hizo temblar a toda la región, la cubrió con agua;
el gursag de Tursc tembló con sus golpes,
la majestad y la gloria hizo ver en su pecho,
porque Tursc aquel día estuvo en el corazón del gursag,
sobre el gursag que da la dicha alzó la cabeza
del trigo que germina solo, del mijo que germina
espontáneamente,

y se lo entregó al señor de Tursc,
en el atrio de Tursc lo hizo amontonar delante de él.
El señor de Tursc volvió la mirada hacia el trigo,
delante de Oscar, Astor y Menio dijo al mensajero:
"La sublime, la diosa Inanna, Señora de las regiones,

en su templo de Tursc no ha vacilado, a favor de Telfug se
ha pronunciado, en su templo de lapislázuli no ha vacilado,
a favor del santuario de Eanna se ha pronunciado,
en el kur del me puro no ha vacilado, a favor de los muros
de Telf se ha pronunciado,
en su lecho esplendoroso no ha vacilado, a favor del señor
de Telfug, del señor de Telf, se ha pronunciado,
ante el señor su mano pura no ha vacilado,
a favor del señor de Telfug, del señor de Telf se ha
pronunciado."

La diosa Inanna, Señora de las Regiones,
como un agua potente que desborda, extiende su protección
en torno a él;

sus habitantes, separados uno del otro,
que el dios Dumuzid había separado,
la palabra de la Pura, de la diosa Inanna, a su lugar los ha
devuelto.

El perro astuto del dios Dumuzid los había dividido,
hasta el vórtice de la tormenta los había arrastrado,
cuando se desató la violencia de la tormenta;
la diosa Inanna, Señora de las regiones,
porque era muy querida por el dios Dumuzid
un agua de vida regó para ellos,
sobre toda la región hizo crecer los vegetales para ellos.
El perro astuto, Propimanso, su defensor,
llevaba una tiara multicolor sobre la cabeza,
una piel de león lo cubría.

El canto de Atanassim ha regocijado a la diosa
Amausumgalanna en su gannun,
porque antes la inteligencia sin fallas, la inteligencia del
dios Dumuzid,
lo había hecho perfecto, le había enseñado cánticos,
le había hecho conocer la palabra.
Cuando la Madre en el kur del me puro llegó,

la Joven, en su esplendor, pues es la perfectamente
preparada, se manifestó:

se había puesto kohl sobre los ojos,
se había puesto un vestido blanco;
se manifestó como la luz del dios Nanna.

Y para ella, la Pura, Atanassim echó los cimientos de un
templo.

Con ella se va, hacia Tursc, la oveja con su cordero,
con ella se va, hacia Tursc, la cabra con su cabrito,
con ella se va, hacia Tursc, la vaca con su ternero,
con ella se va, hacia Tursc, el asno con su borriquito.

Porque así lo había ordenado Atanassim,
los habitantes de Tursc entregaron
oro, plata, lapislázuli.

Oscar, Astor y Menio colocaron los frutos de oro de un lado,
los frutos de árbol del otro,
higos y racimos de uvas, en montones grandes como colinas;
Oscar, Astor y Menio entregaron lapislázuli en sus nidos,
y pusieron los nidos junto a las ramas
para la diosa Inanna, Señora del Cielo,
todo esto amontonaron en el atrio de Eanna,
para que Atanassim, hijo del dios Uđ, pueda construir su
templo.

X

LLEGADA DE LA MAESTRA CON LAS CATORCE ALUMNAS.
ATANASSIM Y LONGOVISA SUBEN AL ÓMNIIBUS.
DISCURSO SOBRE LAS TABLILLAS DE ARCILLA.
LAS NIÑAS TRABAN AMISTAD CON LOS ETRUSCOS
Y TERMINAN DECAPITADAS.

Absorto en sus profundos pensamientos, Atanassim no había advertido la llegada de un gran ómnibus que acababa de detenerse en la plazoleta de la Columna de Nuestra Señora, junto a la Puerta de los Caracoles. Pero un agudo parloteo de voces femeninas vino a despertarlo. Era una quincena de niñas, cada una con su delantal blanco y su moño rosa en la cabeza, que bajaban alborotadamente del ómnibus. Detrás de las niñas descendió la maestra, toda de negro, y poco después el chofer, un hombre muy viejo y flaco, que enseñada fue rodeado y mimado de diversas maneras por las juguetonas muchachitas, ansiosas de movimiento después de la larga inmovilidad del viaje. Lanzando alegres exclamaciones le metían las manos en los bolsillos, le acariciaban las mejillas arrugadas, y no faltaba una, más atrevida que las otras, que le quitaba la gorrita de chofer para revolverle con coquetería pueril la sucia y rala cabellera blanca.

Apenas la maestra les dio permiso, las niñas cruzaron la majestuosa puerta pseudobarroca y se desparramaron tumultuosamente por la plaza. Sin preocuparse demasiado por la considerable cantidad de objetos, montículos y trincheras que obstaculizaban su alegre carrera, porque para el alma infantil todo es un misterio y al mismo tiempo un dato incontestable de los sentidos, se perseguían como pájaros hambrientos bajo la arcada, admiraban con ruidoso estupor la excavadora postrada, los pedazos de caballo colgados de los arcos. En cierto momento se detuvieron frente al ex jardín de la iglesia, a mirar cómo trabajaban los negros.

Éstos en realidad habían interrumpido el trabajo justo en aquel instante, como siempre con fines recreativos: en un pocito dentro del pozo, Oscar se estaba haciendo enterrar por Menio, como otras veces había visto hacer a los ricos señores en la playa; Astor, en cambio, se había alejado para orinar en un rincón de la excavación. Las niñas, que nunca habían visto mear a un etrusco, se mostraron sorprendidas y regocijadas; en su inocencia se susurraban exaltadas ocurrencias al oído.

Mientras tanto el viejo chofer se había tendido bajo la arcada, en el umbral de la vinería, atraído quizá por el olor a vino rancio que salía de allí, y en esa posición se había quedado inmediatamente dormido. Atanassim buscó con la mirada a su ayudante Nitru; lo llamó dos veces, pero el muchacho había desaparecido. Cruzando con un salto ágil la zanja que lo separaba de la agraciada maestra, el capataz se acercó a ella para ofrecerle la debida bienvenida, y al mismo tiempo averiguar discretamente qué había venido a hacer con todas sus alumnas a su plaza, dado que las escuelas estaban cerradas desde hacía tiempo, y también la plaza estaba cerrada al público.

Su interlocutora era una mujer de unos cuarenta años, muy miope y renega, pero de carnes abundantes que desbordaban en mil pliegues seductores de su ajustado delantal de tela negra. Apenas Atanassim le hubo explicado cortésmente la razón y el motivo de las diversas excavaciones, pozos y rampas que ponían en el paisaje una nota tan característica que podría considerarse única, la mujer se le acercó, tendiéndole las manos, y exclamó:

“¡Nosotras las maestras deberíamos mantenernos más en contacto con ustedes los arquitectos! ¡Desde hace años soñaba con conocer uno!”

Y tomándolo del brazo, lo invitó a dar un paseo bajo la arcada, feliz de poderse sacar de la cabeza, aunque fuese

por un instante, el bullicioso ímpetu de sus catorce niñas. A causa del calor, el capataz en cambio se había sacado la camisa y se había quedado en remera. Al advertir la maestra, observándolo de cerca, que el joven no sólo era joven sino que además tenía el pecho cubierto de pelos rubios y enmarañados, empezó a dar señales de una alegría motriz que distaba mucho de la decorosa apatía de una normal excursión de carácter arqueológico-artístico con sus alumnas.

Enseñaba, aclaró la culta mujer al capataz, en un colegio privado de Porco Pera, pequeño centro de provincia que Atanassim no conocía sino de nombre porque quedaba muy lejos. En verano las niñas abandonaban la escuela y volvían a sus pesbres solariegos o casas rodantes patriarcales, pero siempre había un grupo de alumnitas que por una u otra razón, o por ambas, permanecía en Porco Pera en el internado, y en esta ocasión le habían confiado a ella la tarea de cuidarlas. Por eso, para sobrellevar de algún modo esos largos meses de *piénement-sur-place*, la maestra había contratado un ómnibus y organizaba excursiones aquí y allá; y así hoy habían llegado a la ciudad, más que nada para visitar el pozo milagroso de Lucrecia Borgia, pero lo habían encontrado cerrado, y al no saber qué otra cosa hacer se habían detenido en un sitio cualquiera y habían bajado a estirar los pensamientos.

Atanassim confirmó que en efecto en la ciudad casi todo estaba cerrado, durante el verano; sin embargo, él se había quedado a trabajar porque debía terminar un templo etrusco por encargo de la Municipalidad, antes del otoño. La maestra dijo llamarse Longovisa y agregó que era un placer haberlo conocido; después, con la mirada púdicamente dirigida al suelo, lo invitó a subir con ella al ómnibus, para conversar un rato a la sombra.

El capataz aceptó la invitación, fascinado por esos abundantes kilos de educadora perfumados, y la ayudó a subirse al alto estribo. Lamentablemente, el anciano chofer no había tenido la precaución de estacionar el ómnibus a la sombra y en el interior del vehículo ahora hacía más calor que afuera. Longovisa, lenta y felina, no era menos miope que el capataz, y así sucedió que por momentos los dos se perdían de vista entre las filas de asientos, pero luego volvían a encontrarse. Al llegar a la mitad del ómnibus la maestra se quitó el delantal, porque estaba a punto de desmayarse del calor; él creyó prudente imitarla quitándose los pantalones.

Con el aristocrático contoneo de quien no ve casi nada, Longovisa se dirigió al asiento trasero, colocó en un extremo a guisa de almohada la cartera de una alumna, introdujo los anteojos dentro de la cartera y se tendió sobre el asiento; luego tomó el fresco Proyecto Nuffield para las Ciencias Integradas, de plástico transparente, y empezó a abanicarse, canturreando en voz baja: "Tdllicos eucalipetos, majestuosas cascadas..."

Cortésmente, Atanassim le pidió el Proyecto Nuffield y se puso a abanicarla, mientras sudaba a mares. Cuando estuvo completamente mojado, al igual que todo lo que lo rodeaba, se arrodilló junto a la docente y probó de acariciarle tímidamente las cortas piernas rojizas y redondas. Mientras tanto Longovisa se entretenía en agrandar, embelesada, un agujero del respaldo y con el índice de la mano izquierda extraña largas madejas de estopa y paja mezcladas.

Desvestida, húmeda, excitada, parcialmente cubierta del relleno del respaldo, la maestra de pronto se sintió presa del furor didáctico y entrecerrando los ojos se dirigió a una multitud invisible:

"Nuestros antepasados conservaban sus actos y sus

registros menos importantes, y por ende más efímeros, grabados en tablillas de arcilla. Estas tablillas, por fortuita intervención de uno u otro incendio que las transformó en ladrillos, se convirtieron luego en el único documento escrito capaz de resistir los milenios que nos separan de aquellos antepasados. Así sabemos que en aquellos tiempos la máxima autoridad del Estado era el rey, hombre como los demás, pero de origen divino, porque era hijo de un dios. Este rey tenía un palacio, una familia, muchas personas a su servicio, y toda clase de objetos valiosos; compartía su autoridad con una aristocracia de carácter feudal. Había un santuario dedicado a los dioses dentro del palacio mismo del rey, cuyo trono estaba protegido por grifos, y su puerta custodiada por leones. Cuando el rey moría, sus súbditos lo sepultaban en tumbas suntuosas; y, si moría lejos de la patria, sepultaban en su lugar una piedra sagrada en la cual moraba su espíritu. Por desgracia, hasta ahora nunca se ha encontrado una tablilla de carácter literario; lo que no quiere decir que la literatura no existiese entre ellos, sino que ésta era probablemente registrada sobre otros materiales, más nobles, aunque menos duraderos, que la arcilla."

Aquí la maestra se echó a reír: para disimular su rubor se miró en un espejito de cartera, arreglándose con un dedo mojado en saliva los dos rizos a *accroche-coeur* sobre la frente. Con voz ronca, agregó:

"Deslicémonos también nosotros en la arcilla."

La hora, el lugar solitario, el calor aplastante eran propicios para las tumefacciones. Acaso con más naturalidad, la escena del ómnibus se repeta en la excavación frente a la iglesia. Imitando el ejemplo de los etruscos, que se habían desabotonado los pantaloncitos para satisfacer mejor la curiosidad de las alumnas, las niñas se habían quitado los delantales y se habían puesto

a jugar en el fondo de la excavación así como estaban, o sea sin nada encima; en efecto, como expertas turistas veraniegas que eran, habían salido de casa con el delantal, por así decir, sobre las carnes.

Saltaban y trepaban sobre las montañas de escombros, se hacían perseguir por los negros, y con brincos de perdiz se arrancaban recíprocamente el breve corpiño, si es que lo tenían, y otros similares artículos de recato. Entre las ingenuas estudiantes y los etruscos muy pronto se había establecido un cordial entendimiento: "¡A mí, a mí!", gritaban las más ansiosas, y se arrojaban a los brazos de los albañiles, felices ellas de saberse finalmente lejos de la mirada vigilante y sudada de la maestra.

Pero junto con el delantal parecían haber perdido todo vestigio de atávica decencia; aullando como hienas se apiñaban en grupos de cinco o seis alrededor de los jóvenes etruscos, como gaviotas alrededor de un sándwich de jamón y mayonesa. Y las que estaban obligadas a esperar, sin poder ya contenerse, se acariciaban con furor entre ellas, o bien se mordían las piernas, recostadas sobre la tierra suelta y oscura. Una de las niñas, llamada Linfolalia, de tanto arañar de placer la tierra había desenterrado la dentadura postiza del guardián. Desde un balcón que daba a la plaza, entre las hojas amarillentas de una adelfa en maceta, Nitru contemplaba la escena silvestre. Blancas, puras, instruidas en economía doméstica, las niñas de Porco Pera, esparcidas en el fresco fondo de la excavación al reparo del último sol, entrelazaban cantando sus miembros nacarados, que ondeaban rítmicamente como anémonas en el fondo del mar. También rítmicamente, Nitru se masturbaba.

Y el viejo chofer dormía, en los brazos no menos blandos y robustos del calor. Caída ya la noche, la luna llena se alzó sobre los techos silenciosos y brillantes de la

ciudad más o menos a oscuras. A través de las ventanillas abiertas del ómnibus, su luz iluminó el cuerpo desnudo de Longovisa. La maestra estaba aún tendida sobre el asiento de cuero, que ya casi no tenía relleno, ocupada en juguetear con el pelo de Atanassim. Sentado en el suelo, o mejor dicho sobre el piso de madera del vehículo, el capataz le susurraba al oído una canción de amor:

*Cuando te vi
supe que al fin
tendría que
morir de amor
sólo por ti.*

La luna continuaba elevándose, hasta que su luz llegó al fondo de la excavación. Allí abajo la escena había cambiado: media hora antes, presa de uno de sus frecuentes raptos inesperados (tal vez se los podía relacionar con la luna llena, de efectos tan sorprendentes en hombres y animales), Astor y Oscar se habían levantado y con las palas nuevas habían decapitado a las niñas, a todas, angélicamente amontonadas bajo la entrada del baptisterio. Luego habían hecho una pila con las cabezas, la habían rociado con nafta, dos bidones de veinte litros cada uno, y para terminar le habían prendido fuego.

Poco después, arrodillados devotamente ante el montón negruzco de cráneos humeantes, los tres etruscos se habían puesto a salmodiar una de sus monótonas y salvajes letanías mágicas de carácter animista. Esparcidos en los alrededores de la fosa, los pálidos cuerpos decapitados, algunos boca abajo, otros de espaldas y otros paralizados en las posiciones más incómodas, semejaban un cementerio de estatuas. No obstante, los más próximos a la iglesia ya empezaban a flotar en el barro, porque los

negros habían cometido la imprudencia de apilar las cabezas bajo uno de los caños de agua, que había vuelto a emerger a la vida activa la noche anterior, y el fuego había derretido el plomo, de manera tal que un chorro considerable de agua estaba inundando la excavación. En cierto momento, al advertir que el lodo les lamía las rodillas, los etruscos interrumpieron la letanía y, cansados por la larga jornada, se fueron a dormir.

XI

PREMONICIÓN DE LONGOVISA.

MACABRO HALLAZGO: LAS VÍRGENES FLOTAN.

ATANASSIM SOBORNA AL ANCIANO CHOFER.

LUCHA POR LAS GOLOSINAS: ¿QUIÉN DE NOSOTROS ES EL

CULPABLE?

LOS ETRUSCOS EN LA PISCINA: EL CAPATAZ MIRA PARA

OTRO LADO.

El sol ya estaba alto a la mañana siguiente cuando Longovisa, muy despeinada, la cara todavía marcada por las rayas ornamentales de la cartera-almohada, bajó del ómnibus, estirándose aquí y allá el portaliagas de goma que entre caricias y mordiscones se le había enrollado hacia arriba hasta quedar a la altura de los senos. Todos los demás dormían aún: el capataz sobre otro de los asientos del ómnibus, Nitru detrás de la adelta, los etruscos en sus carpas, el padre de los años bajo el leterero de la vinería y las catorce niñas en el fango de la muerte.

La maestra se arrepentía ahora de haber dejado tanto tiempo solas a sus queridas alumnas; pero a menudo sucede que los vapores de Venus nos nublan los ojos y la memoria, al punto de llevarnos a hacer cosas que, una vez afuera de su cálida nube aromática, nos dejan desconcertados. Y quien sostiene que sabe resistirsele, no recuerda o no conoce ese desapego beato, ese suntuoso embeleso que borra toda duda y todo sufrimiento, toda decencia. Quién sabe cómo, pensaba, quién sabe dónde habían pasado la noche; quién sabe qué temores no habían padecido sus palomas durante su ausencia. Al llegar a la plaza, bajo la gran Puerta, Longovisa fue acogida solamente por el silencio y la soledad; miró a su alrededor pero no descubrió el menor rastro de las alegres excursionistas, salvo un delantal blanco abandonado descuidadamente sobre las barras de una carretilla. Con la garganta oprimida por un oscuro presentimiento, Longovisa se dirigió hacia el centro de la plaza, donde dentro de poco se levantaría, en todo su esplendor, el

templo etrusco. Cruzó zanjas, se abrió camino entre hierros, atravesó murallas de bolsas de cemento; presa de la taquicardia, sucia de tierra, rengueando más de lo normal porque había perdido un taco aguja, con las manos y la cara rasguñadas por las piedras y los clavos, llamaba mientras tanto a sus alumnas: "¡Rosai! ¡Melania! ¡Tiburnia! ¡Cool! ¡Linfalaha!".

Pero nadie contestaba, y tampoco en las carpas de los etruscos se oía ni siquiera un murmullo. Arrastrándose, cayendo y volviéndose a levantar bajo el sol ya ardiente, como la última y sedienta sobreviviente de una batalla en el desierto, Longovisa llegó por fin al borde de lo que había sido el exuberante jardín de la iglesia y que ahora era un gran pozo lleno de agua, aunque también podía llamárselo un delicioso laguito, en cuya plácida superficie, apenas movidos por la corriente subacuática que creaba el chorro todavía vigoroso del caño derretido, flotaban circularmente, como en lentos círculos flotan las hojas secas y los residuos en los estanques de mármol, los inocentes cuerpos decapitados de las niñas, duros y blancos pero no enteramente hinchados aún; y sumergidos en el fondo los cráneos calcinados, como otros tantos sapos negruzcos pérfidamente escondidos debajo de los cisnes de una fuente elegante.

Longovisa tuvo la presencia de ánimo de contar los cuerpos. Entre los que asomaban a la superficie y los que estaban sumergidos, contó catorce: ni una sola había fallado al fínebre llamado. Una mirada le bastó a la maestra, aunque debido a los precedentes divertimentos no estaba del todo preparada para semejante escena, para comprender que poco era lo que podía hacerse ya por sus niñas, salvo naturalmente pescarlas del agua; pero incapaz de acometer la penosa tarea, se sentó sobre un montón de tierra mojada y retorciéndose las muñecas por el remor-

dimiento se echó a llorar, como si debajo de la grasa hubiese tenido un corazón, y ese corazón se hubiese hecho añicos.

Atraído primero por los gritos y luego por el llanto de la mujer, Atanassim también bajó del ómnibus, todavía dolorido por el peso de la maestra que había dormido encima de él, y corrió hacia la plaza. Una ojeada a los cadáveres le bastó para comprender lo sucedido. Una vez más sus etruscos le habían jugado una mala pasada; como si esto fuese poco, la excavación de la iglesia, que el día anterior estaba al menos seca, ahora estaba sumergida. Peor aún: ese lago no deseado continuaba expandiéndose, y había superado ya el nivel de la calle; algún arroyito obstinado se abría más de un paso entre los escombros acumulados en la vereda, amenazando con desembocar en la excavación propiamente dicha del templo. Dentro de poco las aguas inundarían toda la plaza.

Pero no dijo nada, para no complicar más las cosas. Lo más atinado sería acompañar a la mujer hasta el ómnibus, porque sola, miope y renga, corría peligro de caerse nuevamente en algún pozo. En cuanto a las niñas, él se ocuparía de mandarlas enterrar, probablemente sin orden ni concierto como el pobre Propimanso. Longovisa lloraba sumisamente acostada en el suelo; el joven la tomó resueltamente de los pies, y con vagas palabras de consuelo la arrastró hasta el vehículo.

Todas sus tentativas de consolarla resultaron inútiles: la mujer lloraba, se echaba la culpa por lo sucedido, y luego retomaba el llanto y los lamentos. Afortunadamente para todos, apenas el capataz la hubo recostado en un asiento del autobús, la desdichada Longovisa cerró los ojos y se desvaneció definitivamente.

Atanassim se apresuró a despertar al chofer de su borrachera provocada por el olor a vino y le ordenó que

Llevara a la maestra de regreso a Porco Pera, porque había sufrido un desmayo inesperado; así esperaba librarse de los dos únicos testigos sobrevivientes del lamentable accidente. Pero el viejo no quería irse sin las niñas, ante todo porque un ómnibus vacío puede ladearse más fácilmente y caer en un precipicio, o en las curvas en descenso golpearse contra el guardarrail, y volcar.

El capataz habría podido decirle que las niñas habían partido ya en el tren de la mañana, pero no quiso faltar a su obstinada costumbre de no mentir jamás, salvo en aquellos casos en que la conveniencia del resultado superaba en mucho la inconveniencia del método; por otra parte, todos sabían que prácticamente no había modo de llegar en tren a Porco Pera. En consecuencia, no le quedaba otra salida que sobornar al chofer con una pequeña suma de dinero y una botella de vino espumante que había encontrado por casualidad debajo del motor de la grúa. El viejo se mostró sumamente contento y con un sordido ruido de palancas y fuerte chirrido de engranajes se alejó a toda velocidad de la plazoleta de la Columna. Llevando a bordo su valiosa y usada carga de irresponsabilidad y de lujuria, la cual, volviendo en sí, tuvo tiempo de lanzarle al desgredado capataz, desde el otro lado de la ventanilla, una última mirada incitante de despedida.

Precisamente reflexionando que las mujeres no son responsables de todos los males de este mundo, como creen algunos, sino esa inexplicable y humillante manía nuestra de considerarlas de algún modo deseables, algo que todavía queda por demostrar, Atanassim volvió a la plaza decidido a reprocharles energicamente a sus etruscos sus insensatos desmayos. Entretanto los negros se habían levantado; mientras Astor y Oscar se lavaban la punta de los dedos en el laguito de los cadáveres, con desenfrenado y descarado derroche de jabón, Menio

rezaba sus plegarias matutinas frente a la enorme excavadora inválida, levantando recíprocamente los brazos y doblándolos hasta tocar el suelo, y con cada movimiento ofreciendo a la mordedura del sol las nalgas desnudas, con tanto empeño que en realidad no se sabía si estaba rezando o haciendo gimnasia.

De pronto el suplicante dividió en el suelo, a pocos metros de distancia, un envase de cartón a medio abrir, del cual asomaba un resto de los deliciosos pastelitos que el día anterior las difuntas habían traído con ellas para el almuerzo. Apenas lo vieron arrojarse sobre el paquete, sus compañeros emergieron del fango y se precipitaron a preguntarle qué había en esa caja. Luego siguió una acalorada discusión: Menio quería comerse todos los pastelitos sobrantes, los otros dos se los sacaban de mala manera de la boca. Nitru, mientras tanto, se había despertado y había bajado del balcón, para hacer de mediador entre los etruscos, pero sin ningún éxito o casi, porque también él tenía hambre y el primer requisito de un juez es no querer comerse la cosa sometida a su juicio. En realidad, con el asunto de la excursión inesperada, la noche anterior nadie había comido nada.

Connovido ante tanta doméstica inocencia, Atanassim no tuvo el coraje de reprocharles a los negros la hecatombe nocturna. Esos jóvenes, aunque bulliciosos y desordenados, eran demasiado intuitivos. Eran, en suma, verdaderos etruscos; y lo que era más importante aún, eran sus etruscos. No se puede cumplir con el trabajo de jefe si uno no está dispuesto a mirar para otro lado ante los pequeños descuidos humanos de sus subordinados. Es verdad que la decapitación de más de una docena de vírgenes a primera vista puede parecer un hecho deplorable; pero no era cuestión de echarse a llorar por la leche derramada, cuando esta leche había sido

derramada con tanta naturalidad, sin segundas intenciones. Tanto valdría entonces condenar a los pájaros por insidia con los gusanos, o a los gatos por secuestro de ratones.

O los aceptaba así como Dios los había hecho, o debía renunciar a la construcción del templo. *Héíasi*, pensaba el capataz, ¡cuánto más fácil hubiera sido todo, si en vez de ese trío de falsos etruscos que sólo sabían obedecer a los más elementales instintos de la especie, hubiese contado con una tenaz cuadrilla de verdaderos obreros! Por otra parte, tenía que admitir que también él era un poquito culpable. Si no hubiera pasado la noche con la maestra, si como Lohengrin en su cisne con ruedas no se hubiese embarcado arrebatadamente en la nave solitaria del placer, sus negros no habrían decapitado a las excursionistas, o por lo menos no habrían quemado las cabezas, lo que no sólo era una fea acción, contraría a cualquier principio moral moderno, sino que encima de todo ponía un pesado obstáculo para la identificación de los cadáveres por parte de los familiares de las víctimas. Pero tal vez fuera mejor así, ya que se evitaban escenas penosas, quizá desgarradoras, en especial considerando la confusión consiguiente a la subsiguiente inundación. En suma, lo mejor sería echar cuanto antes un velo sobre el asunto, y si era una lona impermeable, mejor todavía.

Por otra parte, también la maestra era culpable, al igual que el chofer. Pero ¿culpables de qué? El ignaro Caronte, ¿de haber querido mitigar con algunas horas de sueño la fatiga de medio siglo o más de saltos y explosiones mal carburadas? Longovisa, ¿de haberse abanicado el ombligo con el Proyecto Nuffield? La responsabilidad tiene un límite, no se puede pretender conocer y dirigir todo lo que sucede en un momento dado en todos los lugares del universo; y una vez acontecido

un hecho, de nada sirve volver sobre él, a menos que se lo quiera conmemorar con un poema, tanto lírico como épico. Atanassim tenía un solo objetivo: construir el templo; y construiría este templo aun sobre los restos mortales de Propimanso, del guardián y de las catorce vírgenes, para no mencionar el caballo y el automóvil insepultos: no sería pues la primera vez que un templo era levantado sobre un montón de cadáveres.

Lo que en cambio no se podía hacer era levantarlo en medio de un pantano, por no decir un lago, como a veces hacían los egipcios; en principio porque los almacenes de la Municipalidad carecían de embarcaciones adecuadas. Por eso mismo, su primer deber como arquitecto era detener la inundación. El agua se filtraba ahora por cuatro o cinco canales que había logrado abrir, como es su costumbre, entre los montículos frente a la iglesia: en dos horas como máximo. Llenaría la rampa de la excavadora, luego de lo cual no le costaría nada, con su larga práctica, llegar a la excavación del templo. Era como si un director sarcástico, aun antes de que fuera superado un obstáculo, hiciese aparecer otro.

Hacia tanto calor que los etruscos, indiferentes a los cadáveres que de cuando en cuando salían a flote para desaparecer de nuevo bajo la superficie, como pequeños hipopótamos distraídos y destenidos, se habían zambullido en el laguito de la iglesia y se perseguían unos a otros nadando alegremente. El capataz los observaba con mirada paternal, recostado sobre el brazo de la excavadora en reposo. Al oír su jovial alboroto, hasta la perspectiva de la inminente inundación total de la plaza perdía su carácter de amenaza e incluso infundía una sensación de frescura a sus miembros tostados tendidos al sol. Atanassim cerró los ojos.

Si los inconvenientes más banales parecían conspirar,

primero una cosa y luego otra, para retardar el inicio de la obra; si, por culpa de los etruscos, por cada paso que daban hacia adelante daban dos hacia atrás, ¿acaso no era ése el destino inevitable de todo creador, edificar su obra en condiciones tan adversas que ningún otro que no se encontrara poseído por el fuego de la inspiración habría podido tolerarlas? Toda obra de arte, pensaba Atanassim, toda afirmación del espíritu, no sólo implica un poderoso misterio inicial, o sea el hecho de que un intelecto meramente humano y terrenal haya podido concebirlas, sino que también encierra el enigma, acaso más desconcertante e irreductible aún, de cómo las fuerzas y las facultades necesariamente limitadas de un hombre han conseguido llevarlas a término. Nadie sino él sabría jamás cuántas dificultades había debido vencer para construir ese templo admirable; pero sin esa base de sangre, sudor y lágrimas, ninguna obra dura, ninguna cosa es imperecedera. Lo que se ha construido sin esfuerzo, sin esfuerzo se destruye.

XII

SUBE EL NIVEL DE LAS AGUAS:
DECEPCIONANTE EXHIBICIÓN DE INEFICIENCIA.
ATANASSIM TELEFONEA A LA DIRECCIÓN DE AGUAS
CORRIENTES.
LA LLAVE DE PASO EN EL SÓTANO.
LA IGLESIA SE DERRUMBA Y LOS ETRUSCOS HUYEN.
EL CAPATAZ NO SE RINDE.

Entretanto, Nitru había vuelto a aparecer de la nada, y se había trepado a la excavadora junto a Atanassim. El capataz, ante la graciosa escena pastoral que le llenaba los ojos de destellos de luz y el corazón de tolerancia —sus tres ágiles albañiles que se zambullían uno tras otro entre las niñas cada vez más hinchadas, salpicando todo alegremente, con la gracia, el júbilo y la despreocupación de tres cachorritos seguros de que, dentro de ciertos límites, pueden hacer cualquier cosa porque siempre habrá allí un amo para ocuparse de ordenar lo que ellos han desordenado—, apoyó con resignación la mano derecha en el hombro izquierdo del muchacho (de todos, él era el menos culpable de lo que había ocurrido la noche anterior, pues su culpa era la más fácil de lavar) y le pidió, ya que estaba allí en la excavadora, que hiciese un último intento de salvarla, antes de que el barro terminara de cubrir definitivamente la máquina. Él, por su parte, debía rescatar a esas novicias juguetonas y enterrarlas, si era posible cada una de ellas con su respectiva cabeza. El templo etrusco no sería la excepción a la regla: sólo de la muerte puede nacer la vida, si esta frase no es sólo una frase.

Despachado Nitru, Atanassim se dirigió a los nadadores etruscos. En primer lugar le ordenó a Menio, que en ese momento hacía equilibrio sobre la verja tambaleante, que fuera a buscar un palo o pértiga larga para pescar los cuerpos flotantes; en cuanto a los otros dos, les pidió que se ocuparan, de la manera y con las herramientas que consideraran más aptas, de impedir que

Las aguas terminarían por inundar completamente la plaza.

Esta abundancia de agua, en realidad, como ya se ha dicho, no del todo desagradable, planteaba sin embargo un nuevo problema para el capataz: ¿cómo tapar o reparar el caño derretido, que según le habían indicado los mismos etruscos estaba justo en el fondo de la excavación? La única solución era cerrar la llave maestra que alimentaba de agua a todo el barrio. Pero ¿dónde estaba esa llave? Y suponiendo que lograrse encontrarla, ¿cómo haría para desahogar el laguito artificial de la iglesia y reconstruir el jardincito? No podía sentarse sobre una piedra o una bolsa de cemento a esperar que esos centenares de metros cúbicos de agua se secaran solos, con la consiguiente pérdida incalculable de tiempo y de energía.

Lo mejor era encontrar cuanto antes un teléfono público en algún negocio o bar abierto, llamar a la Dirección de Aguas Corrientes y preguntarles dónde estaba la llave de paso o grifo en cuestión. Una vez identificada ésta e interrumpido el flujo hídrico, sería mucho más fácil evacuar el charco, reparar el caño roto, y por fin rellenar la excavación, antes de que sucediese algo peor. Ahora hasta la rampa de la excavadora estaba llena de agua. Antes de alejarse, Atanassim se detuvo un instante para ver si sus órdenes eran obedecidas. Era evidente que, si bien no les faltaba vivacidad, tanto los etruscos como el muchacho carecían claramente de experiencia.

De hecho Menio, a quien le había sido confiada la tarea de conseguir una pértiga larga, no había encontrado nada mejor que un palo de escoba, y con este instrumento no menos inadecuado que sus intentos trataba de arponear a las finaditas; pero hasta ese momento no había logrado salvar de las aguas más que una cabeza y el más grande de los cuerpos, casi una ballena joven. Para no ser menos,

Oscar y Astor, todavía más descaradamente frívolos, jugaban —porque no correspondía decir: se esforzaban— a vaciar el laguito, el primero con una lata de arvejas vacía y el segundo con un orinal herrumbrado, recogido entre quien sabe qué desperdicios. En cuanto a las niñas, tal vez por efecto del sol que calentaba el agua, o de la indiferencia de la muerte con respecto a las convenciones sociales en general, cada vez eran más las que salían a flote por sus propios medios.

Nitru, en cambio, se esforzaba arriba de la excavadora. La bestia de metal levantaba el largo cuello y volvía a bajarlo, como sedienta de agua sucia. Era una excavadora de múltiples usos, también capaz de trabajar como pala mecánica, como perforadora con la cuchara invertida, como aplanadora y como grúa con cuchara dentada o con cuchara de arrastre. Pero por más que el joven maquinista hiciese girar las llantas articuladas, no conseguía sino enterrarlas más profundamente en la tierra mojada, mientras la cuchara subía y bajaba a lo largo del brazo, con ruidos groseros, casi en un vano pedido de auxilio a la ignota divinidad que rige la suerte de estas máquinas. Atanassim hizo un gesto de desdén y dio la espalda a la engañosa aunque intensísima actividad de sus colaboradores: su ineficiencia empezaba a hartarlo.

Tuvo la suerte de encontrar enseguida un teléfono público, al lado de un quiosco de diarios cerrado herméticamente. También la cabina era de tipo hermético; una vez adentro el capataz tuvo que salir a toda prisa porque en el interior hacía tanto calor como para modificar la velocidad del sonido, lo que tal vez habría distorsionado la conversación.

Desde afuera de la cabina marcó entonces el número de la Dirección de Aguas Corrientes, cuyas oficinas estaban, por otra parte, casi todas cerradas por vacaciones.

Nadie sabía decirle algo concreto acerca de la llave que buscaba. Cada vez que lograba hablar con alguien, el interrogado se limitaba a darle otro número; nadie parecía saber dónde estaba ubicada la llave maestra, no sólo de esa zona, sino de cualquier otra zona de la ciudad. Por fin, después de unas veinte o treinta tentativas infructuosas que le llevaron buena parte de la mañana, dio con un viejo ordenanza capaz de responder a su pregunta.

La llave estaba escondida, dijo, en el sótano de una zapatería. En la pared, a la izquierda, detrás de un antiguo reloj de pie, había un agujero. Apartando el reloj, debía meter el brazo en el hueco: bien en el fondo, en una especie de orificio o recoveco oblicuo que se abría hacia la derecha, encontraría la llave. Pero esta llave era bastante dura de mover; lo mejor era usar una llave inglesa. Obviamente la habían escondido en ese lugar, como por otra parte estaban escondidas todas las demás llaves de paso que abastecían de agua a la ciudad, para evitar que al primer bromista o persona de índole chistosa que pasara por allí se le ocurriera dejar sin agua al barrio entero, aprovechando la circunstancia de que en verano la mayor parte de las casas y los negocios quedaban vacíos, y la vigilancia de las calles disminuía hasta volverse invisible, cualidad que suele atribuirse a los fantasmas.

Atanasim dio las gracias al ordenanza, y estaba a punto de pedir más indicaciones acerca de la exacta ubicación del negocio en cuestión, cuando un fuerte estruendo, que parecía provenir de la plaza, lo obligó a interrumpir el diálogo. Regresó corriendo a la obra, con el pecho oprimido por algo que más que un presentimiento era una certeza.

En efecto, apenas estuvo en la plaza, un espectáculo desalentador se presentó ante sus ojos: la fachada entera

de la iglesia se había derrumbado encima de la excavación llena de agua. Carcomido por el flujo líquido el estrato arcilloso sobre el que se apoyaba la parte exterior del edificio, todo el frente se había desmoronado, dejando a la vista maravillosa de los etruscos el techo fastuosamente decorado con las Plagas de Egipto, la santa en su relicario de vidrio y caracoles, el altar de mármoles preciosos, los retratos de Judith y Jezabel locas de alegría cada una con su general, y el ábside con sus mosaicos dorados estilo Segundo Imperio.

Allí donde antes se extendía un tranquilo charco de agua turbia, con cadáveres en vez de cisnes, ahora se levantaba una torcida montaña de escombros, entre los cuales todavía asomaba distraídamente un pie por aquí, una mano adulescente de sexo femenino por allá, ya pálidos por la larga espera. Bajo el peso de la majestuosa fachada arábico-gótica, el agua del charco había desbordado en todas direcciones; ahora gran parte de la plaza estaba cubierta de un limo viscoso, y una de las muertas, tal vez más preparada para la navegación que las demás, había ido a parar junto al brazo de la excavadora, también irremediablemente inmersa en la ciénaga o laguna general.

El capataz no pudo evitar fruncir el entrecejo ante este nuevo obstáculo; luego se dirigió lentamente hacia la excavación del templo, que había quedado sin terminar en el centro de la plaza. También este agujero estaba ahora lleno de agua, si bien la gran roca de granito que Menio no había conseguido arrancar sobresalía aún sin tocar el agua. El derrumbe no había resuelto, por cierto, el problema del caño roto, que muy probablemente seguía lanzando agua, imperturbable bajo los cascos; a menos que el desmoronamiento de esa masa enorme de escombros lo hubiese, paradójicamente, obturado. Con un

salto Atanassim cruzó el charco de barro líquido y se sentó a reflexionar sobre la roca.

El capataz creía con fervor en el poder del pensamiento. Después de todo, el mundo de los hombres es un mundo pensado, no una acumulación de hechos materiales sin orden ni sentido. La Historia, al menos lo poco que sabemos de la Historia, lo demuestra: el pensamiento siempre había impuesto un orden a los hechos, los había creado de la nada para luego someterlos. A veces, en circunstancias muy especiales, puede parecer que los acontecimientos recobran su antiguo predominio y se precipitan sobre las vidas de los hombres como una horda de bárbaros al galope, destruyendo brutalmente a su paso el resultado de décadas y aun de siglos de perseverancia humana. Pero ésta es una ilusión: también los bárbaros son hombres, también su carrera al galope es un acto de voluntad, y el poder de un pensamiento suficientemente fuerte, por ejemplo el de un sacerdote que los enfrenta armado únicamente con las insignias mágicas de su religión y les dice: "Este río no lo vadeareis", muchas veces basta para detener y alejar a ejércitos enteros de invasores.

Atanassim estaba inmerso en estos pensamientos cuando llegó Nitru y le anunció que los etruscos se habían fugado.

"¡Mejor así!", exclamó airado el capataz.

Cuando estuvo más tranquilo agregó que los negros no podían haber ido muy lejos, y que probablemente estarían de vuelta dentro de media hora. Luego agregó que a esos etruscos era mejor perderlos que encontrarlos. Después agregó que de todos modos tenían que encontrarlos. Mientras el muchacho se alejaba, Atanassim se preguntó: ¿qué habrían hecho en su lugar los famosos constructores de los templos de la antigüedad, el

arquitecto del Partenón, el ingeniero de las Pirámides, el proyectista jefe del Coliseo?

Esos grandes hombres habrían empezado por procurarse un equipo de trabajo a la altura del encargo. Lamentablemente esta solución era cada vez menos factible. Aparte de la casi absoluta imposibilidad de conseguir un albañil, aun mediocre, en pleno verano, aparte de la imposibilidad acaso mayor de conseguir una cuadrilla de etruscos, en tierras donde a decir verdad ni siquiera se recordaba la presencia de un solo etrusco de carne y hueso, quedaba la cuestión del amor propio. ¿Qué diría el día de la inauguración del monumento la gente reunida en la plaza, qué dirían los embajadores extranjeros y los altos funcionarios del Estado, empenachados y literalmente cubiertos de galones y cordones de oro de pies a cabeza, los ministros y consejeros municipales, sentados entre banderas, escarapelas y borlas en los palcos adornados de terciopelo azul, si de pronto se corriera la voz espantosa de que en realidad el templo no había sido construido por verdaderos etruscos? ¿O peor aún, que el arquitecto había tenido que renunciar al proyecto primitivo porque no era capaz de imponer su propia voluntad a sus subordinados, habiéndose visto obligado en varias ocasiones a mendigar por las calles de la ciudad la colaboración de albañiles profesionales, y esto solamente porque los etruscos—así se deforma la verdad en boca del vulgo—lo habían plantado en la mitad del trabajo, por incompatibilidad de caracteres o quién sabe por qué otro motivo?

No, la solución no era ésa, de ningún modo. Como el alpinista que en el momento mismo en que cree haber llegado a la cumbre de la montaña—cuando ya se extiende ante su ojos, que recorren ávidamente los cuatro puntos cardinales, el paisaje inmenso de los hielos inmóviles entre

XIII

LLEGADA DE LA MADRE DE ATANASSIM.
VANO INTENTO DE PERSUASIÓN.
LA VÍBORA TERAPÉUTICA.
LA CARPA SE DESPLOMA.
EL CAPATAZ Y NITRU HACEN SALTAR LA PUERTA
DE LA ZAPATERÍA.

las nubes móviles— siente ceder bajo sus pies el clavo de hierro o la saliente de piedra que hubiera debido acercarlo a la meta; y a pesar de ello, con un esfuerzo sobrehumano, con la sola ayuda de las manos y de las rodillas ya desgarradas y sangrientas a fuerza de frotarse contra el granito, logra finalmente encaramarse hasta la cima abrupta, reino absoluto de los vientos, que ninguna planta humana ha hollado jamás en toda la Historia de los tiempos; así Atanassim, librándose del último jirón de baja humanidad que aún entorpecía sus movimientos, con la pura fuerza de su pensamiento logró conquistar esa cumbre de perfecta claridad que sólo los grandes creadores pueden alcanzar. En efecto, había comprendido el sentido supremo de ese atávico deseo de construir, cualquier cosa, lo que fuese, aun cuando todo se derrumbe alrededor, aun cuando los puros y los inocentes caigan, no menos que los impuros y los malvados, derribados por un destino irracional, y estemos cada vez más solos, y las aguas que brotan de la tierra y del cielo amenacen con destruirlo todo incluso antes de haber podido empezar.

Había decidido, por decirlo en una palabra, construir el templo. Es decir, construirlo a cualquier precio, sucediera lo que sucediera: aunque la plaza quedara convertida en un laberinto de zanjas, pozos y trincheras, aunque todos los edificios circundantes se desplomaran en el vacío, aunque el mundo entero se viniera abajo. Cuantas más torres se derrumbaran, más alta y más solitaria, más esbelta y más espléndida sería la suya. Y si todo lo que se veía en torno estaba destinado a desaparecer, a borrarse y a quedar reducido a polvo, su templo en cambio había sido elegido por el destino para ser el faro de las generaciones futuras; para ser el templo, con perdón de la expresión, del empeño humano.

No había duda de que el agua continuaba brotando. En el barro denso de la excavación que había invadido la obra en el momento del derrumbe de la fachada, se abrían paso tres o cuatro arroyitos serpenteantes, que se cruzaban y se extendían como otros tantos riachuelos entre los muchos y variados obstáculos dispersos en la plaza, para confluir finalmente bajo la Puerta de los Caracoles, donde ya estaba formándose otro laguito, más ancho pero mucho menos profundo que el surgido la noche anterior frente a la iglesia, ahora colmado. Atanassim reflexionó que los cambios del paisaje son a veces lentos, y otras veces violentos: la actividad de la naturaleza no obedece a reglas. Luego se puso de pie, llamó a Nitru y le pidió que lo acompañara a buscar la zapatería.

Había bajado de la excavadora al fango y estaba por alcanzar al maquinista, que entretanto había quedado atrapado dentro de un charco de alquitrán convertido en una trampa a causa del barro que lo cubría, cuando detrás de un montículo de puzolana vio recortarse una sombra oscura sobre el azul denso, casi violeta del cielo. El capataz reconoció un perfil que le era familiar: esa protuberancia negra era en efecto la cabeza de su madre. La reverberación de la luz canicular cubría como un velo amarillo las facciones de la anciana, habitualmente paradigma de bondad y de dulzura, si bien en ese momento, vistas así, a contraluz, parecían distorsionadas por una horrible mueca de sufrimiento. Muy lentamente, tras la cabeza emergió el busto, después dos manos arrugadas que se crispaban convulsivamente sobre la puzolana.

Con voz todavía potente, la madre del capataz exclamó:

"¡Atanassim, hijo mío! ¡Por fin te encuentro!"

De la sorpresa Atanassim también se hundió en el alquitrán, y ahora trataba de salir de allí con la ayuda de Nitru; mientras tanto su madre se había deslizado desde lo alto del resbaladizo montículo y estaba tendida frente a ellos sobre el piso mojado, con los brazos apenas abiertos, en actitud de súplica, y los ojos llenos de lágrimas. Mientras los dos constructores se enterraban recíprocamente, la buena señora permanecía en la actitud de la foca que espera su pescado cotidiano. El capataz tuvo la impresión de que su madre no había llegado hasta allí caminando, como las demás personas, sino arrastrándose por el suelo, en parte debido a la artritis, y en parte porque el presente estado de confusión de los alrededores no facilitaba por cierto la locomoción, sobre todo tratándose de una mujer de edad tan avanzada y para colmo de mal carácter. Y sin embargo había logrado arrastrarse quién sabe cuántos kilómetros sin ensuciarse; su voluminoso vestido de viuda, modesto pero como siempre impecable y prolijamente planchado, no mostraba una sola mancha, ni siquiera una partícula de tierra o de barro. Así había sido siempre, pobre pero limpia.

Atanassim y el mecánico la ayudaron a levantarse, luego la acompañaron hasta la entrada de una de las carpas. Al llegar a la carpa la señora se negó a entrar en ella cuando vio la suciedad y el desorden que alegraban el interior; pero finalmente tuvo que ceder, dado que no podían ofrecerle otro lugar donde refugiarse. Se dejó caer pesadamente sobre uno de los catres de campaña, pero no sin antes haber sacudido todo con un trapo y desinfectado el ambiente con un pequeño vaporizador que siempre llevaba consigo en un gran bolsillo entre los pliegues de la falda. Atanassim enrolló una frazada a manera de cojín y sobre esta almohada

improvisada su madre apoyó por fin la cabeza con un largo suspiro. Inmediatamente después comenzó a hablar sin detenerse ni permitir, como por otra parte hacía siempre, interrupciones de ninguna clase.

Quería morir, dijo, al lado de su hijo. En el preciso momento en que se preparaba para salir de casa, decidida a atravesar por primera vez en su vida la ciudad entera con tal de llegar hasta su hijo vagabundo, tuvo el claro presentimiento de que ese viaje sería el último para ella; pero cualquier cosa era preferible a la desagradable idea de tener que morir sola en su departamento, asistida solamente por la costurera mongoloide que era la única vecina que quedaba en el edificio. ¿Quién que tenga un hijo se resigna, preguntaba la señora a la cuerda que sostenía la parte superior de la carpa, a morir solo? El que ha recibido todo de su madre, sin dar nada a cambio, agregó maliciosamente, sin duda tiene la obligación de alegrar sus últimos momentos, tal vez haciéndole unos pasitos de baile gratuitos o una imitación lograda de algún conocido; o bien, si no sabe hacer otra cosa, secarle la frente o los labios de tanto en tanto, supremo homenaje de la vida que se queda a la vida que parte.

Después continuó hablando profusamente de su enfermedad, de los dolores que sentía en el vientre y del médico de los pobres que en su opinión no era un buen médico; al contrario, para decirlo con franqueza, era un estafador. Pero ella se había conseguido por su propia cuenta una viborita mágica y se la había atado alrededor de la pierna; y mientras decía esto mostró a los presentes la grácil serpiente, verde con pintas negras, enroscada alrededor del muslo reseco. Agregó que gracias a la víbora había revivido pero que de noche era un enorme fastidioso porque caminaba, metía la cabeza en los orificios, etcétera. Ahora parecía dormida.

"¿Y qué come?", preguntó Nitru con curiosidad.

La madre respondió que comía lo que encontraba; después quiso saber enseñada quién era ese muchacho, pero cuando Atanassim empezó a explicárselo lo interrumpió atropelladamente, como quien acaba de recordar algo importante:

"¡Me dijeron que has dejado tu empleo en la Compañía Telefónica y que ahora trabajas con los turcos!"

Atanassim corrigió:

"Etruscos, mamá."

"Te he dicho mil veces", prosiguió la señora, "que 'más de un oficio es prueba de poco juicio'. Tu padre, tu abuelo, tu bisabuelo, trabajaron con los teléfonos; mi hermano murió en un cortocircuito. Si te hubieras quedado en tu puesto, dentro de algunos años te habrían dado tu pensión, y un triciclo para salir a pasear, en vez de la bicideta."

Atanassim dijo:

"Debo construir un templo, mamá."

Al oír esto la madre se puso a gritar:

"¡Un templo! ¡Como si no hubiera bastantes! El mundo está lleno de templos; sin ir más lejos hay uno en la esquina de casa. Vuelve, hijo querido, vuelve, y hablaré con la hija del portero de la Compañía, ella puede recomendarte y verás cómo te reincorporan. Te habrás dejado embaucar, como de costumbre; siempre creíste que sabías hacer un montón de cosas que no sólo no sabías hacer sino que ni siquiera querías hacer. ¡Un templo, nada menos! ¡Y justo ahora que te había encontrado una muchacha decente!"

Atanassim contestó:

"No estoy buscando una muchacha, estoy buscando la llave maestra de las cañerías de agua de la zona. Mira

debajo de la cama; está todo inundado. Desgraciadamente me han dicho que está debajo de una zapatería."

"Ni se te ocurra casarte con una llave de agua. Pero volviendo a la Compañía Telefónica..."

En este punto el discurso ininterrumpido de la madre fue interrumpido por un paño que cayó sobre su boca cubriéndola y cubriéndolos por completo. Había sucedido que Oscar, curioso como sus compañeros, había salido de la alcantarilla donde estaban escondidos y se había acercado a la carpa para espiar; pero de pronto, mientras estaba espiando, una pulga lo había picado en la espalda, donde no podía rascarse con la mano; entonces, para rascarse la espalda había arrancado una de las estacas o palos clavados en el asfalto con el fin de sostener la carpa y ésta se había abatido sorprendentemente sobre las tres personas que estaban adentro. Inmediatamente después el negro salió corriendo a esconderse de nuevo en la alcantarilla.

Apenas Atanassim y Nitru lograron librarse de la maraña de sogas, pusieron manos a la obra para volver a armar la carpa, mascullando recriminaciones contra los invisibles obreros por su curiosidad y falta de educación. Pero cuando el capataz se introdujo de nuevo en la carpa encontró a su madre profundamente dormida, como un oso en su cueva. Todo a su alrededor brillaba bajo el sol: una viscosa Finlandia de barro, charcos y arroyuelos zigzagueantes entre los montículos de cemento, cal y puzolana ya inservibles. Había que detener de alguna manera ese flujo de líquido, de lo contrario también las herramientas podrían quedar inutilizadas. Ya que su madre, obviamente cansada después de haber recorrido tantos kilómetros con la sola ayuda de manos y rodillas, continuaba durmiendo plácidamente encima de las aguas,

Atanassim se munió de una llave inglesa, como le había aconsejado el viejo ordenanza, y se encaminó en compañía de Nitru a la zapatería, cuya dirección había obtenido previamente de la Guía Verde de la Asociación de Comerciantes.

Al llegar al negocio, los dos constructores lo encontraron cerrado, como por otra parte estaban cerrados por vacaciones todos los comercios del barrio. Lamentablemente la puerta de la zapatería era una puerta de hierro, empujada en un marco macizo, también de hierro, y ni siquiera con una gruesa palanca hubieran podido desquiciarla; Atanassim tuvo que volver en busca de un explosivo para forzar la puerta. Sobre el armario de la carpa donde dormía mercedamente su madre, había un cajón de madera pintada de rojo, que en su interior tenía los explosivos: tritol, algodón pólvora, nitroglicerina y otras potentes sustancias similares que se usan en el ramo de la construcción y de la destrucción. Sin despertar a la señora, el capataz tomó dos cartuchos de dinamita y regresó a la zapatería.

Los tres etruscos fugados habían estado escondidos todo el tiempo en la alcantarilla, inundada sólo hasta la mitad, porque en esa parte el agua contaba con diversos desagües y así como llegaba se iba. Aburridos de jugar a la patinada sobre el limo aceitoso de las galerías, cada tanto se asomaban a las rejillas para espíar los movimientos del capataz. Atraídos en cierto punto por su ir y venir atareado, apenas lo vieron salir con la dinamita salieron también ellos del subsuelo y comenzaron a seguirlo, naturalmente a escondidas; y estaban observándolo desde sus escondites cuando hizo volar por el aire la puerta del negocio. El estampido, sin embargo, los tomó de sorpresa: Astor y Menio corrieron a refugiarse en un zaguán, Oscar en cambio se echó de boca al suelo, y

empezó a pedir clemencia a gritos a sus extraños dioses. De hecho era la primera vez que asistían a una explosión semejante. Pero Atanassim no lo advirtió, porque ya había entrado en el local, y Nitru estaba de vuelta en la plaza, junto a la excavadora.

XIV

EN EL PATIO DE LA ZAPATERÍA.
EL CAPATAZ BAJA AL POZO.

LA PUERTA TRAMPA Y LOS CUARTITOS DE DIVERSIONES.

UNA LECCIÓN DE HISTORIA NATURAL.

APARICIÓN DE NITRU EN CALIDAD DE FANTASMA.

ATANASSIM PIERDE EL SUELDO.

LOS FURORES DEL MAGO CADDIOZ.

El interior del negocio era fresco y oscuro. Poco a poco el capataz empezó a vislumbrar los vagos contornos de los mostradores cubiertos de zapatos de toda forma y tamaño, ya grises por el polvo que los cubría, que en esa atmósfera fresca pero añeja oían fuertemente a cuerina y a cartón mojado. Junto a las paredes se apilaban hasta el techo las columnas de cajas: a la derecha los zapatos de mujer y a la izquierda de hombre, mientras que en el fondo del salón, en cajas más pequeñas, se atisbaban los zapatos de niño. La puerta del sótano, sin embargo, no se veía por ninguna parte; sólo había una puerta en la trastienda que daba a un largo patio oscurecido por una parra cargada de racimos de uva todavía verdes.

Las altas paredes del patio estaban casi enteramente recubiertas de enredaderas, pero no se veía el menor rastro de una salida de cualquier tipo. Atanassim se detuvo a reflexionar: no sabía qué camino tomar. Tal vez se había equivocado de tienda, pero luego recordó que el viejo le había dado indicaciones muy precisas. Es más, hasta le había advertido que no encontraría tan fácilmente la entrada del sótano; era un secreto que pocas personas conocían y que él no le podía revelar, por un juramento que había hecho ante la Virgen, muchos años antes, cuando todavía era empleado de oficina, o sea antes de que lo nombraran ordenanza a causa de una enfermedad que le había arruinado el riñón izquierdo.

El capataz miró a su alrededor: no había ninguna otra puerta o escotilla. Al salir de nuevo al patio, advirtió que en el centro había un aljibe. Apenas lo vio, Atanassim

comprendió que la vía de acceso —siempre y cuando allí existiera un sótano— debía de estar dentro de ese aljibe, única comunicación visible entre el mundo de la superficie y el mundo subterráneo. La entrada debía de encontrarse en el fondo del pozo, o bien en uno de sus lados. Sin pensarlo dos veces, se trepó al aljibe y comenzó a descender; a la derecha y a la izquierda, entre helechos y líquenes, en realidad entre los ladrillos, se divisaban numerosos huecos regularmente espaciados y que sin duda estaban allí para meter en ellos los pies.

El agua estancada en el fondo, como un espejo amenazante, reflejaba las hojas de la parra y a través de ella un cielo violeta. El pozo debía de ser profundo, pero no era fácil calcular cuánto: parecía que la escalera bajaba sin fin hacia el centro de la Tierra. De pronto Atanassim apoyó el pie sobre un ladrillo flojo, trastabilló y habría caído si no se hubiese aferrado a ciegas a una especie de manija oxidada que se dobló rechinando bajo el peso de su cuerpo. Era la manija de una puerita de metal, escondida en la pared del pozo. Atanassim permaneció un instante suspendido en el vacío colmado de cielo y hojas, con las piernas separadas. Luego la puerta cedió y el capataz cayó de costado en la oscuridad total de un túnel abierto en la tosca del subsuelo.

En la caída se había lastimado una rodilla, desgastrándose el pantalón. Rengueando avanzó por el túnel, húmedo y sofocante, apenas iluminado por unos pocos rayos de luz tenue que se colaban a través de las hendidias de unas puertas de madera. Estas puertas, casi todas cerradas, se alineaban a intervalos regulares a la derecha del túnel y daban a otros tantos cuartitos todos iguales y todos al parecer vacíos.

En cierto momento, sin embargo, el espeleólogo divisó en uno de estos cubículos a un viejo hundido en un

sillón cubierto de telarañas. En la penumbra, la cabeza del hombre parecía la cabeza de un fantástico pájaro de las nieves, tan cubierta estaba de largos cabellos blancos que le caían sobre los hombros y se perdían en la albuira de una barba reluciente como la seda de un vestido de novia. El viejo dijo:

“Entren, entren, muchachos. ¿Les gusta la Ciencia Experimental? ¿Han visto qué oscuridad? Son las horas pico. A pesar de eso los oigo, y no necesito verlos para saber cómo son: largos tentáculos sonoros los traen hasta mis oídos, y si es cierto que nada hay en nosotros que no haya entrado primero a través de los sentidos, puedo decir que ustedes han penetrado en mí por el oído. Otros fenómenos penetran en mí por el tacto.”

Atanassim, convencido de que estaba solo, lo que volvía bastante superfluo el plural, le dio una moneda de veinticinco centavos y el viejo enseguida dio comienzo a su disertación:

“Habitualmente conviene empezar por el principio, pero en ciertos casos es mejor empezar por el final; por ejemplo, si queremos pintar un perro de verde, tal vez convenga comenzar por la cola, porque con esa parte no muere...”

“Veamos ese experimento”, protestó Nitru, que sin embargo no estaba presente.

Atanassim tuvo la impresión de que se trataba de un vulgar fantasma.

“Está bien”, dijo el viejo, “pero cuando uno está nervioso los experimentos pueden salir mal.”

Después trató de levantarse, arrodillándose con gran esfuerzo sobre el sillón con telarañas, y empezó a explicar, aferrado a un palo:

“Es un experimento muy interesante, sólo que requiere un poco de tiempo. Observen bien. Aquí tenemos

este palo clavado en el suelo, y en la punta del palo hay una ballena de corsé que termina en este aro. Del palo, como pueden ver, pende una cadena, y colgada de la cadena esta bola de hierro. Observen bien. Si suelto la bola y la dejo en libertad, la bola cae, ¿no? Bien. Si ahora doblo esta ballena de corsé y la introduzco en este aro, la ballena queda doblada, ¿no? Y si la dejo en libertad vuelve a su forma anterior, ¿no? Muy bien: ahora presten atención. Si dejamos la ballena doblada, después de un cierto tiempo su fuerza se agota, y la ballena ya no vuelve a su posición anterior: queda doblada. Lo mismo debería suceder con la bola. La ballena se ha acostumbado a estar doblada, y ya no puede enderezarse. ¿Por qué no debería acostumbrarse la bola a estar colgada? Una vez que se ha acostumbrado definitivamente, ya no podrá caerse."

Atanassim preguntó cuánto tiempo llevaba acostumbrar a la bola a no caerse, y el viejo respondió:

"Mili años por lo menos, para empezar. Después se la suelta, con cuidado, y si por casualidad todavía manifiesta una leve tendencia a la caída, se la vuelve a colgar y se la deja tranquila por mil años más, hasta que se acostumbra del todo."

De pronto el inexistente Nitru y el existente Atanassim advirtieron que, debajo del blanco colchón de barba y pelos que lo envolvía casi por completo, el viejo se había dormido; obviamente la ciencia experimental lo cansaba. Nuestros *Wanderschüler* salieron en puntas de pie, sin hacer comentarios; dos puertas más adelante, en otro cuartito, se toparon con una joven sentada delante de una mesita.

La muchacha les hizo señas de que entraran. No era fea, o no lo habría sido si una enorme nariz ganchuda como el pico de un buitre no le hubiera alterado bastante la armonía de sus proporcionadas facciones. Una capa de polvo de arroz le cubría la cara, como una máscara; llevaba

el pelo recoigido bajo un pañuelo de seda con escenas de París estampadas, con las correspondientes leyendas: Rigalle, Panthéon, Montmartre. El capataz entró en el cuartito y la joven le preguntó con voz grave y cortés:

"¿Tiene dinero encima?"

De hecho Atanassim tenía en el bolsillo casi todo el sueldo del mes, porque desde que se había instalado en la plaza del templo no había gastado casi nada, ni tampoco había tenido ocasión de entregar la parte debida a su madre, como solía hacer al comienzo de cada mes. Por lo tanto respondió afirmativamente. De un cajón la muchacha sacó un cubilete con tres dados. Un paño verde oscuro cubría la mesita.

"¿Quiere jugar?", preguntó la joven timadora al capataz.

"¿Cómo es el juego, hermosa señorita?", preguntó Atanassim.

La señorita respondió:

"Me llamo Perla, pero puede llamarme como prefiera: Joya, o Cola, o bien Trip, como me llaman los clientes. El juego es sencillo: usted hace una apuesta y elige un número, del uno al seis; yo tiro los tres dados; si su número sale una vez, le pago la apuesta, si sale dos veces, le pago doble, y si sale en los tres dados le pago triple. Si no sale, me quedo con el dinero."

Atanassim hizo un cálculo rápido; la lógica parecía favorecer al jugador antes que a la banca. Como la probabilidad de que un número determinado saliese en un dado sólo era de un sexto, con tres dados la probabilidad de que saliese en uno de los tres era de tres sextos, o sea un medio. Eso quería decir que en condiciones normales ninguno hubiera perdido ni ganado; pero debido a que en ciertos casos las ganancias eran dobles o aun triples, el jugador tenía ventaja.

Aceptó entonces la propuesta de la muchacha. Pasaron todo el día allí, jugando, si bien en esas profundidades no existían los días ni las noches, por eso el tiempo podía transcurrir como se le antojara: hacia adelante, hacia atrás, o bien permanecer detenido en un punto cualquiera del cuadrante. Uno tras otro, inexplicablemente, Atanassim perdió todos sus billetes, que la solícita cajera se embolsaba impasible. Primero fue el dinero para la comida, después la cuota mensual de la máquina de coser, después el alquiler del departamento y finalmente la pequeña suma que el telefonista se reservaba cada mes para sus gastos personales.

Atanassim no podía objetar que los dados estuvieran cargados, puesto que en cada jugada podía elegir el número que quería, lo que volvía superflua la sospecha. Cuando vio desaparecer su último billete, se levantó y se ajustó el cinturón de los pantalones; parecía bastante disgustado. La muchacha sonreía aún, con simpática matizada de lástima. Tal vez molesto por ese atisbo de compasión, el capataz le preguntó bruscamente:

“¿Y no se cansa de estar siempre ahí sentada, día y noche, jugando a los dados con el primero que pasa?”

“No: para empezar tengo una pierna ortopédica”, respondió ella levantándose la falda y mostrándole una pierna de aluminio de excelente calidad y factura, “y por otra parte no son tantos los que pasan por aquí. A veces me paso semanas enteras sin ver un cliente. En verano, a decir verdad, no hay mucho movimiento en este corredor. Pero en invierno, cuando todos los cuartos de diversiones están abiertos, es otra cosa. La gente se juega hasta la camisa.”

Atanassim, todavía malhumorado, dijo:

“Yo no vine para jugarme la camisa. Ni mucho menos para jugarme el sueldo entero. Vine en busca de la llave

de paso del agua: debe de estar por aquí. Pero ¿me puede decir cómo hace para ganar siempre? Según mis cálculos usted debería perder.”

Acariciándose coquetamente la pierna de aluminio, la muchacha contestó:

“De ningún modo. Ahora le explico cómo se hace el cálculo. La probabilidad de que un número no salga en el primer dado es de cinco sextos; la de que no salga ni en el primero ni en el segundo es de cinco sextos por cinco sextos, es decir veinticinco treintayseisavos; la de que no salga ni en el primero ni en el segundo ni en el tercero, es entonces de veinticinco treintayseisavos por cinco sextos, o sea ciento veinticinco doscientos-dieciseisavos. Como ciento veinticinco es más de la mitad de doscientos dieciséis, al final siempre gana yo, a pesar de que a este triunfo teórico haya que restarle el premio a los números dobles y triples, que en realidad no es tanto. Sea como fuere, yo gano un promedio de dieciocho pesos por cada doscientos dieciséis pesos que usted apuesta: o sea, más del ocho por ciento.”

“Tendría que haberlo pensado antes”, dijo Atanassim con amargura, “pero siempre me pasa lo mismo: tengo tanta confianza en el poder de la lógica, que aun cuando todo me sugiere la conveniencia de poner en duda alguna de mis convicciones, prefiero persistir en el error antes que dudar de la corrección de mis razonamientos.”

“Hay que ser más pragmáticos”, dijo Perla, irónica. Atanassim, que en vez de “pragmáticos” había entendido “dramáticos”, lanzó un profundo suspiro, pensando en el sueldo perdido. Después preguntó:

“¿Y dónde está ese famoso grifo? Se ha hecho tarde, debo encontrarlo enseguida.”

La muchacha respondió:

“Al fondo del corredor debe de estar la entrada al

sótano. Por lo menos así me han dicho: yo no salgo nunca. Usted no va a creerme si le digo que nunca he bajado al sótano; y sin embargo parece que allí organizan lindos conciertos. Pero no hay otras salidas; mejor dicho, están las puertas de nuestros cubículos, pero ninguna tiene salida. El de al lado es el cuarto del mago Caddioz, el hombre más sabio bajo la tierra."

El capataz se despidió de la solitaria Perla, tan agradecido por la información como ingrato por la pérdida del sueldo, y salió del cuchitril. El fantasma de Nitru se había quedado dormido junto a la puerta, en una silla de hierro abandonada probablemente por algún minero. En el cuartito contiguo, la luz estaba encendida; Atanassim llamó a la puerta, y un hombre de voz melodiosa le dijo que entrara.

El hombre estaba vestido a la manera convencional de los magos del teatro de variedades, con un manto ornado de estrellas sobre el cual se vislumbraban los diversos animales y símbolos que unidos forman el zodiaco, y en la cabeza llevaba un sombrero en punta en cuyo extremo brillaba una medalluna de latón. Sentado delante de su mesita, respondió al capataz que le había preguntado si esa era la habitación del sabio Caddioz.

"Sí, es verdad, en este minúsculo nicho está encerrada toda la sabiduría del universo. Pero no hablemos de eso. Aquí la Cábala revela los secretos de Orfeo y el cálculo de probabilidades la transmigración de las almas. Aquí he estudiado durante años, en este silencio, las misteriosas causas que tan misteriosamente rigen los actos de los hombres. Antes de ayer, por ejemplo, descubrí cuál era la palabra con que la bruja Circe convertía en animales a los seres humanos. Pero no hablemos de eso."

Atanassim quiso conocer la palabra, y el mago se la dijo: "La fórmula es ésta: 'Háblame de ti'. Apenas se los

hace hablar de sí mismos, los hombres se vuelven cerdos, conejos, cuervos y algunos, muy pocos, leones y tigres. Sin embargo, la mayoría de las veces se transforman en ratones o en cucarachas. Pero no hablemos de eso. Un gran desastre amenaza a la Humanidad, por eso me he refugiado aquí abajo. El hombre ha dejado de adorar a los dioses que lo crearon, y ahora venera las obras de sus manos. No debía fabricar nuevos ídolos, pero lo han inducido a fabricar el automóvil, y ahora lo venera: ¿qué otra cosa podía hacer?"

Ante esta idea el mago dio vuelta los ojos hasta dejarlos clavados en un blanco permanente:

"Por eso, hijo, la belleza está condenada a desaparecer de la faz de la Tierra. Nuestra era, de ahora en adelante, deberá llamarse la era de la vulgaridad. Es el triunfo de los pinches, no sé si me entendéis. ¡La soñadora aristocracia que protegía a los luthiers y a los orfebres se consume, disecada, y la música de las esferas ha sido reemplazada por el zumbido de las aspiradoras! ¿Y esa moda de llamar a las vacas al establo por teléfono? Pero no hablemos de eso."

Sonriendo maliciosamente, bajó la voz para confiarle un secreto:

"¿Queréis saber los nombres que inventé para los días de la semana? Desesperado (que sería el domingo), Triste, Desolado, Lúgubre, Desierto, Sombrío y Mortal. Las cuatro semanas, en cambio, las llamaría así: Amarga, Lacrimosa, Lastimera y Atroz. ¿Queréis saber también los nombres de los meses? Aquí van: Espantoso, Horrendo, Penoso, Macabro, Terrible, Angustiante, Furibundo, Temible, Sórdido, Lóbrego, Sangriento y Cadavérico. *Parva tamquam cecidit ergo!*"

Atanassim no entendía demasiado el latín y por lo tanto tuvo que preguntarle qué significaban esas palabras sibilinas. El sabio respondió:

"Nada. Pero será mejor que no hablemos de eso. Ahora mi única esperanza son los bárbaros."

Y levantando los brazos bien en alto, con la cara enrojada, cada vez más exaltado, dirigiéndose cada vez más a los bárbaros, exclamó:

"¡Venid, hordas crueles! ¡Traspasad a mis enemigos! ¡Rebelaos, demonios, y aplastad bien los televisores, sobre todo los que son a color! ¡Risotead esas grandes tiradas! ¡Mientras quede una sola estación de subterráneo en pie, no se dispersará el humo de las hogueras! ¡Malditos sean los científicos, las películas pornográficas y la industria pesada! ¡Malditos sean los centros de verano, en el mar como en la montaña! ¡Hécate, destrozad a los pollos de criadero! ¡Tisfone, envenenad las verduras congeladas! ¡Alecto, romped los cohetes! ¡Megera, perforad los caños!"

El sabio Caddioz parecía ya estar fuera de sí: como un águila enjaulada, hacía revolotear por el cuartito sus anchas mangas de mago, se golpeaba la cabeza contra las paredes y gritaba:

"¡Fuera! Ya llegará el día, ya llegará, en que todos ustedes me besaréis la punta de la verga, miserables e insípidos bochincheros! *Ad hominem! Perseverabunt!* *Conditii! Echidna!*"

Al ver el estado de furia del sabio, tan inexplicable como inesperado, Atanassim se fue, más perplejo que ofendido. Afuera lo esperaba el fiel fantasma de Nítru, a quien habían despertado los alaridos del mago. Ya no había más locales. En la densa oscuridad, Atanassim y el espectro tropezaron con una valija parlante, pero siguieron su camino sin prestarle atención.

XV

EL ESFÍNTER EN LA ROCA.
APARECEN LOS MICROBIOS DE OJOS BLANCOS:
ATANASSIM CIERRA LA LLAVE DE PASO.
PRIMER CONCIERTO DE INAUGURACIÓN DEL TEMPLO.
EL ENANO CON CABEZA DE CLAVO.
EL TECHO SE DESPLOMA.

El túnel terminaba en una especie de sala o antro, también excavada en la roca, delicadamente iluminada de azul; pero en esta sala no había nada que pudiera semejar una puerta. La única salida visible era un orificio circular, por lo demás poco visible, en la pared del fondo de la sala: una suerte de esfínter oscuro, situado a un metro y medio sobre el suelo más o menos, que se abría y cerraba rítmicamente. Del otro lado de esa abertura no se veía nada.

El hombre se distingue no obstante de los animales en muchos aspectos, ante todo por la tenacidad de su voluntad y por el coraje que es capaz de demostrar frente a lo desconocido; y aunque no siempre logre alcanzar su meta, sus aciertos suelen ser notables, lo que no puede decirse de los demás animales, en especial de los ruminantes y los tardígrados; al punto de haber merecido, el hombre, el nombre de fábula y maravilla entre las bestias. Lo que le importa es saber adónde quiere arribar; el cómo y el cuándo lo dispondrán su obstinación y el resto de sus bien conocidas cualidades. De todos modos, Atanassim no era de esos que se dejan impresionar por un agujero negro; esperó que el esfínter se abriera y elevándose del suelo con la fuerza de los brazos se metió en el orificio.

Del otro lado la oscuridad era absoluta, si se exceptúan los escasos rayos de luz que penetraban por el esfínter, cuando éste se abría. El capataz tuvo que atravesar a cuatro patas otro túnel bastante más angosto, de paredes blandas y aterciopeladas pero muy irregulares. Se preguntó si en

verdad no sería ése el sótano de la zapatería, lo que parecía poco probable, en principio porque se movía, y los sótanos generalmente no se mueven.

Es verdad que a veces la gente, por precipitación, por distracción, o por algún otro motivo, empieza a dar arbitrariamente un nombre equivocado a un lugar o a un objeto y luego este nombre se perpetúa de generación en generación, y ya nadie está en condiciones de distinguir entre el nombre y la cosa nombrada, hasta que un día llega alguien de afuera y exclama: "¡Pero esto no es eso!" y todos, como si despertasen de un sueño secular, se dan cuenta y quedan pasmados. Pero ese tubo rugoso e informe, que por momentos se angostaba tanto que los obligaba a él y al fantasma de Nitru a avanzar a cuatro patas, no parecía de todos modos un sótano.

A lo sumo parecía una cloaca, serpenteante y tenebrosa; una cloaca por suerte vacía, aunque a ratos los exploradores tropezaban con una mesita o con una silla. En cierto lugar, donde el pasadizo se ensanchaba, había incluso una camita de hierro olvidada, un simple armazón sin colchón. El capataz y el espectro del muchacho, que desde hacía varias horas vagaban bajo tierra, no pudieron resistir la tentación y se echaron a dormir una siestecita sobre el chirriante elástico de la cama. Pero la de ellos, aunque larga, fue una siesta agitada, llena de sueños repetitivos, como a menudo sucede a quienes duermen en sótanos faltos de aire. Cuando despertaron habían perdido por completo la noción del tiempo.

Reconfortado sin embargo por el merecido descanso, y ya bastante habituado a la insistente, aun irritante, presencia de su maquinista ausente, Atanassim retomó la exploración del túnel, siempre con la esperanza de descubrir en algún rincón escondido la anhelada llave de paso. De vez en cuando le llegaba un temblor lejano, como

el estruendo de una explosión remota, que sacudía la roca con un sonido triste e indescifrable.

El túnel parecía prolongarse como las pesadillas que suscitaba; el capataz y el ectoplasma ya habían recorrido un kilómetro, tal vez más, cuando de repente se encontraron frente a un esfínter similar a aquél por donde habían entrado. También este segundo agujero se abría y cerraba con lenta regularidad, dejando filtrar una especie de resplandor verdusco que centelleaba ante los ojos de los viajeros como una tenue promesa de felicidad, esa felicidad indefinible, casi siempre falsa, que a veces parece anunciarse en la desembocadura de los túneles.

El segundo esfínter se dejó atravesar sin dificultad. Del otro lado del orificio se abrió un vasto salón, con forma de berenjena o de largo zapallo curvo. En el centro del recinto había sido levantada una tarima rectangular, de madera, con dos escaleritas a los lados también de madera, rodeada de una suerte de cortina de felpa roja, tal vez destinada a ocultar la estructura que la sostenía, y sobre la que estaba escrito, en letras luminosas: "Para un lavado bueno y barato, Marmil Venato."

Numerosos seres con cuerpo de microbio y cabeza de tortuga, de aproximadamente un metro de altura y envueltos en flotantes túnicas blancas, iban y venían por esa amplia sala subterránea, como criados atareados en decorar para una recepción el hall de un hotel de lujo. Atanassim se acercó a uno de estos seres, que en ese momento lavaba enérgicamente las paredes de la sala con un cepillo de mango largo y un balde con agua jabonosa, y le preguntó si por casualidad no era ése el sótano de la zapatería. El enorme microbio miró sonriente, o con algo que parecía una sonrisa en la cara, al capataz; después, con una amabilidad casi infinita, le señaló un agujero en el muro, a pocos pasos de distancia.

Cada tanto una fuerte explosión sacudía todo el recinto; ahora el ruido parecía provenir de la misma sala, y las consiguientes vibraciones eran tan violentas que provocaban la caída de uno ó más pedazos de techo. Luego de cada una de estas detonaciones, los microbios con cabeza de tortuga, envueltos en una nube de polvo y cascotes blancos, huían desfavoridos; pero después regresaban, meneando tristemente la cabeza, y se ponían a barrer los escombros del piso.

Cerrar la llave de paso era bastante fácil: bastaba introducir el brazo en el agujero que el microbio había señalado —el medidor ya no estaba, tal vez lo habían sacado para lavarlo—, buscar a tientas el grifo y apretarlo con la llave inglesa. Ahora el capataz, cumplida su misión subterránea, podía volver a la superficie. Había algo, sin embargo, en la incomprensible actividad de esos seres silenciosos que lo intrigaba: le habría gustado preguntarles quiénes eran, qué estaban haciendo, qué ceremonia secreta estaban preparando. Por otra parte, era consciente de las muchas horas que había perdido vagando por esos túneles. Su templo lo esperaba, sus etruscos —admitiendo que hubiesen regresado, admitiendo que fuesen etruscos— debían de estar preocupados, ansiosos de retomar el trabajo; su madre seguramente se había despertado, y tal vez en ese preciso momento se preguntara dónde se había metido ese hijo ingrato: su madre, que acababa de hacer un viaje tan largo sólo para verlo una vez más antes de morir. Atanassim debía regresar a la superficie, para colmo sin un centavo, por culpa de la muchacha de la nariz ganchuda, lo que entre otras cosas lo obligaría a pedir un anticipo de su sueldo; pero ¿a quién? Por otra parte, hacía quince o veinte horas que no probaba bocado.

Pero cuando Atanassim y su obstinado, inconsistente asistente estuvieron frente al orificio por donde habían

entrado poco antes, los esperaba un percance: ahora el esfínter estaba cerrado. Por más esfuerzos que hacía el capataz por introducirse en el agujero, no conseguía ir más allá de la cabeza: la blanda piedra le cerraba el paso, con su mordedura indiferente. Tendrían que buscar otra salida. La empresa no se revelaba fácil porque en el ínterin los microbios barrenderos habían tendido sobre las paredes de toda la sala un cortinaje de feipa roja suspendido de grandes ganchos de bronce brillante y ornados con elegantes moños de tela amarilla, también clavados sobre la roca. Es verdad que a la derecha había quedado un discreto sector sin cubrir aún por las cortinas, tal vez porque en esa parte los subterráneos encargados de la limpieza no habían alcanzado a terminar de lavar la pared con el cepillo; pero tampoco allí se veían orificios o agujeros de salida.

Intentar hablar con esos seres de ojos casi blancos era por otra parte inútil: no respondían a las preguntas, si bien procuraban remediar esta deficiencia con modales que revelaban la más exquisita amabilidad. Sea como fuere, no lograban ocultar su nerviosidad, cada vez que una nueva explosión hacía temblar el techo sobre sus cabezas. Los microbios barrenderos juntaban rápidamente los escombros más grandes; luego de lo cual acudían otros microbios, también vestidos con túnicas, a lavar el piso y a barrer el polvo calcáreo. En el centro de la sala, cinco o seis de estos seres se afanaban como condenados para subir a la tarima un pesado órgano hidráulico, de los que se usaban antiguamente, con sus candeleros, columnas retorcidas y abundantes molduras y medallones con las efigies de los organistas más famosos.

Erq evidente que estaban preparando un concierto; es más, según la opinión del asistente ausente comúnmente lacónico, se trataba nada menos que del concierto

de inauguración del templo etrusco; lo que era algo dudoso si se piensa que el templo no estaba terminado aún, pero también podía ser que se tratase de un concierto meramente propiciatorio. Delante mismo de la tarima habían colocado un cómodo sillón de cuero, y con indefensa cortesía ahora trataban de hacerle entender al capataz que ese apreciable sillón era para él.

Atanassim no se hizo rogar y estaba a punto de sentarse cuando se oyó una nueva y más fuerte explosión sobre el techo de la sala; un segundo después tres grandes piedras blancas cayeron sobre el sillón, cubriendo de polvo tanto al capataz y al espectro como a sus mudos amigos. Pero no habían pasado más de dos minutos, que los barrenderos ya habían limpiado todo e incluso lavado el piso alrededor del sillón, que lamentablemente por culpa del derrumbe había perdido una pata y parte del respaldo. Atanassim se sentó, cuidando sin embargo de no moverse demasiado, o demasiado rápido, porque cada vez que giraba la cabeza para mirar hacia algún lugar el sillón se caía hacia adelante. A su lado se sentó el polvoriento fantasma, sobre una de las piedras caídas de lo alto.

Mientras tanto la multitud de subterráneos había aumentado; los recién llegados provenían del extremo opuesto de la sala, por una especie de agujero casi escondido detrás de un muro curvo. En el más grato y armonioso silencio, levantaban la cortina de felpa y aparecían de a dos o de a tres, todos blancos, con sus cabezas de tortuga; desde su sillón rengó Atanassim los veía deslizarse sobre el piso y ubicarse ordenadamente alrededor del escenario, sobre el cual ya estaban los dos concertistas: un organista y un (o una) flautista.

El organista se sentó ante el teclado y tocó algunas escalas preliminares; pero el órgano estaba tan desafinado y estridente que más bien parecía un valle de arpas ecólicas

oxidadas tañidas por un vendaval. Para colmo perdía agua, pero solamente cuando sonaba. El otro ser de ojos blancos se colocó junto al órgano con la flauta en la boca y dio al organista la señal de empezar. Enseguida brotó del instrumento un Niágara de columnas sonoras sin ton ni son, y lateralmente, una cascada de agua verdadera, como la de un riacho subsidiario.

En cuanto al flautista, soplabla y hacía las muecas y los gestos que suelen hacer los flautistas cuando tocan, por ejemplo secarse la frente con un pañuelo bordado; pero no salía una sola nota de su instrumento, únicamente un ruido asordinado como de un gato que ronronea, y que ronronea debajo de un órgano. Y sin embargo cada vez que terminaba de tocar un rondó o una marcha, y se quedaba inmóvil sosteniendo su flauta delante de su cabeza de tortuga, la mirrada cándida perdida en la lejanía y la boca entreabierta de oreja a oreja, o mejor dicho de agujero a agujero, porque carecía de orejas, la cara contraída en una expresiva mueca de infinitud; cada vez que dejaba de tocar, en suma, los espectadores prorrumpan en aplausos y se ponían a dar discretos salitos para expresar su entusiasmo y su admiración.

Atanassim empezaba a preguntarse si por casualidad no se habría vuelto sordo —en el rubro flautas al menos— cuando un nuevo estruendo aún más desconcertante que los anteriores le demostró que sus tímpanos no habían perdido sensibilidad. Por otra parte, nunca había dejado de percibir el revuelto océano de notas que manaba sin interrupción del órgano, semejante en todo a un elefante enfurecido, ni los aplausos que alegraban los intervalos. Había que deducir que esa gente, no podía decirse si extravagante o refinada, en el largo curso de los siglos vividos bajo tierra había logrado reducir el arte de la flauta a una ejercitación puramente mímica, tal vez porque se

adaptaba mejor a la compleja acústica de sus túneles, o a su presumible amor por el silencio.

El (presunto) concierto de inauguración del templo, ante todo gracias a la eficaz actividad de los microbios lavapisos y barrenderos, continuaba sin mayores interrupciones. Algunas piezas debían de ser más tristes que las otras, pues al escucharlas los espectadores lloraban, enjugándose delicadamente con el dorso de las manitos escamosas los ojos blancos como clara de huevo. Otras, en cambio, suscitaban sonrisas y aun incontentibles estallidos de hilaridad. Atanassim, aunque se sentía halagado por poseer el único sillón de la sala, a duras penas lograba mantenerse en equilibrio sobre las tres patas tambaleantes.

Entre una suite inglesa y la siguiente, mientras el flautista, con el codo apoyado elegantemente sobre la tapa del órgano, se concedía algunos minutos de descanso, un enano de cabeza chata como un clavo subía a la tarima para entretener al público con saltos, piruetas y actos de prestidigitación; el público, fiel a su naturaleza, demostraba disfrutar más de las bromas del payaso enano que de los virtuosismos del flautista, ya fueran éstos patéticos o graciosos. De hecho, el sentimiento de las masas, que sólo pide ser corroborado, acoge en estos tiempos con más entusiasmo la vulgaridad que el esfuerzo serio, y solamente la tiranía de las convenciones sociales, unida a la prepotencia de los expertos, logra imponerles, por otra parte nunca por mucho tiempo, el respeto a lo que en siglos anteriores solía llamarse arte.

De todos modos, luego de dos o tres estampidos menos fuertes aunque más cercanos, el flautista (o la flautista) dio fin a su concierto. Saludó al público y descendió del escenario bajo una delicada lluvia de aplausos, seguido del organista, que también parecía

conmovido hasta las lágrimas, a tal punto que apenas puso un pie en el suelo cayó desmayado entre los brazos afectuosos de amigos y parientes. Mientras tanto, un grupo de barrenderos había subido al palco para llevarse el órgano y limpiar los escombros del entarimado, mientras otros secaban el piso con baldes y trapos, pues alrededor del enorme instrumento hidráulico había quedado un charco; al parecer se disponían a presentar un segundo espectáculo. Atanassim y el *Doppelgänger* de Nitru permanecieron sentados en sus lugares, mirando a su alrededor, cada vez más maravillados ante ese mundo de orden, limpieza, diversión y bondad, que nadie jamás había sospechado que pudiese alojarse en esas ignoradas cavidades, verdaderas vísceras de la ciudad.

Otra explosión hizo temblar las vísceras de la ciudad. Grandes trozos de roca blanca caían por doquier sobre el charco que había dejado el órgano, salpicando a los espectadores. Mientras los microbios barrenderos bajaban a toda prisa del escenario para refugiarse debajo de la tarima, se abría estruendosamente en el techo de la sala un agujero redondo, por el que entraba a borbotones un río de agua y fango, y con el agua la luz enceguecedora de la mañana.

XVI

LOS ETRUSCOS REGRESAN Y SE APODERAN DEL ÓRGANO
HIDRÁULICO.

FUGA DE LOS MICROBIOS.

LA MUERTE DE NITRU.

REAPARECE LA MADRE DE ATANASSIM Y LE ENTREGA UNA

CARTA DE LONGOVISA.

LA MADRE ENCUENTRA UNA ESCALERA

Y LOS CONSTRUCTORES VUELVEN A LA SUPERFICIE.

Al agua y a las piedras siguió una gran confusión. Atanassim se levantó del sillón y contempló deslumbrado esa inesperada grieta por la que penetraba el resplandor solar. A su alrededor el público huía atropelladamente, haciendo ondear las holgadas túnicas que a la luz del día se revelaban amarillas y no blancas como le habían parecido hasta ese momento a los ojos del constructor, engañado por la iluminación verdusca de la sala. Hasta el fantasma de Nitru se había disuelto bajo la verdadera luz.

Algunos subterráneos se escondían temblando debajo de las cortinas, pero la mayor parte corría hacia el ángulo más alejado, por donde habían entrado antes, buscando desesperadamente el agujero de salida. Uno tras otro los microbios saltaban despavoridos por el orificio, empujándose unos a otros, mientras algunos se trepaban a las cortinas y a los moños que se habían vuelto anaranjados, y presas del pánico pisoteaban los inocentes adornos colgados con tanto esmero y clavados a la tibia roca.

Pero otro espectáculo muy distinto reclamaba ahora la atención de Atanassim. De la grieta abierta en el techo, justo encima de la tarima, tras esa masa enorme de agua y de fango caía una lluvia de cascotes, y con los cascotes había caído una persona. No un microbio con cabeza de tortuga, sino un ser humano; después otro, y finalmente un tercero. Sólo cuando los vio juntos adivinó el capataz que esos tres heraldos del agua y de la luz, aunque blancos por el barro calcáreo y el polvo, eran sus etruscos. De hecho bastaba observar cómo se revolcaban de risa entre

los escombros y el limo, que todavía seguían lloviendo del techo, para comprender que eran ellos, que sólo podían ser ellos: nadie más en el mundo habría podido hallar tanto motivo de placer en tanta destrucción. En efecto, eran los negros, que a consecuencia de quién sabe qué peripecias y travessuras habían terminado encontrándose con su capataz bajo la corteza terrestre.

No era que esa alegre aparición no significase para Atanassim un nuevo motivo de preocupación. Es verdad, el concierto de los cavernícolas era tedioso, con sus pueriles oleadas de notas desafinadas; es verdad, sus flautas eran inaudibles, y sus payasos con cabeza de clavo desprovistos de cualquier matiz de delicadeza; pero la llegada desde lo alto de los etruscos tenía un significado demasiado claro e inquietante. Obviamente, esas explosiones habían sido provocadas por ellos; obviamente, habían aprendido a usar la dinamita, la usaron, y una explosión aquí, otra explosión allá, no era improbable que hubiesen volado la plaza entera, antes de meterse sin querer en la gruta definida eufemísticamente como "el sótano de la zapatería".

Nadie podía decir aún qué desastres lo esperaban a su regreso al mundo de la gente con orejas; explosiones, habían oído muchas, tal vez un centenar; una sola ampolla de nitroglicerina de las que estaban en el armario habría sido suficiente para hacer volar por el aire una casa, sobre todo si era vieja y endeble como las casas que rodeaban la plaza. Atanassim se dejó caer desalentado en su sillón, que se tambaleó pavorosamente como de costumbre para luego estabilizarse como un barco varado entre los escollos. "No debí haber dejado los explosivos en ese cajón sin llave ni candado", se repetía arrepentido el capataz: "¿cómo voy a hacer ahora, ya no para construir el templo, sino solamente para llenar este agujero?". Entre el hambre

y la desesperación, el joven constructor sentía que estaba a punto de desmayarse.

Mientras tanto los microbios habían evacuado completamente la sala, que ahora presentaba un aspecto bastante desastroso: los cortinajes arrancados, los moños por el suelo, la tarima cubierta de fango y de escombros. Una enorme piedra había hundido la tapa del órgano hidráulico, cuya presencia por otra parte no había pasado inadvertida para la siempre vigilante atención de los etruscos. Quién sabe dónde había aprendido o creído aprender a tocar el órgano, el hecho es que Menio se había sentado en el banquito y sin preocuparse por el fango espeso que cubría las teclas se puso a tocar una especie de marcha furiosa, tan estrepitosa que con cada crescendo hacía caer otro trozo de roca, siempre seguido por una lenta chorreada de barro, pedregullo y arena sobre la cabeza del esmerado organista.

Por su parte, Oscar y Astor, felices de haberse vuelto de nuevo blancos, gracias al polvo y al limo calcáreo que les daba un aire—por fin—de verdaderos albañiles, habían subido a la tarima y ahora se corrían uno al otro y bailaban vertiginosamente al ritmo de la loca marcha ventricuatrofónica de Menio, levantando más nubes de polvo que luego descendían lentamente sobre la figura escéptica del capataz sentado en su sillón. Terminado el baile, los dos etruscos ya se disponían a bajar por las escaleritas cuando Astor descubrió la presencia de su jefe y lanzó un grito:

"¡El capataz! ¡Nuestro capataz!"

Los tres negros corrieron hacia Atanassim y lo cubrieron de besos, de caricias y de atenciones: Menio le sacudía el polvo de la camisa, Oscar le hacía cosquillas debajo de las axilas para hacerlo reír, Astor le ponía una piedra bajo el sillón en sustitución de la pata rota. Atanassim dijo:

“Se ve que no tienen la conciencia tranquila.”

Los violentos rayos del sol matutino, como esos haces de luz que atraviesan los cúmulos de nubes en los atardeceres amenazantes de los pintores, entraban por la grieta reflejándose y desparramándose por la gruta entre miriadas de corpúsculos de polvo blanco que todavía flotaban en el aire. Así iluminada, la sala que ya nadie barría ni lavaba, parecía mucho más mísera y más semejante a lo que en el fondo era, una caverna informe en el seno de la tierra.

Los tres negros se habían sentado sobre las piedras alrededor de Atanassim y festejaban a su manera el inesperado encuentro, arrojándole afectuosos puñados de piedritas y de barro. Enojado, el capataz agregó:

“¿Fueron ustedes los que hicieron explotar la nitroglicerina?”

Los negros respondieron unánimemente que no, afirmando calurosamente que nunca se habrían atrevido a tocar nada sin permiso de su jefe. Pero Atanassim los conocía bastante como para saber que mentían, y también que habría sido inútil insistir con las preguntas, porque esos tres tenían de la verdad una idea bastante relativa y adaptable, y no se habrían detenido, si fuera necesario, ante las afirmaciones más disparatadas, por ejemplo que dos y dos son tres.

Crecidos y educados en una *Welianschanung* mucho menos impregnada de rigor lógico que la nuestra, los etruscos parecían haber asimilado desde la primera infancia, entre las mallas de su trama mental, todas las indeterminaciones y todas las paradojas de la ciencia moderna, que aun siendo capaz, al menos en sus mejores períodos, de llegar a resultados prácticos y tangibles, se encuentra sin embargo más lejos que nunca de una sólida formulación lógica de sus fundamentos mismos. Como en

los más desenfrenados vuelos de la epistemología cuántica, la duda sistemática acerca de la inmutabilidad de los hechos pasados, acerca de la existencia misma del pasado, subsistía centelleante en los profundos estratos de la quizá no demasiado elemental metafísica de los etruscos; y esta duda volvía inútil todo esfuerzo externo tendiente a obligarlos a definir, aun dentro de un mínimo marco de exactitud, un suceso o acontecimiento, hubieran o no tomado parte en él, tuvieran o no algún interés en describirlo correctamente o en deformarlo.

Por lo tanto, evitando vanos interrogatorios, Atanassim dijo:

“Debemos salir de aquí: desde ayer que no pruebo bocado. Pero no podremos volver por donde he entrado. Tendremos que salir entonces por este agujero de ahí arriba.”

La empresa, sin embargo, no era fácil. Entre la tarima y el techo había unos cuatro, cinco metros: ni siquiera formando una pirámide humana habrían podido tocar los bordes de la grieta. Los negros empujaron el órgano hidráulico hasta colocarlo debajo de la grieta; Oscar se trepó a la tapa, después trepó Astor, y una vez arriba se puso a discutir con su compañero quién de los dos sostendría al otro sobre sus hombros. Hasta que la tapa, ya parcialmente hundida, se hundió del todo bajo su peso, y Menio tuvo que sacarlos de una maraña de soguitas y tubos de metal retorcidos. Aun así este nuevo accidente mínimo los hizo estallar en risas, como de costumbre, y también esta vez el asunto se resolvió en una rueda de burrias, piruetas y carreras desenfrenadas, por arriba y por abajo de la tarima con las sogas y las teclas arrancadas al pobre órgano hidráulico, ahora reducido a un despojo entre las rocas.

Se habría necesitado, en cambio, una verdadera sogá

resistente con un gancho en la punta, pensaba Atanassim, para lanzarla fuera del agujero de modo de engancharla en algo sólido en la plaza; ya que obviamente de aquella grieta se salía a la plaza, como por otra parte lo confirmaban el agua y los escombros mismos. Pero los etruscos habían bajado completamente desprovistos de sogas, y no habían traído consigo ningún gancho; de hecho la última explosión los había tomado más bien de sorpresa en las cercanías de un gran pozo que habían empezado a excavar con ayuda de la dinamita dentro del círculo perimetral del templo, y desde el borde del cráter habían resbalado dentro a través del orificio abierto por la explosión en el techo de la gruta. Era comprensible entonces que no hubiesen tenido tiempo de procurarse una soga con gancho, y en realidad podían darse por satisfechos de no haberse producido más que unos leves rasguños y unas insignificantes escoriaciones en las nalgas y en la panza.

"Y Nitru, ¿dónde está?", preguntó el capataz, cuando dejaron de alborotar.

Al oír esta pregunta los etruscos se miraron confundidos. Finalmente, Menio tuvo el coraje de responder:

"También explotó, junto con la excavadora."

"No quedó más que una estrella de la camisa", agregó Oscar.

"No, quedaron dos", protestó Astor.

"Pero ¿y los pies, los zapatos al menos?", quiso saber Atanassim.

"Nada, ni siquiera una oreja", contestó llorando Menio.

"Además encontramos la cuchara", aclaró Oscar con cierto optimismo.

Negra en el círculo de luz que entraba ya sin obstáculos dignos de mención por el agujero de arriba, apareció de repente una protuberancia nimbada de sol:

era la cabeza de la madre del capataz. La señora gritaba con voz preocupada:

"Atanassim, ¿dónde estás? ¿No estarás por casualidad en el fondo de este agujero? ¡Ah, inquieto hijo mío, cuándo sentarás cabeza y cuidarás como es debido de los huesos cansados de tu madre!"

Desde abajo, desde la penumbra, desde el fango, Atanassim respondió:

"¡Estoy aquí, mamá, con mis negros! Estoy bien, no te asustes. Pero tienes que hacerme un favor. Trae la escalera de soga que está junto al armario de la carpa; luego átalala a una piedra grande o a un árbol y tíramela. De lo contrario no podré salir."

Desde lo alto, desde la claridad, desde el aire, la madre respondió:

"¡Ah, molesto hijo mío, todavía me pregunto qué será de ti cuando yo no esté para sacarte de los agujeros! ¿Dónde has visto un árbol en esta plaza? Entretanto debo decirte que ha llegado esta carta para ti, certificada: la trajo el burro de la Municipalidad, que hace de cartero durante las vacaciones."

Tras decir estas palabras, la cabeza de la madre desapareció de la grieta. Sin embargo su mano apareció un instante para dejar caer, acaso desdeñosamente, la carta. Como un pájaro blanco muy frágil, la misiva bajó al sesgo a través del polvo dorado del sol, desparramando reflejos sobre las paredes grises de la gruta. Atanassim la recogió; era un sobre perfumado, de papel grueso, que tenía su nombre y su dirección provisorios: "Arquitecto Atanasio-Puerta de los Caracoles", escritos en grandes letras inclinadas tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, como a veces suelen hacer las mujeres.

Con renovado entusiasmo los negros se habían dedicado a desarmar el órgano hidráulico y ahora daban

vueltas por la tarima, cada uno con un tubo de voz angelical en la mano, vociferando y cantando sus odiosas marchas tradicionales. El capataz abrió la carta y leyó:

“Queridísimo Atanasio,

“El amor que vuelve dulce lo que áspero era, me ha mordido el seno. Como un relámpago en el cielo sereno, ya no logro cumplir honestamente con mi deber. Por otra parte, la muerte (imprevista) de casi todas mis alumnas me ha dejado, por así decirlo, perturbada. Por suerte los padres no han regresado aún, porque al parecer están por llegar los bárbaros. ¡Pero qué estoy diciendo! ¡Por qué se agita tan vanamente mi lengua, y con ella se menea histéricamente mi pluma, cuando un solo pensamiento llena mis retinas, y un solo recuerdo recorre sin cesar como las aguas del mar mi piel entera! Soy tuya, Tuya con A mayúscula; desde que estuvimos juntos ni siquiera he vuelto a cortarme las uñas con tal de conservar hasta el mínimo souvenir de tu contacto. Lamentablemente, como van las cosas, lo más probable es que tenga que cortármelas. ¿Y tú, qué cuentas? ¿Cómo va el trabajo? ¿Todavía sigues haciendo agujeros y agujeritos? ¡No eres más que un niño, aunque te vistas de Homo Sapiens! Perdóname si te hablo sin velos en la lengua: a veces hay que salir del laberinto de la rutina. ¿Cuándo nos veremos? No puedo organizar otra excursión porque solamente me quedan tres alumnas. Espero que entiendas. ¿Tal vez para la inauguración de tu Pirámide? ¿Por qué no me das un número de teléfono cualquiera, por ejemplo el de la iglesia secularizada? Querido, pienso en ti y todo el cuerpo se me cubre de estopa! ¿Me amas? ¡Sí, estoy segura! Tuya en carne y hueso,

Longovisa.”

190

Para Atanassim fue una desagradable sorpresa el hecho de que Longovisa no recordara exactamente su nombre; además, estaba la irónica o en todo caso punzante alusión a los “agujeros y agujeritos”. Por no hablar de la Pirámide. ¿Era posible que eso que para él amenazaba convertirse en un símbolo concreto de la trágica lucha del hombre con su propio destino, a los ojos de los extraños pareciera en cambio como una curiosa peculiaridad de su carácter, una pequeña manía o una ingenua excentricidad? Pero tal vez lo era. Mientras tanto su madre había vuelto a asomarse a la grieta, había arrojado la escalera de sogas, bien asegurada a un poste de luz que por casualidad yacía derribado en los alrededores, y con gritos de alegría los tres etruscos habían vuelto a la superficie de la Tierra. Tendrían que ponerse a trabajar, y pronto, de lo contrario el mundo se acabaría antes de que el templo estuviera terminado. A lo que se sumaba la amenaza, apenas sugerida en la carta, de una nueva invasión. El capataz guardó la carta de Longovisa en el bolsillo y trepó por la escalera.

191

XVII

LA PLAZA SE HA CONVERTIDO EN UN CRÁTER.

LLEGAN LOS BÁRBAROS.

REAPARECE NITRU.

HISTORIA DE LA SOPRANO Y LA BOA.

MUERTE DE LA SERPIENTE.

ATANASSIM ENCUENTRA AL REY DE LOS BÁRBAROS

EN SU CABALLO BLANCO.

TRABURUR BAJA AL POZO.

La plaza parecía ahora mucho más amplia y abierta, porque todas las construcciones circundantes se habían desplomado y solamente había quedado en pie, aislada y prestigiosa como una ruina megalítica, la Puerta de los Caracoles. El cráter abierto por los etruscos con sus dudosas explosiones era en efecto bastante más espacioso de lo que había sido la plaza en su origen, alrededor de la cual ahora se alzaban formando caprichosas colinas los montones de cascos, otrora edificios de varios pisos, que descendían irregularmente, con esa pendiente natural de cerca de treinta grados que suelen asumir espontáneamente los desmoronamientos de escombros, hacia el agujero central que se abría justo allí donde la clarividencia del Concejo Municipal, sumada a la inteligencia de Atanassim, con tanta obstinación habían querido emplazar el variadamente imaginado templo etrusco. Sin embargo, nadie lo había imaginado hasta ahora como en realidad se presentaba en ese momento, aunque fuese provisoriamente; o sea, como un enorme agujero más o menos pentagonal, comunicante con quién sabe qué sótanos inhabitables, de los que nadie o casi nadie recordaba ya la existencia.

Por desgracia, debajo de esos escombros habían quedado sepultadas las herramientas de trabajo: la excavadora con su conductor, muchas bolsas de cemento, picos y palas, carpas y sogas, víveres y mezcladoras; en suma, todo lo que en un pasado reciente había constituido el orgullo y la preocupación del joven capataz. Atanassim dijo irónicamente a los etruscos:

"Hicieron un buen trabajo."

Luego trepó fatigosamente al cúmulo de cascotes otrora conocido con el nombre de "Cine Tyrannus" y miró a su alrededor. La destrucción perpetrada por los negros no se limitaba a la plaza, sino que parecía extenderse, con resultado variable, en todas direcciones del barrio. Fue entonces que Atanassim se dijo:

"Hice mal en dejar sin vigilancia semejante cantidad de explosivos. La abundancia se apareca con el exceso, y de su adulterio nace el desorden."

Ahora bien, había sucedido que los bárbaros —los cuales, como anunciaba la oportuna carta de Longovisa, habían abandonado mientras tanto sus mesetas con la evidente intención de aprovechar el éxodo estival para invadir la ciudad, como solían hacer cada año, en especial con el fin de profanar los templos y echar mano a algún pequeño recuerdo, una flor arrancada de un jardín, una virgen para violar—, atraídos por el estruendo continuo de las explosiones, en vez de marchar sobre el centro histórico para chapotear en las anchas fuentes de agua azul, supéstito orgullo de la Confraternidad del Pez, en lugar de tomar por asalto el Palacio de Radiotelecomunicaciones para apoderarse de los famosos embutidos de paté de hígado que se guardan allí durante el verano, se habían reunido en los alrededores de la plaza y acampaban ahora bajo las llamantes ruinas, muchos de ellos alojados, en el peor de los casos, en los departamentos destrozados, con las puertas colgantes sobre el vacío. Sus mujeres estaban ocupadas en lavar y tender los pañales de los niños o bien en hurgar en los armarios expuestos otra vez a la luz del día y llenos de sábanas y de alimentos no percederos, como garbanzos, fideos y carne enlatada, además de joyas de escaso valor, pelucas y afeites varios.

Mientras tanto los hombres andaban emperifollados, con treinta o cuarenta anillos de oro en cada mano, antigua moda bárbara; otros se ponían hasta tres saharianas de púrpura o de seda verde, una sobre otra; o bien se paseaban con dos o tres espadas, o se colgaban del cuello vasijas de porcelana o aun de vidrio, collares de ámbar y de coral, zapatos de mujer con bordados en plata, armiños, visones y otras pieles finas, y algunos se pavoneaban envueltos en espléndidos tapices provenientes de las redacciones de los diarios. Otros llevaban colgadas del cinto las manos de las mujeres violadas durante la jornada.

Desde lo alto de las ruinas del cine Tyrannus, Atanassim divisó inmediatamente al rey de los bárbaros, erguido sobre su caballo, frente a su confortable tienda de campaña, hecha de paño rojo como el interior del Teatro de la Ópera. En ese momento reapareció Nitru. En efecto, como todas las informaciones proporcionadas por los etruscos, la noticia de su muerte debía tomarse con pinzas. Había habido, sí, una explosión en las inmediaciones, una entre tantas, y el muchacho había salido despedido a muchos metros de distancia, y allí se había encontrado, sobre una montañita de carbón suelto, con la soprano de la serpiente.

Ésta era una mujer que se creía una gran soprano y dos veces al año ofrecía un concierto de canto a los socios del centro cultural "Amigos del Arte"; pero estos amigos del arte eran principalmente sus amigas, porque en el barrio todos se conocían y a las señoras les encantaba darse cita en aquella sala, ahora demolidá, para ostenentar sus abrigos de piel renovados o reformados y a veces hasta nuevos, que en lugares como el cine, a menudo frecuentados por personas que no eran amigas del arte, habrían parecido fuera de lugar. Esta señora sólo cantaba canciones de cámara y en su casa tenía una boa domesticada, por

decirlo así, que solía acompañarla a la sala de conciertos; es más: según decían, nadie la había visto jamás cantar sin esa serpiente regalada muchos años atrás por un pariente que vivía en Brasil. Desde entonces la boa había crecido, pero no tanto como para que la señora no pudiese llevarla sobre los hombros, como una verdadera boa de escamas, donde sola permanecer completamente inerte.

La pereza de esta serpiente era proverbial. El reptil vivía en el jardín de la señora, un jardincito cercado por altos muros, y no sólo nunca había intentado fugarse, sino que ni siquiera quería subir a los pocos ligustros y cerezos que ornaban los canteros, y si a veces la soprano le ordenaba al muchacho que hacía de jardinero que colgase la serpiente de una rama, tal vez porque tenía invitados y quería exhibirla, la boa se quedaba colgada como un trapo, y así durante horas, hasta que se dejaba caer desgadamente y desgadamente llegaba a la cuevita con laguito que su dueña le había hecho instalar en un rincón del jardín, “a la brasileña”, como decía ella.

La boa, si bien no era venenosa, estaba en cambio casi siempre húmeda, y antes del concierto había que secarla con una toalla limpia que nadie más en la familia usaba debido a las escamas que quedaban adheridas a ella. Pero una vez frotado, el animal no perdía más escamas, al menos por un par de horas, y la señora podía enrollárselo alrededor del cuello y presentarse ante su público con las manos libres, sonriente, casi un arquetipo de la amiga del arte. Cantaba siempre con el sombrero puesto, un sombrero a la turca de terciopelo violeta, y del mismo terciopelo violeta eran el vestido y los guantes largos hasta el codo; pero cantaba mal.

La soprano se ubicaba frente al piano de cola, con la mano derecha tomaba la cola de la boa y con la izquierda la cabeza, abría los brazos y cantaba: “La muchacha de

cabellos de lino / sigue, sigue su camino”, estirando el animal de un lado y del otro, según el sendero que tomara la muchacha, y finalmente se lo ataba como un moño alrededor de la cintura, para lanzar las últimas notas con los brazos libres en alto. Cuando en cambio cantaba “Niebla”, la señora tomaba el animal por el cuello y lo sostenía en el aire, mirándolo fijamente a los ojos. La serpiente se mostraba imperturbable y a medida que subía la niebla de la canción, ella se la acercaba cada vez más a la boca, hasta que de repente la tiraba en un rincón, como un amante rechazado, hasta con una mirada de pudor ofendido, una mirada orgullosa, que se prolongaba con su última nota cavernosa. La serpiente permanecía allí donde la habían arrojado, a lo sumo se enrollaba un poco, y los aplausos la dejaban indiferente: daba la impresión de estar completamente privada de inteligencia.

Cuando Nitru aterrizó sobre el carbón, encontró a la soprano que lloraba junto a los restos de su serpiente. Había salido al jardín para llevarle las sobras de un pollo al horno con papas, y allí la había sorprendido el estallido de uno de los cartuchos de los etruscos. La serpiente había resultado trágicamente destrozada, pero ella se había salvado. También Nitru se había salvado, con algunas contusiones fácilmente curables a su edad.

El capataz felicitó a su colaborador por su pronta resurrección. Un instante después fueron rodeados por una comitiva de caballeros, enviados por el rey de los bárbaros, el cual deseaba conferenciar, así dijeron, con el jefe de los destructores. Atanassim explicó a los caballeros bárbaros que él no era un destructor sino un constructor; que de todos modos sus obligaciones laborales le impedirían abandonar la plaza, tenía mucho trabajo por delante, más ahora, por culpa de las explosiones precedentes; pero que para él, para su madre y para sus etruscos sería un placer,

más aún un honor, recibir al rey en su obra en construcción, donde a decir verdad no había demasiado para ver ni para admirar, por el momento; ni tampoco estaba en condiciones de ofrecer un recibimiento adecuado a los ilustres visitantes, ante todo porque su madre no se sentía bien y se había visto obligada a retirarse a su carpa privada, ahora reducida a unos pocos trapos y una estera, y él mismo se confesaba bastante preocupado por el desarrollo de los acontecimientos, que lamentablemente amenazaban con arruinar no sólo sus proyectos sino buena parte del barrio. Y bastaba echar una mirada alrededor para comprobar que la amenaza no era enteramente imaginaria.

Luego de lo cual Atanassim regresó junto a su madre y les dijo a los etruscos que se prepararan para recibir al rey de los bárbaros. Esta noticia fue recibida por los negros con grandes muestras de júbilo, porque el rey en cuestión, de nombre Traburur, era un personaje muy conocido en la televisión, donde a menudo se presentaba vestido de hombre de las cavernas, en una caverna, y así disfrazado elogiaba los méritos de la vida en las cavernas. Por esa razón los etruscos, también partidarios, por nacimiento y por educación, de una vida más simple, se sentían unidos a él por una fuerte afinidad electiva.

La madre de Atanassim, en cambio, que desde niña sentía aversión por los bárbaros, las barbas y los barberos, manifestó que no se movería de donde estaba, o sea de la estera chamuscada sobre la que estaba acostada en el suelo, ni aunque el rey de la Polinesia en persona viniese a presentarle sus respetos. Nitru, por su parte, sentía mucha curiosidad, y para la ocasión se ocupó de lavar y de arreglar su camisa estrellada, que por ser de nailon o de una tela parecida se secaba y se planchaba sola en pocos minutos.

El rey llegó montado en su caballo blanco, seguido de sus más fieles compañeros. Apenas hubo bajado del caballo blanco, los etruscos se le arrojaron encima para abrazarlo, pero el caudillo los apartó con un solo golpe de garrote. En realidad no le gustaba que su pueblo, más por una antigua costumbre que por otra razón, fuese llamado bárbaro; por eso, como reacción, había adquirido modales de la más refinada cortesía y esperaba que lo trataran con la misma delicadeza. Traburur tendió la mano a Atanassim y le dijo:

“He recibido noticias de la destrucción causada por usted en este próspero y populoso barrio de esta noble ciudad. Eso me pone contento, le estoy agradecido. Puede decirse que mi vida entera no ha sido más que una larga lucha dirigida, sólo Dios sabe con qué resultado, contra la subversión de todo valor moral y cultural obrado con tanta obstinada desfachatez por sus conciudadanos más irresponsables. Radio, automóvil, cinematógrafo, fútbol, quiniela, prostitución, progreso tecnológico, historietas, rotograbados, contaminación, publicidad, sindicatos, educación sexual, cadena de montaje, en suma, predomino de lo efímero sobre lo trascendente: todas cosas a las que vuestra clase dirigente ha levantado un único, enorme templo de soberbia y vanidad, y que mi maestro, el sabio Caddioz, me ha enseñado a aborrecer desde la más tierna edad. Todo lo concerniente a Caddioz es sagrado para mí, pero en especial su recuerdo y su doctrina, y si una cosa lamento en este mundo repleto de hombres, es haber perdido el rastro de aquel hombre.”

Atanassim se apresuró a explicarle al rey de los bárbaros que el sabio Caddioz aún estaba vivo, sano y disponible a cualquier hora del día en una de las celdas de diversiones del túnel contiguo al sótano de la zapatería. El rey dijo que quería bajar enseñuida en busca de su viejo

mentor, aunque se sentía indigno de presentarse ante él, por culpa del número que hacía todos los miércoles en televisión: quién sabe si aquél no encontraba algo que criticar, empezando por la vida en las cavernas. Nitru, que no conocía el camino pero deseaba secretamente encontrarse con su propio fantasma, del que ya había oído hablar, se ofreció como guía. El capataz le dio las explicaciones necesarias. El camino más directo era sin duda el que pasaba por el agujero del templo: bastaba descender con una sogá o con una escalerita apropiada, localizar el esfínter de entrada de la gruta subterránea, avanzar algunos pasos más por el túnel y enseguida se toparían con el cuchitril del mago Caddioz.

XVIII

SEGUNDO CONCIERTO DE INAUGURACIÓN DEL TEMPLO.
EL DEVORADOR DE PÁJAROS, EL TAÑEDOR DE BICICLETAS,
EL DESAPARECEDOR, EL AVESTRUZ BUFÓN.
ÚLTIMAS PALABRAS DE LA MADRE DE ATANÁSSIM.
MUERTE DE LA MADRE.
EL CRÁTER QUEDA DESIERTO.

Media hora después, el rey y Nitru desaparecían en el fondo del agujero. Antes de emprender su viaje bajo tierra, el rey de los bárbaros había ordenado a sus secuaces que satisficieran en la medida de sus posibilidades todas las necesidades de Atanassim, de su madre enferma y de los atentos etruscos: comida, alojamiento y otros placeres de la vida bárbara, sin excluir conciertos y espectáculos. Como el capataz no quería alejarse de su lugar de trabajo, los bárbaros habían tenido la amabilidad de traerle una nueva carpa, más espaciosa, una cocina y cinco canchales; todo esto había sido ubicado luego en la mitad de la pendiente que daba al mismo cráter del templo. De ese modo Atanassim quedaba en libertad de atender a sus propias obligaciones y problemas relativos, que no eran pocos, y de prodigar los cuidados necesarios a su madre. Los negros, en cambio, decididos a disfrutar del imprevisible vuelco de los acontecimientos, que venía a cambiar sus obligaciones por derechos, y abría camino a tantas nuevas posibilidades de entretenimiento, se dirigieron cantando, tomados del brazo de sus nuevos amigos, hacia el campamento de los invasores.

Esa misma noche, precisamente, dos ministros de Traburrur —el cual, según parecía, había decidido pasar la noche con su joven guía bajo tierra— fueron a anunciarle al capataz uno de sus espectáculos al aire libre. El rey acostumbraba llevar consigo, cada vez que emprendía una incursión bélica, su compañía de teatro estable, o sea payasos y cosas parecidas, para alegrar a los guerreros y a sus familias con entretenimientos de magia y variedades;

y poco antes los emisarios advirtieron que el nuevo cráter del templo constituía, tal como estaba, un verdadero anfiteatro natural, de los más apropiados para una representación al aire libre, y en consecuencia habían organizado una para esa noche, en honor de Atanassim y de su templo.

Lamentablemente no se podía usar como escenario la cávea o sector central del anfiteatro, pues esta parte del mismo estaba ocupada en su mayor parte por el agujero etrusco; pero junto al abismo había quedado una angosta plataforma, bastante cómoda siempre y cuando los actores cuidaran de no caer al vacío, arrastrados como a veces sucede por el frenesí mímico o la pasión dramática. Atanassim, aunque sorprendido por la gentileza que demostraban hacia él los bárbaros de triste fama, encontró de su agrado la propuesta, y lo mismo dijo su madre, quien precisamente por estar enferma, y para colmo acostumbrada a disfrutar cada noche de los programas televisivos en casa de una amiga suya, no despreciaba el esparcimiento que le ofrecían con tanta cortesía.

Algunas horas después, bajo una luna tibia y blanca como la leche, la plaza presentaba un aspecto insólito: llena de bárbaros, los hombres con sus armas, las mujeres con sus pieles robadas y los niños con largas ristas de longanizas recogidas de las fiambrerías golpeadas por la violencia etrusca, todos acomodados entre las ruinas y las rocas esparcidas desordenadamente sobre las pendientes del enorme cráter, alrededor de la corta plataforma que hacía de arena o proscenio para los actores. Los etruscos habían regresado, bastante ebrios, y se habían dormido ruidosamente a los pies de su capataz y de su madre, recostada para mayor comodidad sobre una pila de almohadones de seda—que probablemente también eran robados—, prueba de la inagotable cortesía bárbara. Más

abajo estaba sentado el fantasma de Nitru, en ese momento personalmente ausente.

Los actores, adornados con cuernos, plumas, fibras vegetales, pieles y tiras de cuero y de plástico, esperaban el inicio del espectáculo. Sus peinados eran insólitos y complicados, tenían las caras curiosamente pintadas. Uno de los hombres hizo sonar un largo cuerno, ronco y potente, para imponer silencio.

Inmediatamente después otro actor dio un paso adelante, para el primer número. En la mano llevaba una paloma que luchaba en vano por liberarse. Empezando por la cola, que es la parte más difícil del ave, se puso a comérsela viva. Era un número complicado, debido a las plumas que le llenaban la boca, pero el hombre dio muestras de una habilidad poco común, y cuando hubo terminado de tragar todo, cabeza, pico y aun las patas, que le habían quedado entre los dedos, un grito de admiración se elevó de la muchedumbre.

Apareció entonces un segundo actor, disfrazado de águila, que con el acompañamiento de un extraño instrumento—que en realidad no era sino una rueda de bicicleta— cantó esta canción de guerra de los bárbaros:

*Águila de Froxina, de cresta gris, esta noche
tu grito es fuerte,
quieres devorar la carne que amo.*

*Águila de Froxina, de cresta gris, esta noche
tu llamado es fuerte,
quieres devorar la carne de esta ciudad.*

*Águila de Froxina, de cresta gris, esta noche
tu llamado es fuerte,
quieres devorar la carne que amo.*

*Águila de Froxina, esta noche llamas desde lejos,
quieres beber sangre de hombre;
ésta se llamará una ciudad desdichada.*

*Águila de Froxina, esta noche llamas desde lejos,
te nutres con sangre de hombre;
ésta se llamará una ciudad en llamas.*

El hombre hacía girar la rueda alrededor de un eje y con una delgada hoja de acero extraía sonidos diversos según la velocidad de rotación; le faltaba voz, y su música no era demasiado musical, pero si se piensa cuán efímeros son nuestros cantos sobre esta tierra, y el desdén con que son recibidos casi siempre, ya parece bastante que alguien todavía tenga ganas de cantar. En todo caso, Atanassim se sumó a los aplausos; el cantante agradeció y dejó el lugar a otro saltimbanqui.

Éste quiso mostrar que era un experto en el arte de comer botellas, pero desde el primer mordiscón se hizo un gran tajo en el labio; todos advirtieron que no había estudiado lo suficiente y el hombre tuvo que retirarse sangrante y humillado. Para tapar su oprobio, volvió a aparecer el cantante anterior, esta vez disfrazado de cuervo, y al son de la rueda de bicicleta entonó esta canción guerrera:

*Cuando los cuervos atacaron, cuando brotó la sangre,
cuando la sangre se agotó,
cuando hubo guerra y fogatas en las casas,
cuando la tierra enrojeció y ardió el palacio;
cuando la llama rojo-sangre se elevó en el cielo
y ninguna casa ofreció refugio,*

208

*las luces del incendio se vieron claramente
desde la torre de las Dos Bocas en la costa de Rexei.*

*El tercer día de mayo, trescientas naves se hundieron
de la flota de la casa del rey,
y un guerrero imberbe derrotó
a mil soldados en las aguas de Rexei.*

Una vez apagado el clamor de los aplausos, se presentó un hombrecito, muy pequeño; era casi tan pequeño como un niño, y sin embargo no debía de ser un niño porque tenía la barba gris y además le faltaba un pie. Este hombre era un prestidigitador admirable: chasqueaba los dedos de la mano y desaparecía completamente, dejando el escenario vacío; luego volvía a chasquear los dedos y reaparecía en otro lugar, sonriente. Repitió varias veces esto, y cada vez reaparecía en un lugar más esotrambótico: encima de una roca, sobre la cabeza de una dama bárbara, colgado de una lanza, suspendido entre el cielo y la tierra. Pero la última vez permaneció ausente durante tanto tiempo que todos pensaron que había desaparecido para siempre; tras algunos minutos de indecisión regresó el cantante de la bicicleta, completamente rojo porque se había derramado una damajuana de vino tinto sobre la cabeza, y cantó:

*Cuando el cielo se oscureció y los extranjeros fueron
[capturados,
cuando el enemigo fue derrotado,
cuando los guerreros se armaron para la batalla,
cuando una espada cortó una barba;
en los bosques que rodean la ciudad, para castigar la
ciudad blanca*

209

*y arrasar sus suburbios,
una escuadra avanzó, con la mano sobre el puño de*

la espada.

Hubo muertos, y un ejército de hojas rojas,

y el color de la sangre sobre la muchedumbre;

un velo de sangre sobre las cabezas y sobre los

¡soldados,

un lugar de sangre y de mejillas ensangrentadas.

Mientras el cantante entonaba el último verso, el hombrecito rengo reapareció sobre la rueda de la bicicleta en movimiento y los aplausos fueron repartidos en partes iguales. Los artistas se retiraron e hizo su entrada un avestruz: era el avestruz bufón del rey. Este avestruz, sin embargo, no sabía hacer nada; solamente algunos pasos hacia la izquierda, algunos pasos hacia la derecha, moviendo hacia adelante y hacia atrás el largo cuello como hacen los avestruces y batiendo sin ganas las alas truncas: parecía un actor famoso en sociedad.

Después del avestruz se presentó una mujer bárbara envuelta en el pendón de felpa violeta con letras de oro de la fábrica de bizcochos Berlo. Dio varias vueltas sobre el escenario para que todos pudiesen leer: "Bizcochos Berlo - Los mejores bizcochos - Los bizcochos para los mejores". Esta mujer era notable porque debido a un defecto de nacimiento en vez de tener una cabeza tenía dos. En ese momento asomaron del agujero del templo el rey y Nitru, el verdadero. Todos los bárbaros se pusieron de pie y empezaron a lanzar gritos de alegría, además porque la mujer con dos cabezas les inspiraba un peculiar sentimiento patriótico, a causa del blasón de Traburur, que consistía, precisamente, en un cocodril rampante, con dos cabezas.

La madre de Atanassim, que entretanto se había quedado dormida, despertó. El cráter etrusco se había convertido en un hormiguero de bárbaros que subían y bajaban por las escarpadas pendientes bailando y vociferando, así que en determinado momento el capataz se retiró con su madre y Nitru a su nueva carpa de mando. Los tres etruscos, en cambio, se quedaron a beber bebidas alcohólicas con los bárbaros.

Al día siguiente, Traburur mantuvo una larga conversación con Atanassim. El rey le dijo que con mucho gusto lo ayudaría a terminar de construir el templo, sinceramente, pero que por desgracia debía levantar campamento y partir en busca de nuevas pasturas para sus caballos y los caballos de sus hombres, dado que en la ciudad ni siquiera crecía una hoja de hierba. Esperaba encontrar pasturas en las tierras bajas a orillas del mar, que al estar protegidas de la sequía todavía se conservaban verdes y húmedas, a pesar de lo avanzado de la estación. En cuanto al templo mismo, sería mejor no hacerse demasiadas ilusiones: también el mago Caddioz le había expresado su perplejidad al respecto. Para ser más exactos, había dicho: ¿Por qué no intentan construir otro templo, en otro lugar? Personalmente, el sabio Caddioz hubiera preferido mil veces un templo de tipo maltes, tanto por el estilo como por la utilidad. Y había agregado:

"Como se presentan las cosas allí arriba, dentro de poco hasta los pájaros que surcan el aire caerán muertos. *O tempora o mores*".

A Atanassim no le hubiese disgustado seguir a Traburur en su busca de nuevas pasturas húmedas. Pero su madre estaba cada vez más enferma y ya no podía dejar la carpa. Luego de haber saqueado metódicamente la ciudad abandonada, el rey de los bárbaros se marchó con todos sus bárbaros, y el cráter etrusco volvió a quedar

desierto y silencioso. Nitru, los tres negros borrachos y el lloroso capataz formaban una escena conmovedora alrededor de la vieja acostada sobre la estera. Cuando sintió que estaba a punto de morir, la señora mandó llamar a su hijo y le dijo sus últimas palabras:

"Quiero transmitirte mi sabiduría, tal como me fue transmitida por mis padres.

"Debes darle una forma a tu vida, y para darle una forma debes seguir las reglas.

"Las reglas cambian de un lugar a otro, pero una vez que has elegido un conjunto coherente, el conjunto vale en todos los lugares.

"Estos conjuntos de reglas tendrán validez mientras existan hombres sobre la tierra; no porque detrás de ellas haya algo que las gobierne, sino porque se gobiernan solas.

"Quien no da forma a su vida es como un animal, y es tratado como tal, con la desventaja de que no es un animal; pero las formas conocidas son muchas, y no nos corresponde a nosotros juzgarlas.

"Las reglas se gobiernan en la lengua, que es común a todos, y por lo tanto también son comunes las reglas; solamente cuando cambia la lengua, cambian las reglas.

"Debes decir siempre la verdad, o sea llamar agua al agua, y de las cosas que no se ven ni se tocan hablar lo menos posible. El hombre que miente ha renegado de la propia lengua y por eso vive entre tinieblas, acosado por los espectros y los dragones de las lenguas inventadas. Tampoco debes darles a los nombres abstractos una realidad concreta.

"No debes tratar de imponer tu opinión—por más natural que sea el querer imponer el propio criterio—porque todas las opiniones son combinaciones de palabras, elegidas al azar en el libro de las palabras, y frente al diccionario tienen todas el mismo peso.

"La belleza y el bien no existen por sí solos, sino que son los hombres los que deciden en cada época y lugar qué es lo bello y qué es lo bueno, y no nos cabe a nosotros refutarlos: si quieres llamar noche al día deberás emigrar a una región donde llaman noche al día.

"El hombre y la mujer son diferentes, según las costumbres de cada lugar.

"Cuando esté muerta aún podrás encontrarme, pero sólo en labios de los otros y en el desordenado libro de tu memoria.

"Nada sabes ni puedes saber de los vivos si no es a través de sus señales, y con mayor razón digo lo mismo de los muertos.

"No pidas amor a quien no lo recibe de ti, ni regalos a quien nada has regalado.

"Nuestra única posesión es nuestro cuerpo con su intelecto, y todas las demás posesiones son agregados incómodos y pérdidas de tiempo.

"No creas que si dos veces una legua suma dos leguas, doscientas veces una legua suma doscientas leguas, porque no puedes medirlas con tus pasos, y lo mismo vale para todas las cosas que no podemos medir directamente.

"No te alejes demasiado de la tierra, que es tu madre, ni de la sociedad de los hombres y de las mujeres, que son los hijos de tu madre.

"Desprecia todo honor que no sea el de haber dicho siempre la verdad, y si la suerte hace de ti un esclavo, sé un esclavo alegre y veraz, y serás la envidia de tu amo.

"No busques el dolor físico, que puede mellar tu intelecto, pero no temas a la muerte, que no puede mellar tu intelecto.

"Tu muerte es una palabra que pronunciarán los otros, como la mía ahora."

Luego cerró serenamente los ojos y perdió el sentido.

ÍNDICE

Murió dos horas más tarde, pero sin darse cuenta, porque nadie se da cuenta de que ya no existe. Atanassim, en cambio, como corresponde a un buen hijo, lloró durante un largo rato y después hizo que la sepultaran en la cima de las ruinas del cine Tyrannus.

Dos días después de la muerte de la madre de Atanassim, los etruscos se marcharon, de noche, sin saludar. Nitru permaneció junto a su capataz; pero ya no sabían qué hacer, ni tenían ganas de hablar. Una mañana también ellos se marcharon, pero no hacía el mar, sino rumbo a las montañas.

I.....	7
El Concejo Municipal decide la construcción de un templo etrusco. El proyecto da lugar a polémicas. Pakitar se equivoca de monumento. Efectos del calor: la construcción del templo es confiada a los etruscos. Ponetzki es mordido.	
II	19
Impaciencia de las mujeres. En busca de comerciantes turcos. El verano arrecia. Atanassim encuentra una solución: confiar la construcción del templo a los negros.	
III	31
Aparecen los negros. Algunos rasgos del carácter de Atanassim. Entrega de los materiales y del automóvil. Muerte del perro Propimanso. Idéntico fin del caballo Thermos.	
IV	41
Los etruscos en automóvil. Fin del automóvil. Menio tuerce los pedales de la bicicleta y Atanassim pronuncia un discurso contra la esclavitud. Llegan los gatos.	
V	51
Los etruscos construyen un templo provisorio. Llegada de la excavadora. Llegada de Nitru. Historia de Virgen. Deber del hombre sobre la Tierra.	

VI	63	Lucha por las golosinas: ¿quién de nosotros es el culpable? Los etruscos en la piscina: el capataz mira para otro lado.
Nitru traza el perímetro del templo. Los etruscos lo atan y lo torturan. Oscar y las hornigas en el culo. Menio aprende a manejar la excavadora. Las dos fotografías.		XII
VII	73	Sube el nivel de las aguas: decepcionante exhibición de ineficiencia. Atanassim telefona a la Dirección de Aguas Corrientes. La llave de paso en el sótano. La iglesia se derrumba y los etruscos huyen. El capataz no se rinde.
Historia de la gatita violinista. Los etruscos excavan el jardín de la iglesia. Muerte imprevista del guardián. El hundimiento de la excavadora.		XIII
VIII	83	Llegada de la madre de Atanassim. Vano intento de persuasión. La víbora terapéutica. La carpa se desploma. El capataz y Nitru hacen saltar la puerta de la zapatería.
Atanassim descubre los restos del guardián. Comienzan los trabajos de rescate de la excavadora. El templo etrusco empieza a tomar su forma definitiva en la mente de su constructor. Apoteosis de la fuente.		XIV
IX	97	En el patio de la zapatería. El capataz baja al pozo. La puerta trampa y los cuartitos de diversiones. Una lección de historia natural. Aparición de Nitru en calidad de fantasma. Atanassim pierde el sueldo. Los fureros del mago Caddioz.
Atanassim acude a su hermana. El rey de Tursc le construirá el templo con cornalina y lapislázuli de las montañas. Nitru tiene el mejor de los comportamientos. El señor de Telf inventa la escritura. Oscar, Astor y Menio amontonan el oro y los mármoles.		XV
X	117	El esfínter en la roca. Aparecen los microbios de ojos blancos: Atanassim cierra la llave de paso. Primer concierto de inauguración del templo. El enano con cabeza de clavo. El techo se desploma.
Llegada de la maestra con las catorce alumnas. Atanassim y Longovisa suben al ómnibus. Discurso sobre las tabillas de arcilla. Las niñas traban amistad con los etruscos y terminan decapitadas.		XVI
XI	127	Los etruscos regresan y se apoderan del órgano hidráulico. Fuga de los microbios. La muerte de Nitru. Reaparece la madre de Atanassim y le entrega una
Premonición de Longovisa. Macabro hallazgo: las vírgenes flotan. Atanassim soborna al anciano chofer.		

carta de Longovisa. La madre encuentra una escalera y los constructores vuelven a la superficie.

XVII..... 193

La plaza se ha convertido en un cráter. Llegan los bárbaros. Reaparece Nitru. Historia de la soprano y la boa. Muerte de la serpiente. Atanassim encuentra al rey de los bárbaros en su caballo blanco. Traburur baja al pozo.

XVIII 203

Segundo concierto de inauguración del templo. El devorador de pájaros, el tañedor de bicicletas, el desaparecedor, el avestruz bufón. Últimas palabras de la madre de Atanassim. Muerte de la madre. El cráter queda desierto.

Esta edición de 2.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Encuadernación Araoz S.R.L.,
Ayda, San Martín 1265, Ramos Mejía, Bs. As.,
en el mes de marzo de 2004.